Largo Viaje Inmóvil

Doménico Chiappe

Los vendedores ambulantes ofrecen refrescos, jojotos, banderas, quesillos, mango, carteles, arepas, fotografías, gorros, empanadas, paraguas.... Desde la pantalla gigante, Nicolás Maduro aúlla: «Comandante, no pudieron contigo».

Prólogo de Sergio Ramírez

LARGO VIAJE INMÓVIL

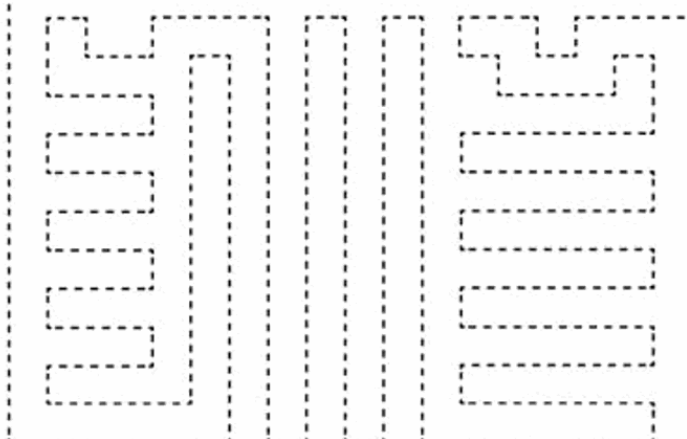
DOMÉNICO CHIAPPE

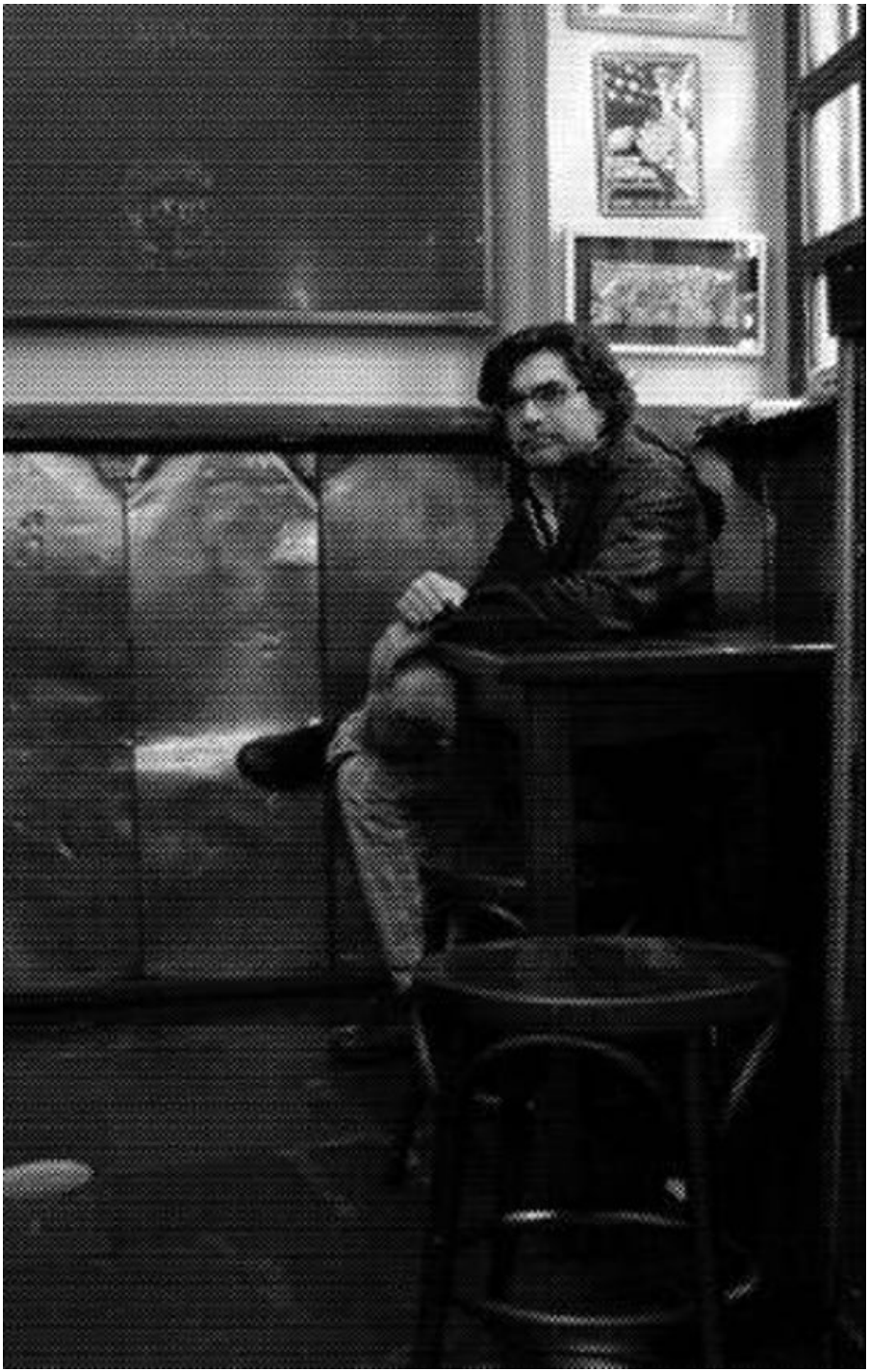
Largo Viaje Inmóvil

Doménico Chiappe

Prólogo de Sergio Ramírez

Fotografías de Óscar B. Castillo





Largo viaje inmóvil

© Doménico Chiappe

De esta edición:

© Círculo de Tiza (Derecho y Revés, S. L.), 2016, Madrid
www.circulodetiza.es

© del prólogo Sergio Ramírez
© de la fotografía del autor: Vasco Szinetar
© de las fotografías del interior: Oscar B. Castillo / Fractures Collective

Primera edición: marzo de 2016
Diseño gráfico: Miguel Sánchez Lindo
Corrección: Andrés Molina
ISBN: 978-84-945719-4-7

Con la colaboración de:

www.accionlibertad.org
@accionlibertad

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su almacenamiento, tratamiento o transmisión de ninguna manera y por ningún medio, ya sea electrónico, físico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa por escrito de la editorial.

EL ARTE DE CONTAR VERDADES

Hay diferentes puertas para entrar a un país y enterarse de sus realidades. Pueden ser las estadísticas económicas y los índices sociales, o la voz de un versado analista político, o la de un sociólogo, la de un académico. De eso tenemos todos los días en los periódicos, en las redes y en los programas de televisión que se ocupan constantemente de Venezuela. Pero no es suficiente.

Ninguna de estas puertas logrará llevarnos a la profundidad entera de un país que no pocas veces nos deja perplejos debido a sus complejidades asombrosas y a las sorpresas que nos depara. Son demasiado estrechas, y solo lograrán acercarnos a una visión o demasiado fría, o parcial, o fragmentaria, mientras que lo que siempre buscamos es la visión de conjunto, formada por diversas capas o niveles, que pueda contentar nuestro deseo de enterarnos; y al enterarnos saber, y al saber entender. Nunca vamos a darnos por satisfechos con el conocimiento volátil, o superficial, sino con aquel que nos lleve a la comprensión entera.

El largo viaje inmóvil de Doménico Chiappe es un libro compuesto por una serie de crónicas acerca de Venezuela escritas a lo largo de varios años, y que, como un friso en movimiento, ofrece al lector esa visión provocadora e inquietante que buscamos para enterarnos de lo que pasa en ese país que, al menos desde comienzos del presente siglo, ha estado intensamente en las noticias cotidianas, desde el ascenso al poder del comandante Hugo Chávez hasta su muerte, y ha seguido estando luego mientras su proyecto mesiánico entra en el ocaso, en medio de una creciente debacle que llena de desasosiego, y a la vez de esperanzas.

Asistimos a un drama cuya intensidad no podemos medir solamente a través de los índices de inflación, de los déficits provocados por el desplome del precio del petróleo, de la caída de las reservas bancarias, del caos de los tipos de cambio; ni a través de las noticias sobre el desabastecimiento de alimentos y artículos básicos de consumo, de los reportes sobre la inseguridad y la violencia, y la inevitable corrupción que ha traído consigo la centralización estatal; ni tampoco a través de las noticias sobre las medidas tan

evidentemente insuficientes del gobierno para paliar la crisis, cuyo origen se encuentra en el modelo mismo que se ha intentado aplicar por tanto tiempo, con testarudez ideológica.

Y sabemos también del alcance político de esa crisis, porque la decisión democrática de los votantes en las últimas elecciones legislativas, al dar una inmensa mayoría a la oposición, en lugar de servir como una vía de entendimiento, que abra la posibilidad de un diálogo nacional para evitar el viaje hacia el abismo, lleva a los gobernantes a la insensatez de buscar a cada paso mecanismos para anular a la Asamblea Nacional.

Por las cifras y por las noticias sabemos, pero no entendemos. Estas crónicas de Doménico nos hacen descender al subterráneo de los acontecimientos, porque pasan revista de la realidad social diaria, vista en su conjunto, pero sobre todo poniendo el foco en la vida de los individuos que, como actores del drama, atrapados en la red de los acontecimientos, experimentan cada día la violencia en las calles, la represión policial, abierta y encubierta, la búsqueda desesperada de los artículos de sustento que se esfuman de los estantes.

Y en ese entramado, la lucha a muerte de una mujer, entre asaltos a balazos, por defender el derecho a un apartamento de la Misión Vivienda; misses coronadas en los concursos de belleza que son una industria nacional; los músicos juveniles vistos en la bruma de la nostalgia; ministros destituidos al apenas cambiar de despacho; el boxeador llevado al manicomio por el abuso de las drogas; el galán de las telenovelas que termina en el asilo; las historias íntimas de la vida de los policías contadas por ellos mismos, y el viaje final a la morgue de Bello Monte, que es como el descenso a los infiernos.

Es una crónica del todo, al que se penetra a través de las partes, y los procedimientos de la escritura varían. Un retrato sentimental a pluma, que nos da la imagen decisiva de Teodoro Petkoff, atrincherado primero en su periódico *TalCual*, resistiendo los embates del poder, y reo después de la venganza oficial con el país por cárcel; la voz de los personajes que filman a escondidas detrás de las cortinas la represión brutal contra los manifestantes en las calles; la transcripción de un diálogo de amas de casa sobre los productos que no hay en los comercios, dónde buscarlos, y cómo los intercambian entre sí, nos enseña la manera en que se tejen las redes de sobrevivencia. Pero son piezas que bien podrían ser eslabones de una novela polifónica. Voces sueltas, voces en coro, voces en contrapunto.

Y pongan atención a las crónicas del funeral de Chávez, una de ellas Largo viaje inmóvil, que da título al libro. Los puntos de vista para entrar en el comportamiento de la multitud desbordada son variados, y siempre penetrantes, y el cronista parece situarnos con él en diversos puntos del recorrido de la procesión que parece no

avanzar, para que alcancemos una vista de cámara cinematográfica, unas veces metida dentro de la gente, otras desde lo alto, sostenida por una grúa; pero siempre estamos oyendo voces, que son las que nos informan, y veremos a la cauda de motociclistas dolientes buscando acercarse inútilmente al féretro.

Doménico se graduó de oceanógrafo en el Instituto Universitario de Tecnología Marina de la Isla de Margarita, lo cual me explica la virtud que tiene de poder ver debajo del agua. Porque este universo que describe es submarino, además de subterráneo, poblado de criaturas cuyas vidas nos dan las claves del mundo tan revuelto y agitado que habitan, y en el cual sobreviven, en espera de mejores tiempos.

Y al lado se encuentra su oficio periodístico ejercido por varios años en diversos medios de Caracas, donde aprendió el arte de la crónica es su sentido más moderno, y más útil a las necesidades del lector: la crónica que es la totalidad, alcanzada a través de la diversidad.

Y también es novelista, lo que explica que el arte de contar ficciones lo aplique al arte de contar verdades, prestando a la crónica procedimientos de la novela, solo para que resulte más atractiva, algo que consigue con creces en este libro.

Sergio Ramírez

Lluvia de la calle
lluvia sobre mi ciudad
lluvia que tumba los cerros
lluvia que me enterrará

La Misma Gente. «Lluvia».
Por fin, 1983

LA MUJER DE LAS HERIDAS ABIERTAS

A qué huele Caracas. La mezcla de carburante y aceite quemado de su enorme y viejo parque automotor es la colonia con que se perfuma una ciudad hermosa y maltratada. Como a una mujer a la que golpean todos los días, la belleza está oculta bajo una capa de deformidad, mugre y vergüenza. Caracas tiene casi seis millones de habitantes censados y mil novecientos kilómetros cuadrados. Sin embargo, las cifras son inciertas. El valle donde se asentó la ciudad primigenia en 1567 está rodeado de cerros conquistados por el aluvión de gente sin recursos que construyó o compró o alquiló alguna de las casas levantadas sin orden, pero casi siempre con materiales nobles, en las laderas, a veces escarpadas, otras de descenso suave, que miran hacia El Ávila, la montaña que sirve de rosa de los vientos: mucho antes de que se inventara el GPS, cuando un caraqueño quería saber sus coordenadas aproximadas alzaba la mirada y buscaba El Ávila, siempre en el norte.

Este cerro de dos mil novecientos metros de altitud es el rostro amoratado de esa mujer sometida. Pudiendo ser un monte de verde perpetuo, gracias a la protección de la ley de parques nacionales desde 1958, su flora lucha contra un historial de incendios que ocurren por decenas cada verano. A principios de año, cuando la sequía tropical marca algo parecido a un cambio de estación, columnas de fuego se levantan en algunos de los lomos de este triángulo de tierra, de forma semejante a un volcán dormido. El hedor a motor de cuatro tiempos entonces parece exaltado por el de vegetación quemada y el viento puede acercar hasta el interior de los hogares las virutas negras y grises que deja la llama a su paso.

La complejidad y particularidad de la capital de Venezuela se debe a la topografía concedida por El Ávila: desde la montaña bajan cauces de agua, conocidos como «quebradas», que atraviesan de norte a sur el valle y se unen a un río más grande, el Guaire, que recorre la ciudad de este a oeste. Las quebradas y un amplio lindero a cada lado fueron protegidas por las leyes, como zonas verdes no urbanizables. Estos terrenos podrían haber sido jardines idílicos de esta ciudad de clima primaveral pero, debido a las migraciones hacia la ciudad, las áreas desocupadas cedieron ante mínimas casas rurales de bloques de ladrillo visto y techos de zinc, conocidas como «ranchos», arracimadas más con intuición que ordenamiento en «barrios», que conquistaron el corazón de la ciudad. Esa es la particularidad de Caracas con respecto a otras ciudades latinoamericanas, donde estos asentamientos están en la periferia y conforman un cinturón de pobreza: está cercada pero también infiltrada. Son pocas las ventanas desde las que no se ve el testimonio de la desigualdad social.

Me crie en esta ciudad. Llegué a Caracas cuando tenía cuatro años y mis primeros recuerdos están asociados a su luminosidad y al caótico serpenteo de sus calles. Y, de una forma más animal, a su olor a plomo y carburante. Desde la ventana de mi última residencia aquí, en una urbanización llamada Lomas del Club Hípico, que era en realidad un pomposo nombre para una vieja carretera en cuyo empinado margen se habían levantado dos torres, podía observar, a lo

lejos, la silueta completa de El Ávila y, de noche, el collar de luces de la Cota Mil. Era como una fotografía de esa mujer en su juventud feliz. Sin embargo, de cerca, podía notar sus heridas, algunas cicatrizadas, otras recientes. A la izquierda, las quintas con sus techos de teja roja y jardín, en un cuadriculado y ordenado espacio, mientras a mi derecha se encontraba la profundidad del barrio Santa Cruz, con fama de ser uno de los más peligrosos de Caracas. Un paisaje dicotómico, como el propio país. Ambos lados estaban separados por un muro. No había forma de traspasarlo. Del lado de Santa Cruz, las casas anárquicas llegaban hasta la propia pared, usándola como fondo del rancho.

Podía escuchar a mis vecinos. En su ruido convivíamos. La vista puede ser fácilmente engañada. Mirar hacia un lado, correr la cortina, fijar la mirada en El Ávila. Pero el oído es un sentido que se deja invadir. Los fines de semana el volumen se elevaba por encima de una bulla que parecía ruido blanco y se hacían nítidas las voces y la música. Predominaba el vallenato, y desde un rancho convertido en bar o discoteca podía escucharlo a todo volumen desde la tarde del viernes hasta la madrugada del lunes. Sin parar.

Adentrada la noche, sobre las voces se imponía el grito. La pelea. El dolor. Tengo grabados los lamentos que acallaban el bullicio. Pocas sirenas de la autoridad. Desde allí suelen ser los vecinos, como pueden, los que trasladan a los heridos hasta el hospital. Aprendí a distinguir el sonido seco del disparo del eco de la pirotecnia. Cada fin de semana, la tragedia se colaba a mi habitación.

Ahora regreso a la ciudad donde me crie, donde crecí, de donde proviene la mayor parte de mis recuerdos.

ENTERRADOR

La extensión total del campo santo es de doscientas ochenta hectáreas, de las que están explotadas ciento diez. César Herrero señala los linderos invadidos del cementerio, las casas de ladrillo visto y techos de zinc que colonizan las áreas verdes. Al norte, el barrio Santa Eduvigis; al sur están el Primero de Mayo y el Barrio Setenta; al noroeste, Acuro. Herrero camina con un bastón de madera, cojea de la pierna izquierda.

—Trabajo aquí por tradición familiar. Mis abuelos llegaron en la década de los cuarenta. Yo comencé con ocho años a limpiar tumbas. En 1984, después de ir y venir en varios trabajos, me quedé.

Herrero es «asesor» de la cooperativa, que llegó a tener cuatrocientos sesenta afiliados y ahora, dice, reúne menos de doscientos. Es el hombre al que señalan los demás trabajadores del cementerio para contar la historia del lugar. Herrero avanza por las calles de concreto blanco, anchas y descuidadas.

—Aquí están enterrados desde el más pobre hasta el más rico.

Herrero tiene sesenta y dos años, mide un metro sesenta, luce bigote oscuro, faz morena con gafas de montura metálica clara, cabello cano. Viste una limpia camisa blanca y pantalones negros. Se detiene y entra en el área de las tumbas. Se acerca a una gran escultura blanquecina, que se eleva sobre las demás y compite con las ramas asilvestradas de un árbol.

—Es una obra de arte.

Junto al nombre del difunto Francisco Alvizio, una firma de autor: G. Ciocchetti. Roma. 1938. El escultor Giuseppe Ciocchetti se dedicó a la escultura sacra y funeraria en un estudio romano que en 1933 colaboró con el partido fascista, según se encuentra en una referencia del Museo dei Bozzetti. Después de unos cuantos minutos de caminata, Herrero se detiene en otra tumba. Se lee: General Anacleto Clemente Bolívar. Ilustre prócer de la independencia.

—Es el tío del Libertador.

En la placa dice que murió en 1836. La escultura principal estaba rodeada por cuatro sillones tallados en mármol y con grandes patas de león. Faltan tres.

—Se los han robado.

Entre lápidas y estatuas existe una centena catalogada como «obra de arte protegida por el Estado». Allí se sientan visitantes a leer el tabaco, a hacer ritos de brujería. El enterrador César Mayorga, veinteañero vestido con franela y bluyín, confirma que allí se profanan las tumbas: «Los paleros las roban para hacer sus cuestiones». La gente deambula entre las anchas y sucias calles del cementerio; algunos a pie, otros en moto. Como Herrero, Mayorga también trabaja en el cementerio desde niño, cuando limpiaba las tumbas a cambio de la «voluntad». Además de enterrador se emplea como piquero: con un pico rompe el planchón de cemento y exhuma cadáveres cuando el nicho familiar está lleno. Saca el féretro, extrae los restos, los coloca en una «huesera», que es una vasija pequeña que se vuelve a enterrar, mientras que el carapacho (ataúd) se arroja a la basura. Entonces queda espacio para nuevos enterramientos.

Mayorga camina hasta las tumbas más visitadas del cementerio. La de María Francia está llena de libros y cuadernos, ofrendas de alumnos de colegio y universidad, que pidieron aprobar a la antigua profesora. Si ella cumple, ellos también. Cada libro, útil escolar o cuaderno expuesto a la intemperie y convertido en manojo de hojas amarillentas e indóciles es el certificado de una fe, la de quienes creyeron que María Francia podía ayudarles. Cerca de allí, a quince metros, se encuentra otra de las tumbas más visitadas, la del malandro Ismael, en cuya cabecera hay un modesto altar, de un metro de alto y

color azul eléctrico. A su lado se levanta un habitáculo abierto de cuatro columnas pintadas de celeste, con techo de zinc, suelo de baldosas blancas, dos bancos de cemento coloreados de alegre amarillo, barandas de separación. De espaldas al sol del atardecer hay varias estatuillas similares: un joven blanco delgado, con gorro de béisbol ladeado como un rapero, un mechón de cabello oscuro que escapa sobre la frente, lentes de sol, cigarrillo sostenido en una boca de labios finos, manos en los bolsillos, camisa manga larga, botas y una pistola en el cinturón, atrapada en el costillar izquierdo con el mango hacia atrás: es zurdo. En los seis iconos que destacan por su tamaño, alineados de lado a lado de la tumba, hay una excepción. Una de las esculturas del malandro Ismael es diestro, pues la pistola, aunque está en el mismo lado, tiene la cacha hacia el ombligo. Es decir, se utiliza con la mano derecha. En esta estatua la piel es oscura como la de un mulato, no lleva gorro ni gafas y, en vez de elegante y pintoresca camisa, usa una camiseta sin mangas. A sus pies, frescas flores amarillas, rojas, blancas. Esta tarde, un hombre moreno, de gruesos y flácidos brazos, con camiseta celeste, vaqueros negros, zapatos deportivos, reloj de correa plástica roja, está sentado en uno de los bancos. Fuma un tabaco. Aspira con fuerza, suelta el humo, de vez en cuando mira las cenizas. Cuando se levanta, llega otro hombre, alto y esquelético, que viste de blanco, sin camisa pero con chaqueta de traje, y una tela celeste amarrada en la cabeza. En la diestra tiene una escoba; en la otra, una botella. Dice que cuida la tumba. Agacha la cabeza para colocarse bajo el techo del malandro Ismael. En la sombra se queda de pie, se recuesta de uno de los pilares, escoba y botella en mano. Espera una propina.

Las figuras están debajo de tres carteles que cuelgan del techo, junto a una bandera de Venezuela. En una se lee: «Chamo Ismael. Gracias por estar con». La frase se interrumpe por otro cartel que lo tapa: «Bienvenidos a la corte calé/ corte malandra/ epa, mi gente, qué pasa/ Dios me los bendiga, a todos los presentes/ el que venga a pedir con fe, yo le daré/ respete lo ajeno y deje todo como está/ esta es mi zona/ Ismael Sánchez». Abajo, una foto de un metro de altura, con una mujer de mediana edad, con el cabello recogido, que posa junto al altar, hace esquina con otra foto de alguno de los barrios de Caracas, donde se lee: «Gracias por los favores concedidos». Los nichos de los lados han sido inutilizados. En ese espacio vacío y depauperado se erige una cruz en la que han clavado un cartón con una inscripción: «Petróleo». Unas flores de plástico lucen nuevas a su lado. La tarde se acerca a su final. Herrero regresa a la cooperativa. Afuera, un Chevette negro tiene la puerta abierta para que se escuche la música de Gilberto Santa Rosa a todo volumen. Señala con la boca a uno de los hombres, y sin sonreír dice: «Está de cumpleaños».

LA MILICIANA QUE ENREJARÁ SU CASA

Lunar en la nariz, dientes blancos y parejos, piel morena, cabello alisado cortado hasta los hombros, Zuge Betancourt vivía en un refugio para damnificados, en una antigua comandancia de policía en el barrio de Cotiza, cuando le notificaron cuál de los ciento noventa y dos apartamentos de un edificio del barrio San José, en Caracas, le correspondía. Con veintinueve años esperaba por una casa de la Misión Vivienda, que llegó días antes de las elecciones del 7 de octubre de 2012. Su hogar de bloques de la parroquia La Vega se había desmoronado en septiembre de 2010, seis días después de nacer Valentina Astrid, su única hija. Una vez que supo cuál era el número de su vivienda, se mudó de inmediato, a pesar que el edificio seguía en construcción y de que apenas existían las paredes de su apartamento. «Dejé a la niña en el refugio con mi madre y me mudé en obras negras. Olía a cemento, dormí en el piso. Se advertía que una comuna de El Recreo arriba vendría a invadir. Yo solo salía de la casa para darme un baño rápido. El mismo día de las elecciones, llegaron. A la cabeza iban mujeres con niños en brazos. Atrás los hombres, que pateaban las puertas hasta que cedían. Nosotros llamamos a los colectivos e impedimos el paso. Yo también me había ganado mi casa, no iba a permitir que me la quitaran», recuerda Betancourt.

Durante los comicios, el personal de la constructora no estaba en el edificio inconcluso, pero los impactos de las balas tuvieron que ser reparados de las paredes. «En esos días de emergencia y elecciones hubo disparos en los pasillos, dicen que también muertos», confirma Darly Albarrán, técnico en Construcción Civil de veinticuatro años, que trabaja con la empresa encargada de la obra, Enzocam. La construcción comenzó en junio de 2012 y en abril del siguiente año, seis meses después de aquellas elecciones, todavía no se ha finalizado la entrega de viviendas: falta la cocina en algunos apartamentos. Albarrán espera que estén listas en un par de semanas, y así poder dejar el hotel de la avenida Fuerzas Armadas donde vive desde que llegó a Caracas y volver para sacar la licenciatura de Ingeniería en Barinas, el estado llanero de donde es la constructora y donde nació

ella.

La comunidad, ahora pacificada y organizada, cuenta con un portavoz por planta. En el décimo piso está Betancourt, que hizo el servicio militar obligatorio con la esperanza de ser contratada en el Ejército pero, después de un año sin salario, desistió. Luego se enroló en las milicias bolivarianas. «Tengo el patriota [uniforme] en la casa», dice. De la mano de su hija, camina al ascensor. «Este no habla, pero el de la otra torre, sí», dice mientras aprieta el número diez. Recuerda la delincuencia y el desorden que existía en el edificio, durante los primeros meses. «Le hemos metido el pecho», dice. «Les poníamos denuncias. Porque el primer año estamos a prueba y pueden quitarte la casa. Ya no es como antes, en que llegaron a amenazarnos. Aquí ahora hay normas estrictas. Estamos organizados en el Comité Multifamiliar de Viviendas».

—El creativo corre o se encarama —dice.

—¿El creativo?

—Sí, el malandro.

—¿Por qué le dices creativo?

—Porque inventa mucho. Siempre está viendo qué hace.

La casa, como todas las de la Gran Misión Vivienda, tiene sesenta y dos metros cuadrados. Está decorada con gorros rojos sobre el televisor y pegatina en el vidrio con Chávez y los hermanos Castro. El televisor sintoniza Venezolana de Televisión. Su hija juega con un inquieto perro negro de pequeño tamaño. En medio del salón, una máquina de coser industrial marca Siruba y varias telas marrones. Es costurera pero trabaja como teleoperadora en el departamento de reclamación del servicio móvil de una telefónica. Los muebles, que también reparte el gobierno, todavía no han llegado. Las autoridades han ofrecido una nueva remesa para el día siguiente. A las cuatro de la madrugada llegarán los destinados a las familias de la séptima, octava y novena planta. Betancourt todavía tendrá que esperar.

El día que se anunció la muerte de Chávez, en la mente de Betancourt despertaron los fantasmas de la invasión. «Salí al pasillo, donde otros vecinos también lloraban. De pronto, recapacité y advertí que debíamos estar alertas, porque los escuálidos vendrían a invadirnos», dice Betancourt. En los largos pasillos de la torre se ven las puertas protegidas por rejas. «Yo no he podido ponerlas. Apenas tengo un mes trabajando», dice quien por toda protección colocó una pegatina de los Tupamaro, en su lánguida y blanca puerta. Una advertencia eficaz. Aunque no nació en la era del chavismo, el colectivo sí ratificó su tendencia de milicia urbana. Financiados por el gobierno, se ha convertido en una institución paraestatal, en una más de las fuerzas de seguridad del partido de gobierno. A sus miembros se les puede ver en actos oficiales, junto a policías y militares, con sus

gruesas chaquetas negras cerradas hasta el cuello a pesar del calor. Con el nombre del colectivo bordado en la espalda, el atuendo hinchado indica que hay algo más que ropa debajo.

Los Tupamaro fueron un grupo civil que extendía su influencia en el barrio 23 de Enero. A mediados de los noventa se habían consolidado como una asociación que recibía aproximadamente 60.000 dólares anuales de subvenciones de la alcaldía de Caracas, a través de una entidad llamada Fundarte, en ese tiempo en manos de Aristóbulo Istúriz, un político que luego apoyó la candidatura de Chávez. Para recibir esos fondos se registraron en 1993 bajo el nombre de Coordinadora Cultural Simón Bolívar. A finales de 1997 me reuní con uno de sus dirigentes principales, Juan Contreras, un sospechoso habitual para las autoridades, que llegaron a allanar su hogar hasta cuarenta veces en un mismo año. La entrevista se realizó en un local grande y casi vacío en una de las lomas del 23 de Enero. Acudí solo, en mi propio vehículo, hasta un colegio abandonado al lado del bloque 4. En el camino se leían frases de Simón Bolívar pintadas en las paredes. Por ejemplo: «Nosotros seremos más fuertes cuando estemos más unidos» y algún grafiti del Che Guevara.

A Contreras y su grupo los acusaban de haber apoyado a Chávez en el golpe de febrero de 1992:

—No tenemos relación con los bolivarianos —desmentía Contreras.

Se decía que colaboraban en secuestros, en colocación de explosivos, en asesinatos.

—Los informantes de la policía son los narcotraficantes de la parroquia —volvía a refutar.

Que eran dueños de un pequeño arsenal:

—En el 23 de Enero hay muchas armas, pero están en manos individuales.

Que imponían su ley a punta de pistola:

—No actúa la coordinadora, sino algunos miembros de la comunidad por su cuenta.

Un periodista de la fuente de sucesos, vecino del 23 de Enero, me aseguró que ese edificio abandonado había sido guarida de delincuentes, a los que los Tupamaro habían desalojado a la fuerza.

—Conseguimos el colegio por medio del diálogo —Contreras negaba otra vez—. Nuestro objetivo es recuperar espacios para los ciudadanos y promover el deporte.

Un halo de rebeldía, de lucha altruista, les envolvía. Siempre enfrentados al poder, los Tupamaro ahora son parte del poder. Aquella vez, cuando terminamos de conversar, Contreras ordenó a un hombre que me escoltara en su moto hasta que saliera del barrio. Esa especie de protección es la que se asegura Zuge Betancourt con la calcomanía

en su puerta.

La acompaño al atardecer, cuando cruza la ciudad rumbo el este, donde queda el único banco con horario extendido, para que cobre un cheque con su quincena. A esa hora, la velocidad puede ser de dos kilómetros por hora. Ni ella ni su hija muestran impaciencia por la hora y pico que demoramos en llegar a Chacao, ni por la impredecible cantidad de minutos que esperarán para llegar a la taquilla, donde ella entregará el talón y recibirá el dinero en efectivo. La gestión no se puede dejar para el día siguiente. Es festivo y no abre ninguna sucursal. Con la niña sentada en sus rodillas, Betancourt me dice que pagará su casa, pero que no sabe cuánto le cobrarán, ni cuándo. «Hay quien dice que 500 millones y dos años muertos». Cerca del centro comercial Sambil, las dos descienden del automóvil y se despiden con la mano.

La construcción y entrega de viviendas populares comenzó a mediados de 2012, como reclamo principal para la campaña de reelección de Hugo Chávez. Hasta entonces, en la última década, el gobierno había descuidado el otorgamiento de viviendas a las clases desposeídas. Según datos oficiales, se construyeron 350.000 casas hasta febrero de 2013 y otras 650.000 hasta finales de 2015, para redondear el millón. La cifra del gobierno es dicha de viva voz por el presidente, durante alocuciones en radio y televisión, pero carecen de respaldo documental alguno. No existe un catastro de viviendas construidas ni el Ejecutivo entrega títulos de propiedad a los que usufructúan esos habitáculos: mantiene el control sobre quien la habita a través de la figura de «propiedad familiar», bajo la que puede desalojar a los inquilinos.

Son edificios altos de pobre arquitectura salvo unos alerones inútiles en el techo de algunas construcciones, fachada lisa de tablilla y ventanas pequeñas. Se alzan en lugares visibles: al pie de la principal autopista de Caracas y en avenidas populosas, donde se erigieron las torres en terrenos expropiados a los dueños de aparcamientos a cielo abierto. Cálculos independientes como los de Provea, una organización no gubernamental que vela por los derechos humanos, estiman que fueron 99.000 entre 2011 y 2013. Durante las legislaturas sucesivas de Chávez se construyó un promedio de 33.000 por año, según Provea. Este sería el gobierno que menos viviendas protegidas ha construido: en sus primeros catorce años ronda una cifra similar a la de cualquiera de los otros presidentes anteriores en un lustro (lo que duraba una legislatura antes de 1999). Desde las 78.000 anuales de Luis Herrera, cuando se hizo la primera gran devaluación del bolívar, hasta las 62.000 durante el inconcluso segundo mandato de Carlos Andrés Pérez, cuando Chávez intentó su golpe de Estado de 1992.

La superioridad numérica de los gobiernos previos a Chávez en este campo no significa que la política anterior fuera eficaz en paliar la pobreza. La deuda social creció de manera significativa entre 1995 y 1997, lapso gobernado por Rafael Caldera, reelecto para un segundo período después de una veda de diez años exigida por la Constitución de aquel tiempo. Nada más llegar al poder impulsó la quiebra de instituciones financieras privadas y las nacionalizó. Antes de esa debacle, a principios de 1995, los hogares «no pobres» representaban 73 por ciento y dos años después 35,9 por ciento, según datos oficiales de la desaparecida Oficina Central de Estadística e Información. El consumo de alimentos también disminuyó en ese lapso.

Hoy, las viviendas se reparten por cuotas políticas. Uno de los encargados de reunir a los beneficiarios y darles charlas previas al otorgamiento definitivo, Ángelo Paredes, asegura haber trabajado con Chávez desde antes del golpe de 1992, en una organización de los Valles del Tuy, región cercana a la capital. Dice que 80 por ciento de las viviendas se asigna a damnificados por las lluvias, como Zuge Betancourt, y otro 20 por ciento se deja para las «comunas». Sus miembros se las reparten sin interferencia alguna de otra autoridad. Según cifras oficiales divulgadas por la televisión estatal, existen dos mil Consejos Comunales en todo el país. A pocos kilómetros de allí, en La Yaguara, cerca de donde se lee una cita de Chávez: «No puede dar lo mismo hacerlo bien que hacerlo mal. Eficiencia o nada», pintada en negro sobre blanco en la pared de un edificio público, se encuentra el refugio instaurado en la antigua fábrica de ropa Van Raalte, una metáfora del país. En la entrada del refugio huele a guardado, a sudor. Las ventanas tienen rejas y se puede ver que se han improvisado tabiques con telas y plásticos. La historia abreviada de cualquier damnificado es casi idéntica a la de Betancourt: «Una vaguada, lo perdí todo. Hace más de dos años, el gobierno nos acogió acá y estamos esperando a que nos den una vivienda», dice Ana Teresa, una gruesa mujer que impide el paso al interior de la antigua fábrica, allí vive «mucha gente» de diecisiete parroquias, dice. A su lado, una joven tiene en brazos a un niño de diez meses:

—Se llama Kevin David. Nació aquí.

De regreso al edificio de Zuge Betancourt, las historias de sus vecinas, que decoran sus casas con iconos de vírgenes y emblemas de equipos de béisbol, se trenzan para generar un bucle. Al final del pasillo vive Karina Salón, que abre su casa, limpia, ordenada, esperada durante los diez años que vivió en un rancho (chabola) en el Kilómetro 12 de la carretera a El Junquito, con sus tres hijos. Una noche, las autoridades los desalojaron de allí. «Estábamos en riesgo y, con la llegada de las lluvias, nos llevaron a un refugio en el sector El Tiburón. Ahí estuvimos dos años. El presidente nos daba comida, transporte… Gracias al presidente hemos vivido muchas cosas bonitas». En septiembre de 2012 le otorgaron esa casa. Igual que Zuge Betancourt, se mudó allí cuando aún no estaba totalmente construida, dice. Al mes, llegaron los muebles y la cocina, «todo».

ACTOR

Alcanzó el máximo reconocimiento cuando protagonizó la telenovela *Esmeralda*, junto a la actriz Lupita Ferrer, en los setenta. Orangel Delfín encarnó al complejo doctor Malavé, personaje deforme que cría y después rapta a la actriz. Tres décadas después de alcanzar la cima y de ser reconocido como el mejor actor de carácter de Venezuela, llegaba al albergue público para indigentes Centro Integral Hermano Lucas y hacía una lista con lo que necesitaba. Medias, pantalón, dentífrico, champú… Alejado de la cámara, la vida de Delfín se había reducido a deambular por las calles de Caracas y dormir en casa de uno de sus hijos, desempleado, que le exigía que no estuviera allí durante el día. Al llegar presentaba un cuadro de desnutrición.

—Este lugar era mi última esperanza —me dijo cuando le encontré allí—. Antes de llegar, era como si dos ángeles me hablaran al mismo tiempo. Uno bueno y otro malo. Cada uno por un oído. El malo me decía varias veces al día: «¡Chico, esto se puede resolver fácilmente! ¡Hay varios camiones, ahí está el metro! ¡Anda, resuelve este asunto de una vez!» Pero yo no creo en el suicidio como solución. Entonces, el otro ángel me recomendó acudir a donde mi amigo Néstor Zavarce.

Cuenta que, andrajoso, se presentó en las oficinas del director de Espectáculos Públicos de la alcaldía de Caracas. Zavarce había sido su compañero en varias filmaciones televisivas y había hecho buen dinero con los *royalties* de una canción que acompaña la Nochevieja venezolana, todos los años en todos los diales: «Faltan cinco pa' las doce». No se habían visto en veinte años. Pero Delfín era una institución, a pesar de su aspecto desgarbado. El compositor le atendió. «Me conmovió», me dijo por teléfono. «Me reservo la impresión que tuve al verle». Uno de los actores mejor pagados de la Venezuela saudita, Delfín gastó su fortuna en viajes por Europa durante largo tiempo en los que no trabajaba.

La historia con su segunda esposa se reseñó en la prensa del corazón. Ella, periodista, acudió a una rueda de prensa donde él era la estrella. Delfín requirió su teléfono. La llamó, la invitó a cenar. Durante la velada, le pidió matrimonio. Ella aceptó. Se casaron.

—Tuvimos un hijo que murió al nacer. Ella quiso irse a vivir a

España y yo no la seguí.

El alcoholismo y un accidente automovilístico lo apartaron de la pantalla y la radio.

—El dinero lo gasté en relaciones sociales, en el ritmo de vida de la farándula.

El actor se recuperó del accidente, pero su corazón comenzó a fallar. Faltaba a las grabaciones. En 1996 le despidieron del último canal en el que trabajó, Venevisión. Dos años después, ya arruinado, fue sometido a una intervención quirúrgica en el hospital Pérez Carreño. A los treinta días de operado, su tercera mujer le abandonó, fallecieron su madre y su hermana, y tuvo que dejar la casa que habitaba.

—Comienzo una vida de pájaro. Debía salir a la calle a buscar el fruto que comería ese día. La vida de pájaro es vivir de rama en rama. En la noche, llegar a un árbol y dormir ahí. Vivir aquí, acullá, más allá, más acá, hasta que no me queda más recurso que solicitar auxilio o arrojarme por el barranco.

En el albergue, Delfín vivía en un pequeño cuarto privado, sobre el dormitorio comunal donde dormían ochenta y un indigentes que la policía recogía y llevaba hasta allí. Él les recitaba, cantaba, actuaba. Murió en octubre de 2001, en la mendicidad. Tenía sesenta y seis años. El actor de carácter más importante de las telenovelas venezolanas del siglo pasado hoy no tiene ni siquiera una biografía en la Wikipedia.

EL CACIQUE QUIERE UNA *BLAZER*

Desde el aire, la selva es un mar verde roto de vez en cuando por lunares marrones. Los más grandes son las cicatrices de la explotación minera, legal e ilegal, que utiliza potentes chorros de agua que erosionan el terreno para buscar oro. Los pequeños son chabonos de los indígenas nómadas de la etnia yanomami, que talan una circunferencia para levantar su churuata y sembrar. Deslumbran algunos codos y meandros de ríos cuyas corrientes llegan al Orinoco, que irriga el norte de la Amazonía. Para transitar esa extensión inextricable de árboles altos que se sostienen uno al otro, envueltos por las enredaderas que tejen otro manto verde que compite con el follaje, hay dos vías: los cauces de agua o el aire. No hay carreteras para llegar a La Esmeralda, la capital del municipio Alto Orinoco y principal población de la triple frontera entre Venezuela, Brasil y Colombia.

Allí ocurrió uno de los capítulos más interesantes y poco conocidos de la historia política venezolana. Una guerra pasiva en la profundidad del Orinoco, alejada de los focos de los medios, soterrada entre los árboles y la distancia. A finales de los noventa, debido a la destitución del primer alcalde indígena electo por votación popular en toda la historia del país, Jaime Turón, se confrontaban dos bandos divididos por la religión, el partido político y la etnia. De un lado, evangélicos, adscritos a Acción Democrática y yekuana. Del otro, católicos, partidarios del socialcristiano Copei y una mayoría de yanomami.

La Esmeralda tiene pista de aterrizaje asfaltada, un puñado de casas, una misión salesiana y un embarcadero. La forma más fácil y popular de recorrer distancias es por las calles fluviales: sus ríos tienen 1.290 kilómetros de costa. De Puerto Ayacucho, capital del estado Amazonas, está separada por ocho días en bongo, la embarcación de tronco de árbol ahuecado; dos días en «voladora», una lancha sin quilla y con motor fuera de borda de ochenta caballos; y casi dos horas en aeronave. Cuando aterrizó la avioneta, la rodeó un grupo de gente curiosa. A finales de diciembre de 1997, los seiscientos habitantes de La Esmeralda vivían unos días agitados, no solo por el

malestar político debido al enfrentamiento entre los que apoyaban al alcalde Turón y los que pretendían defenestrarlo. Al pueblo viajaron miembros de las etnias yanomami y yekuana, dos de las más numerosas de la región, porque el Ministerio del Interior los citó allí para que una delegación les hiciera su cédula de identidad, único requisito indispensable para ejercer el derecho al voto. Y los habitantes de la selva que todavía carecían de documento, o había vencido su validez, atendieron el llamado. Cuatro mil indígenas llegaron a partir del 26 de noviembre desde los tres sectores en que está dividida la zona según los cauces de agua: Padamo, Cunucunuma y Alto Orinoco. Hacinados: por ejemplo, bajo uno de los techos de palma de seis metros cuadrados, colgaban cuarenta hamacas y las mujeres dormían con sus niños. La tensión política se agravaba con la convivencia. Los capitanes de cada comunidad pactaron dejar las rencillas para cuando volvieran a sus respectivos territorios.

El tiempo transcurría a un ritmo distinto en la jurisdicción más al sur de Venezuela. Al amanecer, algunos hombres salían a pescar en sus curiaras y bongos, movidos en su mayoría por los remos. La gente caminaba sin rumbo, se sentaba debajo de árboles, conversaba entre sí, acudía a la alcaldía a preguntar por los funcionarios que no llegaban, se reunía alrededor de una cancha de bolas criollas. El día de mi llegada, los empleados de la alcaldía habían organizado a varias decenas de mujeres para que aplaudieran. Ellas no sabían bien cuándo y sus palmas se escuchaban irregulares. Tardé en comprender que era un acto político orquestado por el alcalde interino, Joel Colina, para demostrar que el alcalde destituido y con orden de arresto mantenía el mando. Aun cuando vivía escondido en hoteles de La Guaira, en la costa central del país, de donde se mudaba cada cuatro días, seguía en comunicación con sus fieles. No había vacío de poder mientras duraba la pugna. Antes de llegar a La Esmeralda, hablé con Jaime Turón en la avenida Francisco Solano de Caracas, donde acordamos vernos.

El alcalde prófugo tiene ascendencia de capitanes, se crio en la población de Toki, a orillas del río Padamo, donde conviven setecientas personas entre yekuana y yanomami. Ambas etnias le reconocen como «hermano». Aprendió a hablar las dos lenguas autóctonas, además del español. Recibió educación de las escuelas instaladas por las misiones evangélicas, religión que profesaba, y aprendió inglés. Con la ayuda de estas misiones, estudió en Estados Unidos, y allí también sus hijos cursaban estudios universitarios. Antes de iniciar su actividad política ejerció como profesor en su pueblo natal. Participó en la Junta Parroquial, que fue el primer intento de organización política antes de la creación de los municipios. Comenzó a militar en el partido Acción Democrática, el más fuerte del país en ese momento. Durante la entrevista, me dijo:

«¿Tú qué crees? Nosotros queremos nevera, radio, televisión. Queremos una parabólica. Queremos saber lo que está pasando en el mundo. Queremos una *blazer*. Los católicos y los antropólogos son mezquinos porque quieren evitar que nos desarrollemos y yo no los dejo continuar con el poder que tuvieron cientos de años y que no ayudó a los indígenas».

Luego ofreció la logística necesaria para explorar la selva y llegar en «voladoras» a cualquier rincón. Y cumplió a través de una constructora de nombre Surumone.

—Puerto Ayacucho, La Esmeralda. Puerto Ayacucho, La Esmeralda. Cambio.

—Aquí La Esmeralda. Cambio.

—Por órdenes de arriba deben llevar al periodista a donde él diga. Cambio.

—Ya tenemos noticias de eso. Cambio.

Las voces y los rumores corren en la selva. Como alcalde, Turón colocó en cada poblado un sistema de comunicación por radio, instalado con una planta de energía solar.

En La Esmeralda, al anochecer se repartía harina y pasta desde un camión 750, uno de los tres vehículos que circulan por sus calles de tierra (al no existir carreteras, los llevan en aviones militares de carga o desmontados). En la puerta de la sede de la alcaldía, una casa baja de paredes blancas, esperaba un representante de cada comunidad. Con la noche profunda, se proyectaba una serie de películas en VHS en un televisor de diecinueve pulgadas, colocado en el caney comunal principal. La lengua de la mayoría de las cintas era el inglés pero tenía subtítulos en español, que no se podían leer desde la tercera fila. Aunque algunos indígenas no hablaban ninguno de los dos idiomas, se acercaban allí, donde había horas de luz extra gracias a un generador que funcionaba solo de noche. Durante el día no había electricidad.

Esta planta de energía es el comienzo del pleito. El alcalde Turón fue electo en 1995, cuando la región cambió de estatus político para convertirse en un estado con siete municipios que fueron llamados Atabapo, Atures, Alto Orinoco, Autana, Guainía, Manapiare y Río Negro. La primera experiencia de elección se hizo en Alto Orinoco y sucedió con polémica. La candidatura estaba entre Turón por Acción Democrática y el abanderado del otro partido, Copei. Cuando terminó la votación, el conteo inicial dio la victoria a los copeyanos. El observador de Acción Democrática, José Fajardo, el mismo que dirigía la constructora Surumone y que dio las órdenes por radio, llamó a su superior en las filas políticas, Nixon Maniglia, otro socio de Surumone. Maniglia actuó rápido: embarcó a un contingente de hombres en siete avionetas y cruzó la selva desde Puerto Ayacucho. Eran los «cabilleros» del partido, las fuerzas de choque. Al final de la jornada

se proclamó a Turón. Cuando debía otorgar el gran contrato de su gestión, 561 millones de bolívares, algo más de un millón de dólares, el alcalde se sublevó contra el gobernador, Bernabé Gutiérrez, al negarle la concesión a la constructora señalada por él.

Dos años después, uno de los concejales de su partido, Marcos Jiménez, cambió de bando y, junto a los dos de oposición, desaprobó la memoria y cuenta por «falta de veracidad e inexactitud», según el acta de la Asamblea Municipal. Con tres votos en contra y dos a favor se destituyó a Turón. El alcalde en vilo viajó a la capital del estado y negoció con el gobernador. Se produjo la contraorden. Pero el concejal rebelde se negó a volver a filas. La alcaldía le correspondía a él. Mientras se convocaba una asamblea popular para decidir el destino de Turón, se repartieron tres cheques de 2,5 millones de bolívares, unos cinco mil dólares, a los tres concejales de Acción Democrática. A continuación, Jiménez viajó a Puerto Ayacucho y en una discoteca lo arrestaron bajo la acusación de hurto de cheque emitido por la alcaldía a su nombre. Turón lo había denunciado media hora antes. Lo liberaron el día en que se decidía qué hacer con el alcalde. Jiménez se desdijo y votó a favor de Turón. De poco sirvió. La misma causa contra Jiménez se extendió al alcalde y los otros dos concejales de su partido, por peculado y malversación genérica de fondos públicos. Desde entonces Turón y los concejales de su partido se convirtieron en prófugos. Jiménez aseguró que la mitad del dinero se la dio a Turón y el alcalde lo negó: «El concejal se lo gastó en juergas».

En su contraataque, Turón envió mensajes por radio y el capitán del chabono yanomami de Cejal reaccionó: amenazó con quemar las misiones salesianas si no se resolvía el caso de su «hermano», Turón. Cejal es una pequeña comunidad. Al bajar de la lancha, el puerto es un pedazo despejado de tierra resbaladiza donde levantan vuelo cientos de mariposas amarillas y blancas, que vuelven a aterrizar sobre el barro casi de inmediato. El asentamiento está despejado de árboles. Unas pocas palmeras dan sombra. A media mañana, dos niños caminaban por el sendero de hierba baja para recibir la embarcación. El mayor, quizás de diez o doce años, vestía camisa blanca manga larga y *short*. El menor, de seis, solo pantalón corto. Cuando el mayor vio la cámara extendió la mano. Quería cobrar si se tomaban fotografías. Las construcciones son de palo y bahareque. En el caney principal, de techo alzado entretejido y estirado y una entrada baja, a la que se debía entrar agachado, se habían reunido los hombres del chabono. Yopeaban, es decir, ingerían yopo, un alucinógeno extraído de las semillas de un árbol de la selva. Estaban sentados en el suelo de tierra apisonada, en círculo. Me dejaron sentar entre ellos, unos catorce hombres, vestidos solo con *short* deportivo de tela y, alguno, con una cinta en la frente. En medio, un chamán empuñaba una larga

cerbatana y escupía el yopo, que había masticado antes, en el orificio nasal de alguno de los hombres. Se turnaban para recibir su dosis. Los rostros sonreían, los ojos brillaban y por las narices les escurría un líquido verdoso. El capitán yanomami, Manuel López, se encontraba a la izquierda de la entrada, en el sitio más oscuro. Me miró, habló en su idioma. Ratificó su amenaza contra las misiones católicas, según mi traductor Pedro Camico, y añadió por qué:

—No estamos peor que antes, por el contrario —dijo.

En un recorrido por el chabono mostró los efectos del progreso: láminas de zinc donde antes había hojas de palmera entrelazada, la radio, machetes y otros materiales para cultivar, alguna edificación en construcción que prometía convertirse en escuela y la contratación de dos «promotores sociales» que cobraban un sueldo mensual de 50.000 bolívares, cien dólares aproximadamente, de la alcaldía.

No todos los pueblos estaban a favor del alcalde. El tema político se enturbió más cuando el partido Copei, junto a una organización de indígenas de siglas ORPIA, cuyos militantes son conocidos como orpianos, y el vicariato salesiano impugnaron la ley de división territorial, bajo el argumento de que no se realizó una consulta popular antes de elaborar la ley. Si el Tribunal Supremo les daba la razón, todos los alcaldes debían abandonar sus cargos. En los 175.000 kilómetros cuadrados de selva del estado Amazonas conviven diecisiete etnias diferentes, en una densidad de 0,55 personas por kilómetro cuadrado. La propuesta alternativa era mantener los siete territorios y sumar uno, Omawe, regido solo por los yanomami bajo su tradición. Ese planteamiento político y racial dividió a la etnia yanomami, la más numerosa en las orillas del Orinoco, que, en ese momento, se estimaba en 15.000 personas. Las otras con más población son la piaroa, con 10.000 individuos, y la yekuana, con 3.000.

En La Esmeralda conocí a Antonio, un cacique yanomami, al que me presentaron así: «Ha matado más de cincuenta hombres y tiene diez mujeres». Me dijo que deseaban un municipio regido solo por su etnia, pero que querían que se creara poco a poco, para que ellos pudieran aprender a gestionarlo.

Cuando llegué a La Esmeralda, el gran temor no era político sino sanitario. Con tal concentración de habitantes podía surgir una epidemia. Cualquier brote en el pueblo, traído por alguien enfermo o portador de la enfermedad, podía extenderse por la selva cuando los indígenas regresaran a sus casas. Un día me interné por el río hasta Ocamo, donde encontré a una doctora del Ministerio de Sanidad. Enfrentaba un brote de lechina. Frente a su ambulatorio había un ataúd avejentado, bajo un árbol. Era de un material oscuro del color de la caoba y tenía un par de asideros de color plata a cada lado. La

doctora me explicó que allí viajaban de regreso los que morían en la ciudad, cuando les llevaban al hospital. El ataúd iba y venía. Otro día me dirigí a Platanal, poblado dentro de la Reserva de Biosfera. Estaba desierto porque la mayoría de sus habitantes estaban en La Esmeralda. Algunos habían caminado cuatro días para llegar. Allí había un indígena con camisa larga de cuadros, estilo leñador, que le cubría hasta las rodillas. El hombre llevaba sus lanzas en mano. Era amigable. Me señaló la choza del cura. Los religiosos, tanto los sacerdotes y monjas católicos como los pastores evangélicos, son respetados y escuchados como autoridades de facto. Toqué. Una voz lánguida me invitó a pasar. Entré y encontré al hombre tumbado en su hamaca, pálido. Tenía fiebre amarilla.

El 5 de diciembre llegó una avioneta. Bajó un grupo de gente que fue a la alcaldía sin distracciones. Dos hombres se vistieron con trajes y máscaras de fumigación, se colgaron una máquina y comenzaron a esparcir un humo blanco por casas, caminos, rincones, sin importar si había o no gente. Fumigaban contra el dengue y cualquier otra plaga. La voz se corrió: solo los que tengan partida de nacimiento o comprobante obtendrán la cédula de identidad. Al día siguiente, sábado, comenzó el lento proceso. Primero, una fila para solicitar el comprobante en la alcaldía, donde se debía responder cuál era el nombre del padre y en qué lugar de la selva nació. Después, otra para sacarse la fotografía. Por fin, la tercera para pedir la cédula. Las autoridades advirtieron que solo tenían material para hacer mil documentos.

En Caño Tama Tama, los piaroa conviven con los colonos evangélicos de la New Tribes Mission. El capitán del poblado me mostró la escuela que estaba en construcción. Se levantaba con ladrillos de arcilla, que es la tierra de la selva. Aunque parece abonada por la riqueza de las hojas y troncos caídos, el humus es superficial y cuarenta centímetros más abajo solo hay aridez. La escuela se levanta pared con pared junto a la blanca iglesia evangélica. Los piaroa del poblado son protestantes.

—¿Por qué?

—Tiene ventajas.

—¿Cuáles?

—Podemos comer carne de danta.

—¿Antes no se podía?

—No. Era sagrada. Nos caía mal.

Desde un recodo del río se ven las casas de la misión evangélica. Paredes de madera, dos plantas, techos a dos aguas, viviendas prefabricadas e idénticas. Separadas una de otra por zonas ajardinadas y cuidadas. El río a un lado y al otro, la pista de aterrizaje de donde

parten vuelos con destino directo a Norteamérica. El ruido del motor de los aires acondicionados de las casas se sobrepone al rumor del agua. Nadie a la vista, ningún curioso. Mis guías me condujeron hasta la casa del jefe de la misión, Dan Shaylor, de amplia frente, con barba blanca cortada al estilo Lincoln y pálida piel bronceada. Anteojos, reloj de plástico negro, pulcra camisa de rayas verticales. La entrada era un pequeño porche con bancos a cada lado. Shaylor, amigo y mentor de Jaime Turón, accedió a hablar conmigo. Me invitó a pasar a su casa, con la condición de que mis acompañantes, todos indígenas, esperaran fuera. Un par de adolescentes rubios cruzaron el césped verdísimo sin acercarse. Shaylor contradijo la posición de los enemigos declarados del alcalde:

—No sé si entre los yanomami hay gente preparada para dirigir un municipio.

Más allá, río arriba, por donde se sortean varios islotes de arena que asoman por la sequedad del cauce y se disminuye la velocidad de la voladora porque cualquier bajo puede romper el motor, se llega al chabono regido por el capitán Santana. Para entrar a Warapana se requiere de la intermediación de una monja que cría lapas en una casa baja a orillas del Orinoco. Sor Miriam Reyes, joven, ojerosa, cabello corto, manos callosas, camisa holgada y fresca, me guio al otro lado del río, como si cruzara la calle para visitar al vecino. La recibieron con afecto. El capitán Santana, vestido con un pantalón corto rojo, estaba sentado bajo el caney, rodeado de su familia: varias mujeres de distintas edades y niños en brazos espantaban sin aspaviento los mosquitos mientras escuchaban. Dijo Santana:

—No queremos más techos de palma, pasa el agua y mis hijos se mojan.

Se levantó con solemnidad, se envolvió los hombros con una toalla colorida de Disney, a modo de capa. El amarillo caía por sus brazos hasta la muñeca y el celeste pintaba sus hombros. Me invitó a conocer sus dominios. Al salir de la casa principal, donde hablábamos, se abría un descampado, preparado para el cultivo. En medio del chabono, en el gran patio de tierra que sirve para distanciar, y a la vez unir, las cabañas de los diferentes miembros del clan, dos niños jugaban fútbol con un balón de cuero desteñido y algo desinflado. Descalzos corrían, pateaban. En las inmediaciones del chabono, Santana me mostró el sembradío que los alimentaba. Al igual que el cacique Kaupewe del poblado Shakita, apoyaba a las misiones salesianas, que les proveían educación.

—Somos yanomami para defenderlos —dijo—. No vamos a dejar que nadie queme las misiones. Les tenemos respeto.

A lo largo del sinuoso Orinoco, en Mavaca, Mavaquita o Cachicamo las palabras podían contener el brío de aquellas aguas y

contraponerse a la belleza de sus fantásticos atardeceres. En la nocturnidad de la selva, el paisaje parece vedado por un negrísimo telón y el silencio magnifica los sonidos. En una casa se prepara un paují cazado ese mismo día y en el río se remojan los calores. La tensión y las amenazas se disuelven entonces como en un cuento de Carver.

BOXEADOR

Estaba sentado al sol. Los brazos cruzados, las piernas indolentes. Sedado. Callado y extraviado. Y, sin embargo, Antonio Paiva mantenía la misma mirada fija y penetrante que clavaba a sus contrincantes en el ring cuando se le conocía como el Novillo Negro. Ojos de hambre, de furia. Sus puños eran inmensos. Más cuando se observaban de cerca. Tenía costras recientes sobre el cuero que rodea los huesos de sus nudillos. En el peso ligero, noqueó a dieciocho de sus diecinueve rivales. Tuvo una carrera corta a principios de los ochenta. El bazuco, la droga de los pobres que reúne los despojos de la cocaína, que duerme los labios y desquicia el cerebro, le dejó heridas también por dentro. El Novillo Negro perdió su licencia como boxeador cuando golpeó a los dueños de una panadería de La Guaira, ciudad en donde vivía. Para entonces, su apoderado, Rafito Cedeño, ya negociaba la pelea por el campeonato nacional, último paso para saltar a la arena mundial. En 1984 fue arrestado y recluido en el psiquiátrico de Anare. Pasó seis años encerrado. En 1994 quiso volver al cuadrilátero. Tenía treinta y cinco años. Cuatro años después, estaba encerrado en un asilo del que ya no saldría. Cuando la sedación se ablandaba volvía a buscar un rival como si el bazuco le encendiera la cabeza, como si escuchara la campana previa al combate. Murió en 2003.

EL ASESINATO DE HENRY LEANDRO

Miriam Briceño:

Estaba en la bodega comprando y oí un frenazo. Era un carro pequeño y gris, parecido a un Chevette. Vi a unos sujetos que se bajaban. Claro que en ese momento pensé en correr, como todos los demás, pero al voltear vi que Leandro cayó y le avisé a la abuela, que tiene un negocio por acá. Bajamos cuando escuché los gritos del muchacho pidiendo auxilio y los gritos de la abuela porque estaban maltratando al nieto.

María Esperanza Sanz Vargas:

El muchacho tenía un tiro en la pierna y de repente nos causa tanta impotencia ver que la mamá de él, que es amiga mía, llega desesperada porque su hijo está en la morgue. Eso fue el jueves, como a las siete y media de la tarde. Él venía llegando y nos estaba saludando cuando pasó lo que pasó. Yo vi la cuestión desde arriba, ellos irrumpieron agresivamente, disparando. Venían en unos carros, con pistola en mano, echando tiros y con ganas de matar al que agarraran. Nosotros nos lanzamos de barriga en medio de la calle. Eran carros particulares, uno era gris plomo. Entraron como locos, como si esto fuera una autopista.

Angélica Barrios:

Yo bajé con la señora Gladis. El muchacho estaba en el piso. Ella lo agarró y se lo arrecostó, pero estaba vivo. En eso yo me agacho a socorrerla a ella y el hombre llega y me da un empujón, me zumba contra el suelo. Yo me vine, porque, como tienen pistolas, me pueden dar un tiro. Al principio nosotros creíamos que era una banda de delincuentes que venía del otro barrio, a enfrentarse con la gente de aquí. Yo le dije a un moreno que estaba disparando: chico, cuidado, que hay mucho niño aquí. Y él me respondió: qué niño del carajo, vieja alcahueta. ¡Métase para adentro que le puedo dar un tiro!

Gladis Miranda:

Yo tengo un negocito allá arriba y vi que pasaban disparando. Y

entonces yo oigo: ¡malandros! y me meto. Entonces viene mi hija y me dice: Maíta, baja que ahí tienen a Henry Leandro con un tiro en la pierna. Salgo corriendo y detrás de mí viene ella. Lo encuentro en el piso, rodeado por hombres armados. Yo me tiro encima de los policías y agarro a mi nieto. ¿Qué te pasa, mijito, qué te pasa?, le pregunto. Maíta, llévame a un hospital, me responde. Su cara estaba limpia, su boca no tenía nada de sangre, su pecho estaba limpio. Mi ropa está limpiecita. La única mancha de sangre la tiene en la parte de abajo. Yo la tengo guardada como prueba. Mi nieto gritaba duro: ¡mi familia! Qué muchacho con un tiro en el pecho va a gritar así, digo yo.

Uno de los policías le preguntó a Henry: quiénes andaban contigo, y cuando él le dijo que no lo sabía, le dio con la pistola. Yo empecé a dar gritos y fue cuando me lo quitaron de los brazos. ¡Llévatelo!, gritaban los otros policías. Sé que son policías porque después llegaron los refuerzos, las patrullas identificadas.

Los hombres decidieron llevarse a mi muchacho. A mí me tiraron al piso y mi otro hijo, Luisito, me dice que él se va con Henry. Cuando lo dice, agarra a Henry por los pies para ayudar a meterlo al carro. Cuando volteo, veo que a Luisito lo han tirado al piso, dándole golpes y esposándolo. La Negra se me iba a acercar y le metieron un golpe con la pistola en el pecho. Eso era plomo y plomo. Un negro altote disparaba como loco. Ellos dicen ahora que hubo un enfrentamiento, pero los únicos que disparaban eran ellos. Un policía que estaba a mi lado le decía: qué pasa, qué pasa, soy yo, soy yo… Viera usted cómo se ensañaron con el muchacho, que estaba desvalido, que tenía un tiro en el pie.

Luis Miranda:

Me metieron en la patrulla o en el carro ese. Empezaron a dar vueltas. No sabía dónde estaba, porque me ordenaron que me enterrara. Después se estacionaron. Yo levanté la cabeza y vi que estábamos frente a Repuestos Pepino, al lado de una licorería. Pensé: cónchale, estamos en el barrio, y me quedé quieto porque a mi sobrino ya se lo habían llevado a un hospital y me quedé tranquilo ahí. Después llegó uno y me puso la pistola en la cabeza y me dijo: te voy a matar, viejo, te voy a desgraciar la vida, a ti y a tu sobrino, me dijo. Volvió a cerrar la puerta. Me sacaron del carro, me montaron en otro. Me llevaron a la comisaría de Quinta Crespo y me tomaron declaración. Me decían: ¿y tú no viste la pistola que tenía? Los policías insistían en que con esa pistola Henry les cayó a tiros.

Yacén Capaz:

Dijeron que estaba herido y me fui al Pérez de León. Allí me dijeron que me fuera a la morgue directamente. Cuando llegué, vi que

estaba con un tiro en el pecho. Tenía una bomba de sangre en la nariz, me imagino que por el impacto del tiro, que lo tenía en medio de todo el pecho. Yo lo vi desnudo en la morgue. No tenía ni interior.

MISS

Cuando comenzó el desfile de las setenta aspirantes a convertirse en una de las chicas participantes del Miss Venezuela 2001, solo se vio el parpadeo de los flashes cuando tocó el turno de una rubia que había sido ganadora del Hawaiian Tropic del año anterior. Cuerpo rotundo y bronceado de un metro setenta de estatura que, a pesar de estar por debajo de la media de una miss, destacaba del resto de chicas por sus curvas. Esa noche se celebraba el primer casting abierto que realizaba la organización Miss Venezuela en su historia. Hasta entonces, todas las concursantes eran elegidas por su organizador, Osmel Sousa, quien decidía cuál joven, incluso antes de que cumpliera la mayoría de edad, podía intentar abrirse camino en el mundo del modelaje, la actuación, la belleza.

La jornada había comenzado con un agasajo en la *suite* presidencial, donde el comité seleccionador se distinguía de los demás invitados vip por una medalla en la solapa. Dos guardaespaldas precedieron al hijo del vicepresidente de la República para que saludara a uno de los miembros del jurado, una diseñadora de bañadores con quien se retrató para las páginas de Sociedad y con la que mantenía un romance. Mientras tanto, varios pisos más abajo, en las mesas del Gran Salón se sentaban las madres, los padres, los hermanos, los novios de las candidatas. Los mil familiares que llenaban el lugar desplegaron pancartas y carteles con ruido de pitos, matracas, gritos y silbidos.

A las nueve de la noche comenzó el desfile, cuando la música folclórica se mezcló con el *hit techno* de los franceses Modjo. El primer aplauso de la noche fue para Sousa, «el gran hacedor de la belleza», vestido con un liquiliqui negro adornado con un pañuelo turquesa en el bolsillo del pecho. Sousa presidía un jurado de cuarenta empresarios, políticos, gente del espectáculo y el odontólogo oficial del certamen.

Nada más empezar, surgió un protagonista inesperado sobre la pasarela blanca: el calzado tenía un tacón altísimo que provocaba traspiés entre las principiantes. El zapato de la señorita número 44 voló unos metros más allá y ella se salió de la línea recta para

recogerlo. Entre tanto, Sousa, con un vaso de jugo de tomate sin probar, anotaba sobre la hoja de vida de cada modelo. Sus chicas pasan por quirófano, donde se tallan la nariz, aumentan el busto, aplican masajes reductores, liman mentón y pómulo. Para entonces, ya relajados, los fotógrafos bebían whisky en una mesa al pie de la pasarela y no desenvainaron la cámara con otras modelos. Algunos fotógrafos solo dispararon el flash, sin consumir el carrete, como si le guiñaran un ojo a la surfista.

—¿Cuál de ellas quedará? —pregunté a uno de ellos.

Sin titubear, mencionó tres números. Ninguno era el de la rubia Hawaiian Tropic.

Después del último desfile conjunto, se anunció quiénes eran las dieciséis finalistas. Aparecieron en la pasarela. El jurado escogería solo tres. A medianoche, el veredicto favoreció a las tres mujeres que anunció el fotógrafo.

—¿Cómo lo supiste?

—Eran las tres más altas —respondió.

De fondo, como despedida, las notas del himno de la belleza venezolana: «En una noche tan linda como esta, cualquiera de nosotras podría ganar». El espectáculo llegó a su fin. Al pie de la pasarela, la madre de una de las ganadoras intentaba detener el tránsito para fotografiarse con su hija. Un poco más allá, la rubia Hawaiian Tropic, ya en bluyín y mezclada con el público, se consolaba con la mención Miss Fotogenia.

—Ay, pero si tú eres bella —le dijo una mujer al pasar.

LARGO VIAJE INMÓVIL

Las calles se han convertido en un mercado abarrotado y al aire libre cerca del Fuerte Tiuna, el gigantesco emplazamiento militar de Caracas que sirve de improvisada capilla ardiente al cuerpo de Hugo Chávez. Como *souvenir* se vende gorras con la bandera venezolana y con el lema: «Chávez, corazón de mi patria», fotografías y carteles del militar con diversas edades y rasgos. Desde el delgado teniente de la época golpista hasta el hinchado y calvo convaleciente. La foto, veinte bolívares fuertes (o veinte mil bolívares antiguos, los de antes de que se creara una nueva moneda con el mismo nombre pero de mil veces menor valor, una forma de encubrir la devaluación interna). El afiche, quince. Si compras dos te quedan en veinte. Para que se ajuste mejor el torso y se descubra la parte baja de la espalda, las mujeres jóvenes anudan a la cintura la tela roja de la camiseta con el rótulo «#YosoyChávez» estampado en el reverso. Desde un camión regalan cambures, manzanas y naranjas que se reciben levantando el brazo y acercándose lo más posible. Desde arriba del vehículo se lanza la fruta. De frente, sobre las cabezas de los vendedores y los deudos, hay una pantalla gigante con un potente altavoz. El largo recorrido hasta la capilla ardiente está sembrado de estas instalaciones. Lo que acontece en el recinto con aire acondicionado donde aguarda la cúpula de la burocracia se transmite en vivo.

A media mañana, cuando todavía no ha comenzado el acto oficial, suena un rap a dos voces con una estrofa que repite «vivirás y vencerás». La propaganda del gobierno produce temas diversos, elaborados en estudios de buena factura, cuya letra exalta al líder en el poder desde hace casi tres lustros. Después del *hip hop*, una salsa. La columna de gente aguarda en la avenida Los Próceres, una ancha calle arbolada donde hace unos años se colocaron tanquetas militares en desuso. En realidad, chatarra pintada de verde olivo, como si fuera mobiliario de parque temático. Una niña entra a uno de estos artefactos de enormes llantas. Dura poco. Salta al tiempo que grita: «¡Huele a meao, qué asco!»

Predomina el color rojo. Más allá, resuena una canción de Alí Primera (1941-1985): *Canta, canta compañero*. Entre los que escuchan

en la fila está un hombre cuya camiseta tiene una frase de este desaparecido y famoso cantautor venezolano: «Los que mueren por la vida no pueden llamarse muertos». La letra completa de la canción está escrita en rotulador blanco sobre el techo y capó azul de una vieja camioneta de carga, estacionada en la autopista, cerca de donde se inicia la espera para ver al difunto presidente. Durante casi dos años, desde mayo de 2011, cuando apareció por primera vez con un bastón y lo atribuyó a un dolor de rodilla, que luego se reconoció como tumor y después como cáncer nunca definido, el entonces presidente se operó y recibió sesiones de quimioterapia varias veces en Cuba. Chávez anunciaba su victoria sobre la enfermedad cada vez que volvía a Venezuela. En la propaganda, la debilidad y el empeoramiento se ocultaban, como se niegan los frentes perdidos en una guerra. La muerte era, por tanto, la derrota definitiva. Una claudicación que dejaba a sus partidarios desorganizados, enfrentados a sus intereses particulares y bajo un liderazgo impuesto. Se sostenía la vitalidad y la recuperación de Chávez incluso pocas horas antes de anunciar su deceso, el quinto día de marzo.

El día anterior, el diario *El Nacional* publicaba un titular: «Chávez expresó pesar por muerte de madre de Cabello», bajo el que se divulgaba una nota apócrifa que decía: «A 84 días de haberse sometido a una operación, que lo mantiene en reposo, Hugo Chávez escribió una esquela para expresar el pesar por el fallecimiento de la madre de sus excompañeros de armas Diosdado y José David Cabello». En un aviso de prensa que el gobierno atribuyó al presidente, manifestó las condolencias a los familiares y señaló: «Madre, mujer, amiga y camarada […]». La noticia proseguía con las declaraciones del ministro de Comunicación e Información, Ernesto Villegas: «¿Cómo alguien en su sano juicio puede imaginar que ellas [las hijas de Chávez] se puedan prestar [al engaño], cómo nos atreveríamos a mentir sobre la situación de salud del comandante?» Este tipo de declaraciones se emitieron durante los más de tres meses que Chávez permaneció como presidente de la República, ingresado en una clínica *ad hoc* construida en Cuba, sin hablar ni mostrarse, y sin que se emitiera ningún parte médico ni ninguna información sobre su enfermedad. Incluso después de su muerte, los custodios de su agonía no revelaron las causas.

El gobierno dio la noticia como si fuera inesperada, a pesar del pronóstico de médicos independientes que analizaban su devenir con la escasa información que se colaba en prensa y que se leía en el rostro y cuerpo de un Chávez que hizo campaña electoral hasta pocos días antes de autoexiliarse en el Caribe. Muerto el líder, había que revertir esa impresión de derrota, y la repetición constante de aquella canción de Alí Primera era uno de los tantos intentos de convertir un

fallecimiento natural en martirio. Luego vendrían declaraciones, lanzadas al aire, sin arraigo y sin más consecuencia que alimentar la paranoia conspirativa: el cáncer había sido inoculado, el presidente asesinado. Sin embargo, lo único que consta del tratamiento fueron las fuertes e impermeables medidas de seguridad que lo protegieron. ¿Quién podría llegar hasta él? Como si quisiera despejar dudas, el gobierno se apresuró a condecorar a los médicos cubanos que lo atendieron durante su agonía.

Mientras aguarda para ver el cuerpo, la gente muestra un sentimiento de pérdida que parece real y auténtico. Pero nadie llora. No hay gestos teatrales. La gente espera con paciencia en la fila, mientras los vendedores recorren la columna de arriba abajo con sus ofertas. Hay muchos niños y más mujeres que hombres. Zaida García, de cuarenta años, viene de Guatire, ciudad dormitorio que linda con Caracas. Está casi al final de la fila, junto a sus compañeros del departamento de recogida de basura de la alcaldía de Zamora. Llegaron cuatro horas antes, a las ocho de la mañana. «Es el amor de mi vida», dice Zaida García. «Era mi marido, esposo, amante. Hombre como ese, no hay».

—¿Lo viste en persona, de cerca? ¿Hablaste con él alguna vez?

—No… Estuve en su cumpleaños el año pasado. 28 de julio. Lo celebró en Petare.

—¿Para entonces no parecía enfermo?

—Estaba más bueno que nunca. Todavía está bueno.

Zaida García dice que el presidente facilitó su operación:

—¿De qué?

—De la mandíbula.

—¿Cuándo?

—Todavía no me han operado, pero me ha ayudado para que me operen pronto.

—¿Y qué tiene tu mandíbula?

—Está desviada.

—¿Qué te pasó? ¿Un accidente?

—Cuando tenía dieciséis años me cayó un mango grande en la cabeza.

Interrumpe su compañera de trabajo:

—¡Le faltó darme un hijo!

Yamelis García Navas se ríe. Tiene cuarenta y un años. Lo dice bajito para que no escuchen los demás, y muestra su afiche de Chávez. Está impreso en Ipostel, la compañía estatal de correos y sellos.De Guatire, población del extrarradio caraqueño, también viene un hombre que interviene:

—Todos venimos del municipio Ezequiel Zamora.

—Municipio revolucionario —acota Yamelis.

—Sí, de la alcaldía del municipio revolucionario Ezequiel Zamora —repite el hombre y añade—: Nos dio dignidad.

—¿Ustedes en qué trabajan?

—En el aseo. Recogemos los desechos sólidos. No la basura, los desechos sólidos.

—¿No es lo mismo?

—No es lo mismo, ahora tenemos dignidad. Todo el personal de la alcaldía está aquí.

Los eufemismos, como «desechos sólidos» en vez de «basura», son comunes en el lenguaje implantado por el gobierno, a través de sus emisoras de radio y televisión y sus periódicos y agencias de noticias, que se calculan en más de medio millar de medios. Se utiliza «privado de libertad» en lugar de «preso», «en situación de calle» por «indigente», «trabajador residencial» por «conserje», «escuálidos» por «oposición» y «misión» por «subvención». Las palabras «bolivariano» y «revolucionario» sirven de adjetivo y prefijo incluso a la República, a la que se cambió de nombre oficial en el último borrador de la Constitución redactada en 1999, a instancias del propio Chávez.

Se oye la estrofa final de una canción de música llanera que dice: «… tus diez millones de votos. Ellos nunca volverán». Termina y empieza una canción pop: «Mercenario, golpista, perro de la guerra, vendepatria, mi pueblo dice no, no, no». Unos metros más allá, desde otra pantalla se escucha la expresión «gobierno feminista». El ambiente se espesa de propaganda. Hay grupos organizados de una decena de personas que avanza con carteles y se detienen donde hay una cámara de televisión. Muestran sus banderas, rodean a la presentadora. Tras el camarógrafo, un hombre grueso, de baja estatura y con una gorra con membrete de PDVSA Occidente, empieza a gritar: «¡Con Chávez y Maduro el pueblo está seguro!». Como si encendiera una mecha, la letra pasa de boca en boca hasta rodear a la periodista de televisión. Justo al lado, cuando empieza el Paseo Los Próceres, al final de la avenida del mismo nombre, la Guardia Nacional, militares con función de policías, cierra el paso y franquea la entrada a los que están ordenados en la columna. En la barrera hay varios mototaxistas que ofrecen su servicio: diez bolívares fuertes. La moto de un bombero empieza a echar humo blanco. El conductor se baja rápido. Un hombre, detrás de la moto, le grita: «¡Se incendia, llama a los bomberos!» Risas. Otro le da instrucciones: «Desconecta el cable de la batería». Eso hace y el incidente no pasa a mayores.

Enerva Figueredo, que ha llegado a Caracas desde Puerto Ayacucho, una de las ciudades más al sur del país, lleva una tela con

el lema «Yo soy Chávez» que le cubre todo el cráneo: «Me la dieron durante la campaña». Ahora la protege del sol que arrecia y de los más de treinta grados a la sombra. Todavía le falta la mitad del camino. Los dos primeros días, la gente llega por sus propios medios. En autobús, moto, carro particular. Después llegarán los autobuses fletados por el gobierno, que estacionan en larga fila en las avenidas cercanas, custodiados por militares.

En la pantalla se ve a la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar dirigida por Gustavo Dudamel, actual cabeza visible del «sistema de orquestas» estatal fundado en 1978. Inicia con el himno nacional. Los que están a la sombra de las gradas descansando se ponen de pie. Hay respeto y silencio. Excepto por los dos hombres que descargan ocho baños portátiles de un camión. Hasta ese momento no se había previsto la necesidad de instalar inodoros para los que aguardaban durante horas. Un día después el olor sería insoportable en esos espacios. Cuando acaba el himno, se escucha: «Viva Chávez». Luego se presenta a los mandatarios que han acudido al funeral y se anuncia que Nicolás Maduro entregará la réplica de la espada de Bolívar al presidente fallecido. Se escucha a Maduro decir: «Líder supremo de la revolución bolivariana». Un vendedor grita: «¡Diez bolívares la tocineta!» El locutor del acto oficial anuncia que Raúl Castro será el primero en la Guardia de Honor.

Minutos después, el mismo locutor, con voz gruesa y engolada, llama a varios de los deportistas, desde viejas glorias del béisbol hasta el ganador de la medalla de oro en esgrima en los recientes Juegos Olímpicos. Afuera, faltan pocos metros para llegar hasta el ataúd. Podrían recorrerse en pocos minutos pero los que esperan todavía tardarán unas cuantas horas en la fila, ahora detenida por los actos oficiales. Bajo un par de sombrillas que protegen del sol, pegadas a una barandilla móvil, un grupo de mujeres observa lo que transmite la pantalla gigante. Ellas llegaron ayer a las diez de la noche y se conocieron en la espera. Amistades del azar, vienen de diversos lugares. De los barrios Caricuao y La Pastora en Caracas, de Santa Teresa, de Ciudad Guayana. Yéssica Reina, de treinta y nueve años, piel morena y lisa, pelo recogido bajo su gorra, le agradece a Chávez haberle dado educación. «Estudié en la Misión Rivas. Me gradué y entré a trabajar en PDVSA Gas, que era una muralla antes que él la abriera al pueblo y donde ya tengo cinco años. Continué mis estudios en la Misión Sucre y ya me gradué en Administración y Gestión», dice Yéssica. «Además, mi madre cobra su pensión de vejez. Antes se les humillaba y pasaban meses para que pudieran cobrar. Estar aquí, pasando frío, cansancio, sol, hambre, todo es poco para lo que él nos dio».

Las voces alrededor la reafirman como un coro:

—Es nuestro presidente de corazón.

—Único en el mundo.

—Lo que sea por el comandante.

—Él se resteó por nosotros.

—Lo entregó todo para nosotros.

—Nos dio educación, fortaleza, constitución.

—Nos enseñó que no nos agachemos ante los escuálidos y el imperio.

—Nos dio oportunidades.

«Dar» es más que un verbo, y su conjugación es sentimental. Los deudos de Chávez tienen algo que decir: agradecen. Reconocen una deuda. «Amor puro», dirá Nicolás Maduro más tarde en una alocución. El sentimiento parece no pasar por ningún tamiz racional. No parece provenir de la mente, sino de otra parte. Pero luego, cuando la primera impresión desaparece, cuando se analiza la economía del país, surge la duda. Desde que Chávez asumió su primer mandato, en 1999, el precio del petróleo se multiplicó por seis, hasta nivelarse en 100 dólares el barril, y se quintuplicó la deuda externa que alcanzaba los 104.000 millones de dólares en 2012. El endeudamiento interno se multiplicó por más de ocho, si el cálculo se hace en moneda local (en 1999 era de 2,5 billones de bolívares y, catorce años después, alcanzó 216 billones de bolívares), pero, gracias a una devaluación de la moneda local, de 649 por dólar a 63.870 (cotización del dólar «paralelo» de finales de 2013), se redujo en dólares, de 3.850 millones a 3.380 millones aproximadamente. Al mismo tiempo, la cantidad de empleados públicos aumentó hasta convertirse en 20 por ciento de la población activa con empleo formal: más de 2,5 millones de personas. La mayoría viste de rojo y asiste a los actos oficiales, junto a sus familiares. Entre los beneficiados por los operativos temporales o por las contrataciones públicas estaba el voto duro de Chávez.

Al mismo tiempo que se consolidaba el poder económico del gobierno, las políticas destruían el aparato productivo y empresarial de Venezuela. Entre 1999 y 2015, la moneda pasó de valer 573 bolívares por dólar a 910.000, o 910 bolívares fuertes, como se rebautizó al quitarle tres ceros (mil bolívares comenzaron a llamarse un bolívar fuerte). Es decir, la divisa nacional ha perdido 1.500 veces su valor durante el régimen. De forma oficial, con un restrictivo sistema de control de divisas, el gobierno ha devaluado por tramos, con distintos tipos aplicados en subastas discrecionales y opacas, donde el valor de la moneda se reduce a la mitad entre el primer y el segundo renglón, y se divide por veinte entre el segundo y el tercero. De esta manera subrepticia, la moneda en tasa oficial se devaluó 900 por ciento (unas 150 veces menos que en el mercado libre) hasta

2012. Aunque anclado el primer tipo de cambio, los siguientes se devaluaron 88 por ciento a golpe de decreto en 2015.

Mientras tanto, la inflación anual tuvo un promedio de 20 por ciento hasta 2012. A partir de entonces, se desataron los precios y en 2015 el Banco Central de Venezuela reconoció, ya entrado febrero de 2016, que la inflación de 2015 había sido de 180,9 por ciento. Una estadística irreal pues se basa solamente en los precios decretados («controlados») por el gobierno, que no reflejan la ley de oferta y demanda de la calle. Además, la información censurada corresponde a los meses de mayor inflación, debido al incremento del desabastecimiento (calculado entre 60 y 80 por ciento), lo que provocó un incremento del índice de precios de 16 por ciento solamente en un mes, diciembre. Otras instituciones aseguran que la inflación venezolana osciló entre 170 y 270 por ciento en 2015, estimaciones realizadas a falta de datos oficiales documentados.

El resultado se observó en el sector básico, a través de los datos sobre importación de alimentos. La compra en el exterior de carne, arroz, azúcar, aceite, maíz, trigo, leche aumentó de 1.500 millones de dólares anuales en 1999 hasta 7.000 millones de dólares en 2012, debido al deterioro del campo venezolano, sometido a la expropiación: novecientas haciendas habían sido confiscadas en siete años, según la asociación de ganaderos Fedenaga. Más de 40 por ciento de la población activa sobrevive en la economía informal. Dedicados a la buhonería, sin trabajo fijo ni declaración de impuestos, como la familia Parada. El hijo, Esteban, lleva una mochila negra en la espalda, una bolsa plástica amarrada a la pretina del pantalón y, en brazos, carga una gran percha giratoria de tres niveles que exhibe los productos de la temporada: camisetas infantiles de algodón chino, con un dibujo del expresidente. «Las hace mi mamá en la casa. El negocio va bien. Estos días ha habido demasiada gente». Y muestra la que más vende. Una del comandante con boina y crucifijo en la mano. «Chávez para siempre», reza abajo. Unos metros más allá, vende carteles Wilmer Vera. Entre él y Esteban Parada, hay un vendedor ambulante cada medio metro por línea, y son cuatro líneas en la parte ancha de la avenida. El jueves tuvieron una novedad, cuando se añadió un afiche de Maduro a la oferta variada de los de Chávez. «No sale mucho», dice Vera, mientras mueve la cabeza. El sol alumbra su cara. Dice que él los adquiere en ocho mil bolívares a un mayorista de La Bandera. Los revende en diez mil bolívares o diez bolívares fuertes.

—¿Los compras al mayorista o te los dan en consignación?

—¿Fiao?

—Sí, ¿te los fían?

—Doña Sofía se murió hace tiempo.

—¿Cuál prefieres?

—Toítos son igualitos.

—¿Tienes alguno en tu casa?

—Me llevé quince afiches y los voy a montar. Yo trabajo con madera.

Wilmer Vera viste la camiseta oficial del equipo de fútbol nacional, la vinotinto.

—¿Cuál es el mejor jugador para ti?

—Voy al equipo. Ninguno es mejor que otro.

En un país donde la mitad de la población urbana vive en barriadas hacinadas sin servicios básicos, el gobierno amplió las subvenciones a medida que se estrechaba la productividad venezolana. En 2003 se presentó la Misión Barrio Adentro, que dispersó por el país a diez mil médicos cubanos que atendían al margen del sistema sanitario público. Fue el primero de los cuarenta y dos planes creados bajo nomenclaturas como Robinson, que redujo el analfabetismo de 9 por ciento a 5 por ciento, o las misiones Hijos de Venezuela, Madres de Barrio o En Amor Mayor, que reparte dinero en efectivo. La compañía petrolera estatal, PDVSA, ha «aportado» a estas obras más de 120.000 millones de dólares, según sus propias estimaciones. Gracias a estas acciones, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), a partir de datos suministrados por el gobierno, calificó a Venezuela como un ejemplo de reducción de pobreza: en una década pasó de 49,4 por ciento a 27,8 por ciento, siempre según el oficialismo. Sin embargo, también expone la desigualdad en el reparto de la riqueza, canalizada a través de instituciones u organizaciones creadas bajo el liderazgo del Poder Ejecutivo: el segmento más pobre de la población obtuvo 5,4 por ciento de los recursos y el más pudiente, 45,2 por ciento en 2010. En 2014, siempre con datos oficiales, la Cepal aseguraba que Venezuela fue el único país de la región donde la brecha y la severidad de la pobreza se incrementaron, con una tasa de pobreza en aumento: 6,7 por ciento entre 2012 y 2013 (del 25,4 al 32,1 por ciento), como la tasa de indigencia, que subía 2,7 por ciento (del 7,1 al 9,8 por ciento) en el mismo período. Una investigación independiente, *Condiciones de vida de la población venezolana*,realizada por las universidades Católica Andrés Bello, Central de Venezuela y Simón Bolívar, situaba la pobreza de 2014 (48,4 por ciento) a niveles mayores que en 1998 (45 por ciento). La gran bandera del gobierno de Chávez se deshilacha.

Cuando el modo de supervivencia de una mayoría, y el más fácil, se basa en la dádiva gubernamental, ¿cuán real es el dolor y la lealtad incondicional que expresan quienes se benefician de las políticas sociales que no generan empleo? Pasado un tiempo, me asalta la duda: ¿dicen lo que saben que se espera de ellos? El poder ha premiado la incondicionalidad al líder y castigado la objeción. En 2002, cuando los empleados de la petrolera hicieron una huelga (que derivó en un paro general que terminó en un golpe de Estado que fracasó en pocas horas), se despidió a los huelguistas de la matriz y sus filiales, que representaban gran parte de la nómina. En 2004, cuando se efectuó la recolección de firmas para un referendo revocatorio contra el presidente, un diputado del oficialismo, Luis Tascón, obtuvo del ente regulador de las elecciones, el Consejo Nacional Electoral, el listado completo de quienes firmaron la petición para revocar el mandato a Chávez, y publicó los nombres y documentos de identidad en la web. El listado se utilizó para despedir empleados públicos y negar derechos sociales y subvenciones a quienes aparecían allí. Más tarde se confeccionó la «lista Maisanta», que incluía a catorce millones de personas con derecho a voto, clasificada según su adhesión o no al chavismo. Era una gran base de datos que cruzaba tanto la lista Tascón como la de quienes se beneficiaban de los programas sociales, las «misiones» y otras prebendas. En las elecciones celebradas en los últimos años, esta lista, o una similar, parece seguir activa, cuando el

partido oficialista realiza operativos para buscar en sus casas a sus potenciales votantes y llevarlos hasta los centros de votación. En las elecciones de 2013, se divulgaron vídeos donde se vigilaba qué votaba cada ciudadano. Ante la Organización Internacional del Trabajo se denunció hostigamiento sobre empleados públicos que llegó a la vigilancia de sus perfiles en redes sociales y de los mensajes enviados desde el celular. De encontrarse alguna sospecha de deslealtad al aparato de gobierno, se le despedía. Sea cierta o eficiente esta persecución, su sola publicidad sirve de ejemplo y siembra el miedo. Quince días después de las elecciones, la oposición denunció cuatro mil casos de acoso. Un mes después, el 16 de mayo, el sucesor de Chávez aseguró tener un listado con 900.000 «compatriotas», identificados con «cédula de identidad y todo», que no votaron por él, Nicolás Maduro, en las elecciones de abril de 2013. Entonces, ¿es posible que los sentimientos de dolor y fidelidad a Hugo Chávez y su sucesor sean tamizados por la gratitud, pero también por quien teme perder lo recibido o lo que espera recibir?

En las exequias del expresidente, el *show* debe continuar: otra vez toca el turno a Gustavo Dudamel y a la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar, que interpretan el *Alma llanera*. Bajo unos árboles, un camión frigorífico abre su puerta y varios jovencísimos efectivos de la Guardia Nacional comienzan a repartir envases de zumos de frutas, de la marca Los Andes, una industria expropiada. Uno de los militares dice, con voz calmada y orgullosa: «Ahora es venezolana, está nacionalizada». El «néctar de frutas» sabe dulce. En los altavoces, el capellán católico José Hernán Sánchez Porras, también coronel del Ejército, proclama un «descansa en paz, amén». Luego, el turno de palabra le toca al pastor evangélico de la Guardia de Honor Presidencial, Alexis Romero Varela.

Bajo la sombra de las estatuas de los próceres de la independencia hay tres oficiales de la Guardia Patrimonial, encargada de cuidar los parques, museos, teatros y plazas, y que ha sido desplegada desde el lunes. El oficial segundo Luis Lucas calcula que el martes, cuando llegó el cortejo fúnebre, hubo un millón de personas. Desde entonces quizás se acercara otro millón. Con los días, según dice, los asistentes merman. «Rogamos que el alma de Hugo Chávez encuentre la paz», se escucha desde los altavoces. Otra vez toca el turno a Nicolás Maduro. Al fondo de la fila es difícil escuchar en medio de los gritos. Vendedores ambulantes ofrecen refrescos, jojotos, banderas, quesillos, mango, carteles, arepas, fotografías, gorros, empanadas, paraguas… Desde la pantalla gigante, Nicolás Maduro aúlla: «Comandante, no pudieron contigo». Entonces, tanto los vendedores como los pacientes deudos aplauden. El barullo no se apacigua.

De noche, la gente que regresa de ver el cadáver de Hugo Chávez tiene más cara de cansancio que de dolor. No regresan por donde fueron. La salida de la capilla ardiente de la Academia Militar es por la esquina opuesta del Fuerte Tiuna, ese gigantesco emplazamiento militar que corta la ciudad en dos partes y que recuerda a todo caraqueño los privilegios que tiene la casta militar en Venezuela. La caminata de retorno se hace por un sendero de tierra y asfalto que corre paralelo al río Guaire. La gente avanza en columnas. Los militares de la Guardia Nacional los dirigen hacia la derecha. Por la alcabala de salida, donde hay un grupo de soldados que impide la entrada de vehículos no autorizados, pasan, en promedio, sesenta personas por minuto, en flujo constante a veces interrumpido por vacíos cuando los caminantes se agrupan. La procesión se transmite en directo por Venezolana de Televisión, sin interrupciones. En las pantallas gigantes que también adornan el sendero de retorno puede verse a la gente que se detiene un instante y mira dentro del ataúd. El rostro de Chávez no ha sido fotografiado. Solo el canal estatal tiene acceso al recinto. Los que se demoran frente al féretro algo más de un segundo son los que se persignan o hacen un gesto, como besarse los dedos y colocarlos sobre el vidrio. Cualquier variación alerta a los militares, que se acercan a quien demora más de esa migaja de tiempo que le corresponde.

A las seis y media, la noche ya se cierne sobre Venezuela, el único lugar del mundo que desafió la hegemonía del huso horario y, por decreto presidencial de 2007, retrocedió su reloj media hora. El clima refresca. Una anciana se detiene y se agacha para dejar en el suelo una bolsa repleta y amarrada en las puntas. Está vestida con una camisa roja y pantalón oscuro. Desencajada su tez negra, los ojos pequeños, el cabello cuidado. Ilda Palacios viene del estado Miranda, llegó a Caracas el día anterior a las cinco de la tarde pero comenzó la espera en la mañana. Quienes finalizan su peregrinación a esta hora comenzaron a hacer fila aproximadamente a las ocho de la mañana. «La cara no le cambió», dice. «El comandante estaba igualito. Para mí no está muerto». Ilda Palacios recoge su bolsa, que contiene más bolsas amarradas dentro. Dice tener siete hijos. «Chávez me dio una pensión», asegura. «Mi marido trabajaba en la alcaldía, ganaba poco. Pero hoy día todo el mundo come chuletas, bistec. Antes qué comíamos». Su hermana Carmen Palacios se acerca. Es algo más joven. «Fue como ver a un ser querido», dice. Ambas se alejan con paso trémulo. Se detienen un poco más adelante, frente a una camioneta que reparte bocadillos y agua.

La retransmisión de Venezolana de Televisión varía con el preludio a la juramentación como presidente encargado del candidato y vicepresidente Nicolás Maduro. Será en la Asamblea Nacional ante

Diosdado Cabello, presidente del Poder Legislativo y a quien correspondía la presidencia según la Constitución. «Lo vimos dormido», dice Tina Yegues, una «luchadora social» de un «consejo comunal», como se define. De mediana edad, la acompaña su hijo de pocos años, que tiene un muñeco vestido de uniforme militar verde oliva. «Un rostro bello», dice. Vienen de Cumaná, a unas seis horas de la capital, y esperaron su turno desde las nueve de la mañana. Llevan una bolsa con refresco y pan que les han regalado en el puesto de asistencia que está en el camino de vuelta. Sonia se acerca y sentencia: «Estaba como triste». Tina Yegues la contradice y juntas se internan en el camino sin alumbrado.

EDITOR

Cada ocho días, Teodoro Petkoff atravesaba la quejumbrosa Caracas para llegar a las dependencias judiciales del Centro Simón Bolívar, cerca del casco histórico de la ciudad, para poner su dedo en una máquina que certificaba que era él y que estaba en Venezuela. Es una de las medidas que le impuso el régimen, una similar a la de cualquier delincuente común, con quienes se encontraba en la fila, por dirigir un diario, *TalCual*, que ha hecho oposición al gobierno chavista desde que se fundó hace quince años. Pero Petkoff ha dejado de asistir a las últimas citaciones desde hace cuatro meses. Ha apelado ante el tribunal para que el gobierno desista de esta forma de coacción. Si fracasa esta apelación se declarará en rebeldía.

No está encerrado, aún, en ninguna de las cárceles caraqueñas que funcionan para los presos políticos (desde manifestantes pacíficos hasta alcaldes), en los predios de los aparatos de inteligencia militar o policial, que se conocen como «tumbas», sin luz solar, con dos metros cuadrados, con humedad y temperaturas inhumanas. Pero no es libre. Con más de ochenta años, vive una forma de reclusión que es, más que nada, el intento del régimen —un poder que no conoce separación de poderes públicos— para humillarle, para obligarle a silenciar. Pero Petkoff no agacha la cabeza: hubiera podido pedir un permiso especial —un favor— al régimen para viajar a recibir el Premio Ortega y Gasset de Periodismo que reconoce su trayectoria profesional. Se negó a hacerlo, porque, en realidad, la medida judicial contra él, y el acoso al que se le somete junto al diario que fundó, es un pulso contra la libertad de expresión en Venezuela, y más que un puñetazo directo, es una amenaza hacia los que permanecen en la tribuna periodística. Una tribuna que ha mermado en su pluralidad, investigación y juicio crítico, en un país donde los medios han ido cayendo en manos del gobierno como fichas de dominó en una tambaleante hilera.

Esa resistencia en cada uno de sus actos le retrata. Ya estuvo preso antes, y escapó. Por túneles, cavados con cucharas, o por ventanas, descolgándose por una cuerda de sábanas trenzadas. En un largo viaje que hicimos en su coche, un Toyota Corolla gris que aceleraba hasta llegar al siguiente peaje, donde tenía la extraña costumbre de recoger

el tícket y meterlo en la boca para triturarlo, me contó cómo le capturaron la última vez, cuando era uno de los líderes políticos de la guerrilla venezolana. En esa época, yo trabajaba como jefe de la sección económica de *TalCual*. Fui parte del equipo fundador, cuando, con Teodoro —como le llamaré a partir de ahora, como le llamaba entonces— a la cabeza, ocupamos los espacios vacíos de la redacción de un periódico que también fue emblemático en su momento, *El Diario de Caracas*, cuando lo dirigió Tomás Eloy Martínez.

En ese viaje, continúo recordando, Teodoro me dijo que lo habían capturado por haberse confiado, pues acababa de asumir la presidencia Rafael Caldera, a finales de los sesenta, y las conversaciones de paz entre el gobierno y la guerrilla a la que él pertenecía estaban encaminadas. Salió en un Volkswagen a la plaza Altamira, y se quedó allí, al sol, relajado. Quizás contemplando la luz de una manera distinta, imaginando cómo sería no tener que vivir cambiando de refugio cada tanto. Pero le rodearon y arrestaron. Aun así, contribuyó a que la guerrilla de izquierda, que luchaba fusil al hombro en los cerros de Venezuela, dejara las armas y se insertara en la vida política democrática. Algo que, por ejemplo, no se logró en Colombia. Dio así un paso adelante en el respeto de las reglas democráticas, esas que defiende ahora desde la trinchera del periodismo; esas de las que no renegó ni siquiera aquellas veces que, siendo candidato presidencial con el partido que fundó, Movimiento al Socialismo (MAS), no logró el apoyo de la mayoría.

De los inicios de *TalCual*, ese diario por cuya dirección le otorgan el Ortega y Gasset, recuerdo el olor de tinta del primer ejemplar que salió de la rotativa, cuando Teodoro lo recogió de la cinta y lo pasó de mano en mano a los que le acompañamos. Recuerdo trabajar los primeros días con los obreros derribando paredes y colocando alfombras, un retoque para que pareciera nuevo aquel lugar sin ventanas, situado en Boleíta Norte. Recuerdo llegar a las seis de la mañana y trabajar en la noticia que abriría la sección de Economía, pues *TalCualera* vespertino y la impresión de las últimas páginas comenzaba antes de las once de la mañana para que a mediodía los pregoneros lo mostraran en calles y autopistas del país.

Recuerdo que a eso de las siete de la mañana llegaba Teodoro, con el cabello mojado por la ducha, con el mismo paso con el que ya había hecho su rutina diaria de caminar una hora al amanecer, cruzar la redacción, dar los buenos días y sentarse a teclear el editorial. Al terminarlo, una o dos horas después, nos llamaba a los editores, y allí le escuchábamos leerlo y comenzábamos a proponer títulos. Algo que se intentó siempre, en esas búsquedas matutinas, fue desacralizar el poder, rebajar la violencia a la que el verbo de Chávez empujaba al país, hablar el mismo lenguaje que el lector de la calle. Después del

primer titular en la historia del diario, «Hola Hugo», se quería mantener ese tono al límite, y en ocasiones apelábamos al humor; en otras, a la contundencia inevitable de la certeza.

En mi libreta, escribo esta crónica en esta noche de celebración de un oficio acosado en la que Teodoro y Venezuela serán recordados. En nombre de Teodoro, recibirá el premio Felipe González. Luego, Mario Vargas Llosa pronunciará el discurso final, dedicado en gran parte a Teodoro y a la situación de Venezuela, «un país que con valentía ha demorado que los espacios democráticos se cierren del todo». Teodoro, dice Vargas Llosa, representa «una izquierda sensible a la problemática social», empeñada en que «las reformas más profundas se logren en un ambiente de libertad para que sean genuinas».

Hombre de pensamiento, así como escribió el ensayo *Checoeslovaquia, el socialismo como problema*, pilar para que la izquierda no solo latinoamericana rompiera con la Unión Soviética, Teodoro fundó *TalCual* desde la nada, luego de haber sido apartado de su primera incursión al otro lado de los micrófonos, en otro vespertino de la época, *Últimas Noticias*: los dueños del grupo mediático lo usaron como moneda de cambio para el perdón de una deuda fiscal. En pocos meses consiguió el capital necesario para su nueva aventura. Tenía sesenta y ocho años, acababa de renunciar al partido de su vida para mostrar su desacuerdo por haber apoyado al candidato Chávez, y, con la máxima independencia, se erigía en conciencia nacional. En aquellos años, valga recordar, los medios de comunicación y Chávez vivían una luna de miel que duró algo más de dos años. Durante ese tiempo, *TalCual* fue el único diario con una línea clara de oposición sin concesiones. Luego, algunos dueños de diarios rompieron con Chávez y sus medios comenzaron a levantar la voz, llegando a veces a los chillidos. Teodoro mantuvo siempre el discurso racional que algunos, en momentos de histeria, acusaron de tibieza. Teodoro es como un hombre que cruza un río en plena crecida y se aferra a su bordón para aguantar la embestida del caudal.

Quizás como un recordatorio, entre las pocas cosas personales que llevó a su despacho en la redacción de *TalCual* estaba un puñado de ejemplares de *Checoeslovaquia*, de la edición de Caracas, 1981. En algún momento, me regaló un ejemplar. Es uno de los libros que llevo en la mochila. Comienza así: «Si alguna virtud tienen los acontecimientos de Checoeslovaquia —los que se iniciaron en enero de 1968, pasaron por la intervención soviética y continúan hasta hoy — es la de contribuir a deshacer entre los comunistas muchos de los mitos ingenuos y confiados, mucha de la imaginería de Épinal que solíamos asociar con la construcción del socialismo entre los países donde los partidos comunistas tomaron el poder». Y finaliza así: «Por eso, para terminar con una frase consagrada, para los revolucionarios

latinoamericanos, la actitud crítica hacia la URSS, para ser no solo moralmente válida sino también políticamente efectiva, debe ser a la vez una actitud autocrítica».

Una mañana —o quizás una tarde— Teodoro llegó con unos papeles en la mano. Desde Economía habíamos aplicado la doctrina del periodismo pitbull —la de no soltar el tema una vez que lo muerdes— a hechos como la caída del grupo financiero Cavendes, algo que había ayudado a reforzar el posicionamiento del periódico con reportajes de investigación, más allá de la primera plana autorial del editor. Y Teodoro, acostumbrado al análisis, también había aguzado, en ese poco tiempo que llevaba en la lid periodística, su olfato para la noticia como pocos lo logran después de décadas. Los papeles eran un informe confidencial de la Contraloría de la República donde se daba cuenta de los desmanes del Plan Bolívar 2000, un primer ensayo de la manera de administrar el país que vendría: el dinero concentrado en pocas manos de fieles, militares en este caso, para gastarlo a discreción al margen de las estructuras del Estado, en teoría con fines sociales.

Teodoro, el reportero, tenía una primicia, y lo sabía. Me entregó los papeles. Yo debía desentrañar el lenguaje burocrático, buscar la noticia, contrastar, indagar y publicar. Sus editoriales, mientras duraran las entregas, se sincronizarían con la información que daríamos. Eso hicimos durante una semana. Y una noche, quizás cerca de las doce, quizás ya fuera madrugada, me llamó a casa:

—Enciende la televisión. Chávez nos está insultando.

Con el teléfono en la mano escuché cómo el presidente nos acusaba de cualquier cosa para disimular el escándalo.

—Tenemos que preparar la réplica —me dijo antes de despedirnos.

Unas horas después, estábamos él y yo en su despacho, con las puertas siempre abiertas, analizando sus palabras y preparando una respuesta. Quizás fuera entonces que recurrimos a un fotomontaje, donde estiramos la nariz de Chávez para ilustrar su editorial. Quizás fuera en otra ocasión en que también tuvimos que salir al paso de las acusaciones del poder.

Sé que cuento anécdotas de unos primeros tiempos de su andadura periodística y que todos los años posteriores habrán sucedido otras historias, y que cada persona que ha tenido el privilegio de compartir con Teodoro tendrá las suyas. A mí me asaltan otras más: los partidos de *softball* los sábados en la mañana, sus generosas palabras cuando presentó mi primera novela y se la envió a su amigo García Márquez, su apoyo en crisis internas de la redacción, lo que me dijo cuando decidí emigrar, la última vez que hablamos por teléfono… La memoria es caprichosa y estas son las que surgen ahora que escribo a mano en estas hojas mientras estoy en presencia de esa ausencia, la de Teodoro.

Llegado a estas líneas, ya se ha hecho entrega de las tres primeras menciones, y viene el turno que correspondería a Teodoro. Se le puede ver en pantalla gigante, en el salón de actos del CaixaForum del Paseo del Prado de Madrid. Teodoro aparece entre dos portadas de su diario, enmarcadas y colgadas de la pared. Una dice: «PetkOFF», y la otra es aquella primera, la del «Hola Hugo», que yo también conservo siempre a mano. «Tengo al país por cárcel», clama en el vídeo que grabó para este acto. Y dice que el premio no es para él, sino para *TalCual*; dice que él es solo vocero de los venezolanos que aspiran a vivir en un país democrático, seguro; dice que en la Venezuela de hoy se han conculcado y confiscado los derechos fundamentales.

Y de eso se trata, de los derechos fundamentales. A expresarse. A opinar. A vivir sin miedo. A ser efectivamente respetado aunque se pertenezca a una minoría (que en Venezuela es, en realidad, una mayoría). A todo aquello que es la democracia más allá de los plebiscitos. Contra la violencia de las hordas. Contra el apabullamiento que ejerce el poder. Contra el rapto de las instituciones. Derechos fundamentales cuya violación acerca a los dictadores de cualquier ideología. O mejor dicho, que usan cualquier ideología como coartada para la autocracia. «El premio no es a mi persona sino a la Venezuela luchadora empeñada en vivir democráticamente», dice. Teodoro y su privación de plena libertad, circunstancia en la que no poder viajar a España es lo de menos, recuerdan que, en la convivencia diaria, la democracia no es entelequia.

* • *

«Siempre ayuda», me dice Teodoro Petkoff por teléfono, desde Caracas. «Tiene un significado político obvio que ayuda a hacerle frente con más fuerza a la situación». Lo que ayuda es el Premio Ortega y Gasset de Periodismo con el que fue reconocido por su trayectoria profesional, y la situación es la censura a la libertad de prensa, que el director de *TalCual* ha desafiado desde que en 2000 fundara este periódico venezolano. Al principio, la coacción se sostenía en insultos y bravuconadas lanzados por Chávez desde su púlpito de medios gubernamentales. Poco después, fue económica. En un país dependiente de los ingresos petroleros controlados directamente por el Ejecutivo, el sector público no pauta publicidad en los medios críticos. Hoy, la censura se hace efectiva en los tribunales y Petkoff tiene, en este momento, dos causas abiertas por el hombre fuerte del régimen, Diosdado Cabello, presidente de la Asamblea Nacional.

En un pequeño ordenador, Petkoff ve la ceremonia del Ortega y

Gasset vía *streaming*, y reafirma aquello que le escuché decir una noche en la redacción de *TalCual*, cuando le aconsejaban no responder a las declaraciones oficiales: «El que calla, otorga». No contempla el silencio ni la negociación encubierta, mientras continúa su actividad: «Los juicios no me afectan en absoluto», me asegura un día después de que una jueza de Caracas le dictara, otra vez, prohibición de salida del país y la obligación de presentarse ante el juzgado cada siete días. «Continúo con mi editorial. Los temas los da la coyuntura».

El acoso y derribo de la prensa venezolana siguió una hoja de ruta que ha logrado normalizar la mordaza. En 2003 se abrió el primer proceso judicial contra *TalCual* pero no prosperó, quizás porque en aquel momento el régimen todavía se empeñaba en aparentar una normalidad democrática. Tres años después, se inició un segundo juicio por un texto del humorista Laureano Márquez. El tribunal sentenció contra el autor y contra Petkoff, un antecedente que se generalizaría. «La multa superó los 50.000 dólares», recuerda Humberto Mendoza D'Paola, su abogado defensor, quien, como otros colaboradores, trabaja *ad honorem*. Entonces, Petkoff ideó una colecta pública para pagarla y volcar al público contra la censura. Otros procesos llegaron, cuando el periódico fue «apercibido» para evitar que cubriera los asesinatos del fiscal Danilo Anderson o de los militares disidentes de la plaza Altamira, y cuando desafió el decreto del gobierno que impedía publicar imágenes de la violencia callejera que se cierne sobre el país.

Para entonces, la prensa se mantenía gracias a que algunas empresas privadas desafiaban la línea oficial, pero «los juicios contribuyeron en gran medida a perder anunciantes», asegura Mendoza. Junto a las multas, la crisis económica venezolana y el desabastecimiento de papel, la falta de publicidad acosó a *TalCual*, que ha tenido que reducirse año tras año y migrar a lo digital. «Subsistimos porque se recortaron significativamente los gastos», afirma Xabier Coscojuela, jefe de redacción de *TalCual*. «De cuarenta y dos periodistas, quedamos diez».

Cuando asumió el periodismo como nueva profesión, Petkoff abandonó la arena política y la pretensión de alcanzar el poder, que había intentado primero como guerrillero de izquierda y, luego, como candidato presidencial del Movimiento al Socialismo. Nunca le escuché renegar de esa decisión, aunque hubiera sido muy fácil para él abrazar el nuevo régimen y detentar el poder a la sombra de Chávez, como hicieron muchos de los políticos históricos. Cuando le pido comparar el comportamiento del poder de entonces con el actual, me dice: «Cada situación tiene su marco histórico concreto pero en el fondo es la misma actividad represora. Represión pura y dura».

El año pasado llegó la penúltima demanda del diputado y militar

Cabello por «difamación agravada». Aunque se inició por un artículo de opinión escrito por un colaborador externo del periódico, se señaló a Petkoff. Desde entonces, tiene «al país por cárcel», como dijo durante el vídeo que grabó para su difusión en Madrid. La segunda demanda del hombre fuerte del régimen se ratificó el 22 de abril de este año, pocos días antes de la entrega del Ortega y Gasset. Según la parte acusadora, existe «difamación agravada continuada» por reproducir una información que relaciona a Cabello con el Cartel de los Soles, dedicado al narcotráfico internacional, publicada en el español *ABC* —que cita a Leamsy Salazar, militar y jefe de seguridad del propio diputado, asilado en Estados Unidos—. Los soles son las insignias que tienen los más altos rangos militares en Venezuela. Una semana después de recibir el premio, el tribunal dictó contra Petkoff y otras veintidós personas de tres periódicos (*El Nacional, La Patilla* y *TalCual*) nuevas medidas restrictivas. De ser hallado culpable en cualquiera de los dos procesos, como es previsible que ocurra ante la falta de independencia del Poder Judicial, podría ser condenado a cuatro años de cárcel.

En el caso de Petkoff, con más de ochenta años de edad, sería confinado en su residencia. Prisión reducida a los metros cuadrados de un apartamento, con la compañía permanente de los esbirros. ¿Qué significa para Petkoff esa posibilidad de volver a estar preso? «Bueno, chico, como dijo el filósofo aquel: como vaya viniendo, vamos viendo», dice con su voz ronca que, aunque ahora suena cansada, no pierde esa mezcla de lucidez, valentía, humor e iconoclasia. Un tono, un brillo, una reverberación que no calla. Petkoff sigue en pie, resiste, y la opinión pública internacional le observa.

MINO REV

UN ENJAMBRE DE MOTOS RINDE LOS ÚLTIMOS HONORES

Como si fuera un panal que en vez de abejas tiene motos, las máquinas se aglomeran en una encrucijada de la vía. Entre ellas, en un pequeño espacio vacío, Roner Romero estaciona su Suzuki 250 cc azul entre los baños portátiles y un camión que reparte agua mineral. Alarga el brazo y recibe dos botellas. El vaho de los servicios apacigua, según la intensidad del viento, el olor a aceite quemado que impregna Caracas. Los motorizados impacientes aceleran. Esperan una señal para perseguir el cortejo fúnebre con el cuerpo de Hugo Chávez hasta el Cuartel de la Montaña. El recorrido será por la autopista Valle-Coche, que está cerrada al tránsito para mantenerla despejada. Pero la salida del ataúd se demora.

Los motorizados cabalgan sus motos, la mayoría marca Empire, de fabricación china y bajo precio. En 2012 se vendieron más de medio millón de motocicletas nuevas que surcan la ciudad desierta. Son los dueños de las calles de Caracas. Abren sus rutas y desafían las leyes y señales de tránsito. Recorren las avenidas que cruzan por encima de la autopista. Buscan una vía de escape hacia el trazado del cortejo. En los puntos en que los puentes de las calles atraviesan la autopista, excavada unos metros más abajo, se apostan miembros de la Guardia Nacional con armas largas. En esos balcones, algunos plañideros toman posición y esperan ver pasar el féretro. La sede del Poder Ejecutivo, Miraflores, está vacía. Los motoristas la cruzan en pandillas de diversos números: de unas pocas motocicletas a varias decenas. En cada máquina, dos y tres personas, de todas las edades. Al lado de Roner, una pareja lleva a un niño de escasos años entre él, que conduce, y ella, que va de parrillera. El niño duerme, sentado y apoyado entre la espalda del padre y el vientre de la madre. Portan el casco negro que usa 90 por ciento de los motoristas, de eficacia tan baja como el precio, pues deja desprotegidos el rostro y gran parte de la cabeza. La corneta resuena. Las banderas ondean. El color que predomina es el rojo. La variante, un brazalete tricolor.

Rumbo al 23 de Enero, por calles secundarias, los batallones de motorizados se juntan. Atraviesan las laberínticas calles de La Pastora.

Un hombre está sentado bajo un grafiti que dice: «No votes basura». Tras varias cuestas empinadas, curvas pronunciadas y alcabalas improvisadas de militares que cierran los accesos a los lugares cercanos por donde pasa la procesión, la vía se cierra. Dos gigantescas camionetas, de último modelo, se encuentran de frente en la estrecha calle. Sin tiempo para maniobrar, llegan los motorizados, que quieren pasar primero. La anarquía en las calles de Venezuela se salda con uno de los índices más altos de muerte por accidentes de tráfico en el mundo, y el mayor del continente americano: treinta y siete personas por cada cien mil habitantes en 2013, según datos de la Organización Mundial de la Salud. Roner toca su bocina y se cuela por cualquier reducto. Los automóviles no pueden avanzar y tampoco lo harían si pudieran abrirse paso a la fuerza. Ante el avance de una pandilla de motorizados, se impone frenar en seco y aguardar a que pasen. Atropellar a uno acarrea enfrentar la furia de otros motorizados, decenas de ellos, que se detienen para amedrentar al infractor y apoyar al caído como una póliza de vida.

La defensa del motorizado es el miedo que siembra a través de la solidaridad instantánea. En Venezuela murieron tres motorizados diarios durante 2012. Cada veinticuatro horas, otros noventa y cinco sufrieron lesiones, sobre todo fractura abierta de tibia. De los heridos, 40 por ciento presentarán secuelas debido a la amputación, según cifras de la Asociación Venezolana para la Prevención de Accidentes y Enfermedades, y requerirán, en promedio, cuatro meses de atención hospitalaria. En Caracas se ha popularizado el «velorio del motorizado»: cuando el cuerpo de uno de ellos parte de la funeraria hacia el Cementerio del Sur o de Guarenas, suele estar rodeado por amigos o familiares que se mueven en moto. Se les une un motorizado y después otro. No se conocen, o sí, poco importa. El enjambre comienza a bloquear dos carriles de la autopista o todo el ancho de la vía. Van a velocidad de procesión. Los que se adelantan giran en círculo, empinan la máquina y avanzan en una sola rueda. Hacen caballito, burrito y otras piruetas. Beben, charlan, disparan. Al cortejo fúnebre de Hugo Chávez se le quiere rendir un homenaje parecido. Los motoristas adelantan hasta que los que van chocan con los que vienen. Y entonces nadie se mueve.

—¿Ya salió el presidente? —pregunta una mujer que se abraza al piloto.

—Creo que sí.

Un vecino toma el mando. Ordena a los motorizados. Da instrucciones a los chóferes. El tráfico vuelve a fluir. El enjambre, ahora compacto, llega con su algarabía hasta la avenida Sucre, cerca del Museo Jacobo Borges.

—Tiene una parada aquí.

Roner estaciona la moto otra vez, en medio de la avenida, junto a varias otras. La apaga. Pregunta por uno de los brazaletes con la bandera de Venezuela. Vale treinta bolívares. Sobre una gran tarima toca salsa el grupo Madera. La Policía Nacional Bolivariana, vestida como el viejo Robocop, impide el paso. Algunos hombres con andares de vigilante portan chaquetas negras y gruesas con el distintivo bordado de los Tupamaro, un colectivo armado. Conviven unos con otros. En el televisor de una arepera repleta de clientes se observa que la procesión oficial parte de Los Próceres. Hasta pocas horas antes se desconocía cuándo terminaría el velorio del expresidente y cuál sería su último destino. Primero, el féretro paseó del Hospital Militar a la Academia Militar en una lenta procesión. Con el anuncio, hecho dos días después, de que el cuerpo permanecería en capilla ardiente durante siete días más, para luego embalsamarlo, el canal oficial comenzó a propagar la consigna: «Chávez al Panteón junto a Simón». Pero antes había que enmendar la Constitución, que estipula un mínimo de años para llevar a alguien al mausoleo patrio. El caso llegó al Congreso y, después de asomar la posibilidad de que se votara en referendo, la propuesta se dejó enfriar. Las contradicciones rodean hasta las resoluciones más sencillas: a media mañana del día en que se levantó el luto oficial y las radios volvían a su programación habitual, la Comisión de Telecomunicaciones prorrogó el duelo otros cuatro días. Poco más se supo sobre el destino final del cuerpo, hasta que se reconoció que ya no se podía embalsamar porque «se debió comenzar antes», según los expertos rusos y alemanes que fueron contratados con retraso. Al final, se eligió el Cuartel de la Montaña, lugar donde Chávez se refugió cuando fracasó en la asonada golpista de 1992.

En la avenida Sucre, los manifestantes se apertrechan con carteles impresos y montados por PDVSA Industrial.

—Estamos aquí desde las nueve de la mañana —dice Gladys Rondón, vestida con camiseta roja y logo de la petrolera—. Pero para verlo estuvimos veinte horas en la cola. Llegamos el viernes a las dos de la tarde y lo vimos a las ocho de la mañana del sábado.

—Somos rojas rojitas.

—Chávez vive, la lucha sigue.

En el estrado continúa la arenga, la consigna: «Solo basta con conocer el pasado para saber lo que hizo el comandante», dice un hombre al micrófono. La gran gesta de Chávez consistió en rendir los poderes públicos a la figura del presidente. Las claves para entender el proceso político venezolano están en sus primeros tres años de gobierno, en cómo se fabrica la legalidad para avasallar la democracia. Al llegar al poder por medio de elecciones, y no por un hecho de facto, utiliza la figura de una «asamblea constituyente» para

borrar las leyes e instituciones anteriores. No es una intención camuflada. En realidad es la única promesa electoral que sustenta su candidatura. Las demás instituciones resisten con desidia. El Poder Legislativo intenta impedir la redacción de una nueva Constitución y aduce que se rompería el «hilo constitucional». Pero Chávez decreta la celebración de un referendo para aprobar o rechazar la conformación de esa asamblea. Cuando la Corte Suprema dirime sobre este decreto, se subyuga: no solo legaliza el decreto y, por tanto, la celebración del referendo para decidir si se redacta o no una nueva Constitución, sino que le otorga carácter «originario». Es decir, que no tendrá que sujetarse a leyes anteriores, ni siquiera a la Constitución vigente.

Mientras tanto, Chávez se rodea de los símbolos nacionales y militares y centraliza los recursos estatales al crear un Fondo Único Social para distribuir el dinero (de los impuestos y de los ingresos petroleros y de otras industrias estatales) a los gobiernos locales, que hasta entonces gozaban de autonomía. El plebiscito le favorece y la Constituyente se conforma. Es víspera de vacaciones parlamentarias y se acuerda que la nueva Asamblea, sin sede, se instale durante esos meses de verano en el Congreso, donde la oposición goza de mayoría. Cuando vuelvan los diputados, que han sido elegidos por votación popular directa, no se les dejará entrar. Mientras se proponen y discuten los artículos para la carta magna, el presidente decreta la «emergencia constitucional» y se sustituyen jueces en todas las instancias mientras la Asamblea Constituyente asume las funciones del Congreso, que es disuelto. En la redacción de la nueva constitución, aumenta el poder de la figura presidencial: decidirá los ascensos militares (antes supeditados al estudio del Senado) y nombrará al vicepresidente, a quien también podrá remover. El poder del presidente carece de control. En otro plebiscito se aprueba la Constitución de 1999, a pesar de la gran abstención. Se declara la «transitoriedad» y la Asamblea Constituyente es reemplazada por el «Congresillo», cuyos miembros son seleccionados por el presidente, sin mediar consenso ni elección. El Congresillo toma medidas inmediatas y sustituye a las autoridades del ámbito político y económico, como el contralor general de la República, el fiscal general, las autoridades del Consejo Nacional Electoral, el procurador general, el superintendente general de bancos, el presidente del Banco Central y el presidente del Fondo de Garantía de Depósitos. También nombra al defensor del pueblo, máxima autoridad del Poder Moral recién creado, y disuelve la Corte Suprema de Justicia para conformar el Tribunal Supremo de Justicia con nuevos magistrados. Para ninguno de estos cargos existen elecciones o concursos públicos y los nombramientos durarán el lapso estipulado en la nueva Constitución: doce años los magistrados y siete años para el fiscal, el procurador, el contralor y los miembros del

Poder Electoral, que marcará las reglas y supervisión de todas las siguientes elecciones que se celebrarán en Venezuela.

Durante la transitoriedad, se convocan elecciones populares para las gobernaciones, alcaldía y presidencia de la República. El Tribunal Supremo recién elegido sentencia que las decisiones que tomó, tome y tomará el Congresillo gozan de carácter «supraconstitucional». No hay ley, ni siquiera la propia Constitución aprobada en referendo, que pueda impugnar sus actuaciones. Chávez gana las elecciones presidenciales y su partido, la mayoría de los gobiernos regionales. Comienzan sus seis años de gobierno, con posibilidad de reelección. El Ministerio de Educación deroga los lineamientos de estudio en la historia patria y ordena la ampliación de la historia contemporánea para incluir la «revolución bolivariana» en los textos escolares. El Banco Central pierde autonomía y los recursos de las exportaciones, sobre todo del petróleo, comienzan a ser administrados de forma directa por el presidente a través de brazos ejecutores como la propia compañía estatal de petróleos, PDVSA, la Secretaría de la Presidencia, u operativos especiales dirigidos por militares. A partir de este proceso, no puede hablarse de democracia en Venezuela, al carecer de independencia de poderes, control sobre el gobierno, pluralidad social y protección a las minorías.

La oposición demora en organizarse, incluso dejan de presentarse a las elecciones parlamentarias, y carecen de un discurso unificado y, sobre todo, de un líder. En esos años Hugo Chávez supera dos baches. El primero en 2002, cuando sindicatos y empresarios retan la trilogía del pensamiento de Chávez: caudillo, pueblo y Ejército, y convocan una huelga general. Las masas exigen la dimisión del presidente. Los líderes de la manifestación les conducen hasta un callejón sin salida donde les esperan pistoleros del gobierno. El Ejército utiliza los muertos para exigir la renuncia del presidente. En la confusión, el ministro de Defensa anuncia que Chávez ha dimitido y está preso en una base militar. El orden constitucional se rompe y el desorden durante el golpe de Estado, dirigido por el presidente de la federación empresarial, propician que los militares se desdigan. Chávez regresa y comienza a ajustar el mecanismo. El segundo obstáculo lo saltó más tarde, cuando la oposición recolectó suficientes firmas para convocar un referendo revocatorio contemplado en la Constitución. Según el escrutinio del órgano rector, que nunca ha aceptado, ni entonces ni después, el conteo manual de las papeletas, Chávez logró el respaldo de 58 por ciento de los votantes.

En 2007 se agota el tiempo constitucional del presidente y este propone otro referendo para que la reelección sea indefinida. Es la primera votación que pierde. Sin embargo, la perpetuación del presidente se promulga en el Congreso, al igual que otras medidas

rechazadas, como la creación de milicias armadas.

En 2009, vuelve a proponer la reelección indefinida, esta vez para todos los cargos de elección popular, en otro referendo que sí es aprobado por la mayoría de los que acuden a votar (54 por ciento), con una abstención de 30 por ciento. Este proceso es similar a los golpes parlamentarios descritos por Curzio Malaparte en *Técnicas de golpe de Estado*, solo que en cámara lenta. Después su partido pierde en número de votos las elecciones parlamentarias aunque la modificación de las circunscripciones, realizada en previsión de estos resultados, le otorga amplia mayoría en el Congreso. A pesar de la polarización de la población y la fuerza de una oposición unida, su carisma y astucia para manejar los recursos estatales y para premiar la incondicionalidad al líder, la férrea dirigencia sobre las Fuerzas Armadas, muy favorecidas en lo económico, la subyugación de los poderes del Estado, cuyos miembros respondían a sus órdenes directas, el apropiamiento de las divisas y finanzas estatales para desviarlas a lo gubernamental, el ventajismo en las campañas electorales, la parcialidad del árbitro y la construcción de un aparato de propaganda eficaz le permitieron permanecer en el poder hasta su muerte.

En medio de la multitud que espera la última marcha del líder, se reparten gorras. La gente se aglomera y levanta las manos para atrapar alguna. Velorio y campaña como hermanas gemelas. Toca el turno a otro orador del estrado: «Nicolás tiene cien años, perdón, cien días, en el gobierno y la derecha ya lo acusa de no hacer nada». Entre los que escuchan está Gerardo Contreras, electricista de cuarenta y tres años, que viste una camiseta roja que dice Misión Rivas:

—Es para sacar el bachillerato. Yo lo saqué en 2012, en un año. Dejé de estudiar a los doce, cuando estaba en sexto.

Resuena la voz de Chávez que canta «Patria, patria, patria querida, eres mi cielo, eres mi amor», canción que entonó durante la última alocución que dirigió al país el 8 de diciembre y que ahora suena, con sus escasos segundos, en cada paréntesis de discursos o canciones. Se ha convertido en el *jingle* de la campaña de Nicolás Maduro. Luego, un hombre anuncia que faltan pocos minutos para que «llegue el presidente» y jura votar por Maduro. Roner sube a su moto, la enciende. Avanza entre los peatones, que intentan ver más allá de la barrera de personas y policías. Se mete junto a una centena de motos.

Entonces, cuando se ve el primer vehículo de la caravana presidencial sucede el estallido. El himno nacional de fondo apenas se escucha, porque los motoristas hacen sonar su bocina como último tributo, aceleran los motores, gritan, cantan a todo pulmón, alzan el brazo, graban con los móviles. Como si miles de abejas batieran sus

alas y ese sonido se amplificara por altavoces, nada más se escucha en el enjambre. Durante largos minutos solo existe la emoción y su manifestación más estridente.

Cuando pasa la procesión, intentan avanzar contra la barrera de policías.

—No hay paso —le avisan a Roner.

Él da la vuelta como puede. Todos lo hacen. Apenas hay espacio.

—Vamos de escoltas.

—Hay que ir por Lídice. Por ahí los alcanzamos.

La meta de Roner y sus compañeros es interceptar el cortejo fúnebre, colocarse detrás y delante del féretro, rendirle honores con sus cornetas y motores. Codo con codo. Pero los accesos a la autopista están cerrados. Roner, a toda la velocidad que le permiten la Suzuki y el caos, sube la empinada cuesta a La Pastora, otra vez. Calles cerradas. Idas y venidas. Encerronas donde las motos Empire se quedan sin fuerza para avanzar y los pasajeros deben bajar y caminar hasta el final de la subida. Rumbo al 23 de Enero. En el camino que rodea un cerro hasta llegar al Cuartel de la Montaña, los ojos de Hugo Chávez miran hacia el barrio desde la sede de la agencia tributaria en uno de los edificios más altos de Plaza Venezuela. A cada tanto del camino, otra tarima, otro jolgorio donde espera la gente vestida de rojo. Los motorizados no quieren esperar más. Su vida es velocidad, toda la que dé su máquina. Casi a las cinco de la tarde, el ataúd ha llegado a destino, con incontables motoristas que han logrado burlar las medidas de seguridad y han encontrado un resquicio por donde meterse al panal. Una vez allí, mandan. Aguardan afuera del Cuartel de la Montaña, el mausoleo improvisado para el expresidente. Con el mismo desorden y caos con que llegaron, se dispersan. A Roner le caen algunas gotas de lluvia en la Cota Mil. «El día que murió también llovió», dice. Y acelera.

SACERDOTE

El pulso entre las dos máximas figuras del catolicismo del estado Zulia comienza el día que la Universidad Católica Cecilio Acosta anuncia una subida de tasas que quintuplica la aportación del alumnado. Los estudiantes protestan y marchan hasta el rectorado. El rector les acusa de secuestrarle y expulsa a cinco dirigentes estudiantiles por dos semestres. Los jóvenes buscan la absolución en la autoridad máxima de la universidad, el canciller, representado por el arzobispo de la arquidiócesis de Maracaibo, Ovidio Pérez Morales.

El arzobispo intercede con una exhortación publicada en un periódico en que llama a la suspensión de las medidas. Aparece un mediador, monseñor Ocando, el más carismático de la curia marabina, presidente de la Corporación Niños Cantores del Zulia, que incluye un canal de televisión con gran influencia en la opinión pública. Ocando también es miembro del Consejo Fundacional de la universidad y convoca una reunión con el arzobispo y el rector. Hay acuerdo. Se suspenderá la pena con la condición de que los estudiantes publiquen un oficio en el que pidan perdón y acepten acatar las decisiones tomadas por el rector. Los estudiantes publican el comunicado pero omiten las disculpas. Monseñor Ocando les acusa de mutilar el documento. Se les abre un segundo expediente por irrespeto al rector y violación del acta constitutiva. Son expulsados de forma definitiva de la universidad y, por ende, del sistema académico cuyo reglamento interno establece que un expulsado no puede ingresar a otra universidad.

El arzobispo Pérez Morales se mantiene firme al lado de los estudiantes y exige la renuncia del rector. Sin embargo, como canciller puede nombrar pero no despedir. La remoción debe dirimirse entre los miembros del Consejo Fundacional. Monseñor Ocando, que controla tres de los siete votos, da la espalda al arzobispo y apoya al rector, que controla otros dos. El rector sale fortalecido. El arzobispo viaja a una cumbre eclesiástica en Brasil y, cuando regresa, revoca los poderes de monseñor Ocando como presidente ejecutivo del conglomerado de instituciones de los Niños Cantores y, además, nombra un administrador para controlar el canal de televisión que dirige. Ocando

reacciona airado y la guerra interna eclesiástica salta a los medios con declaraciones de parte y parte. En una tregua, los sacerdotes intentan negociar. El arzobispo Pérez Morales ofrece mantenerle en la presidencia de los Niños Cantores a cambio de entregar el canal. Pero monseñor Ocando se niega y pone sobre la mesa la posibilidad de un año sabático. Días después, Pérez Morales le pide que ratifique esa propuesta por escrito. Ocando se desdice y Pérez Morales, cuando regresa de un sínodo en Roma, convoca una rueda de prensa en la que anuncia nuevas autoridades en la Corporación Niños Cantores. Defenestrado en público, Ocando se rebela. Le apoyan otros treinta y ocho sacerdotes que redactan una carta secreta y sin duplicado, con destino al Vaticano. Acusan a Pérez Morales de déspota y de controlar a la Iglesia con familiares ajenos a la curia: los administradores son sus parientes aunque sin consanguinidad. El arzobispo contraataca, siempre en público, y en una Carta Pastoral refuta las acusaciones de monseñor Ocando, quien reacciona y le llama mentiroso. Por última vez, ambos se reúnen en las oficinas del canal de televisión, el mismo día de Navidad a las cuatro de la tarde. Frente a frente, Ocando solo entrega a Pérez Morales una carta en la que le responde lo dicho en la Pastoral. No hay más diálogo.

A «la tierra del sol amada», Maracaibo, llegan los emisarios de la Santa Sede para investigar las denuncias de los curas contra la autoridad mayor del Zulia. A la acusación de expulsar de mala manera al pastor con más carisma en los predios del lago, se suma la de servir al poder político y orquestar la toma de la televisora para cambiar su línea editorial por una más complaciente con el gobierno del conservador Rafael Caldera, a quien el ahora arzobispo conoce desde tiempos universitarios. Tal afirmación se sustenta en que, nada más controlar la programación, suspendió los espacios de periodistas que investigaban irregularidades en el otorgamiento de concesiones en las minas de carbón, en las que estarían involucrados familiares de Caldera. La lucha no cesa. Mientras arzobispo y monseñor lucen sus desavenencias, dos sacerdotes romanos recién llegados se mueven con sigilo y recopilan documentos y testimonios entre los eclesiásticos.

POR TODO EL ORO DE LAS CRISTINAS

La antesala norte de la selva amazónica es una meseta que se conoce como Gran Sabana. Este singular lugar de la Tierra alberga las formaciones rocosas más antiguas en términos geológicos, llamadas por su nombre indígena, tepui. Una sola roca agrietada que, de lejos, parece plana, ocupada por lagunas de cuarzo, arbustos pequeños, rocas oscuras talladas por el viento con apariencia lunar y anchos y profundos abismos que la surcan en desorden. Cuando en la cima espesa la niebla, o la lluvia intermitente y perpetua, cae con fuerza, los pemón, que ocupan estos territorios, se guían por las líneas rectas imaginarias que trazan los montículos de tres piedras de mediano tamaño, una encima de otra, que han colocado antes. Para la etnia, los tepui son montañas mágicas y las transitan por el dinero que les pagan los turistas. Conocen qué grieta tragó cuánta gente y alguno asegura que en la cima vive un cunaguaro, cuyo rugido se puede escuchar cuando rasga la noche, aunque los únicos animales que se vislumbran en la cima sean unos diminutos sapos negros, ratones que horadan la basura y unos pajarillos parecidos a golondrinas. De la cima más amplia y alta de todos los tepui (700 metros cuadrados y más de 2.500 metros de altitud), la del Auyantepui, surge la catarata más alta del mundo. Jimmy Angel, un aviador norteamericano y buscavidas que trabajaba para compañías mineras, volaba por encargo de una de Oklahoma cuando la describió como una cascada de una milla de alto. Gracias a sus expediciones apareció en los mapas por primera vez a mediados de los años treinta. Seis años después, el gobierno venezolano daba nombre oficial a la catarata, Salto Ángel. Por sortear con su avioneta de una hélice zonas de vientos cruzados como el Cañón del Diablo, recorrer en vuelo bajo el cauce de un río de meandros impredecibles o aterrizar de emergencia en la cima del Auyantepui, el piloto recibió la fama como recompensa. Y uno de sus copilotos habituales, Dick Lemon, obtuvo otro tipo de premio de forma póstuma cuando su viuda, Dot Culver Whitney de Lemon, recibió la concesión de la explotación de oro más importante de Venezuela por veinticinco años. Con esta adjudicación comenzaba la

historia de una mina que produce más litigios que oro.

Desde la ventanilla de una avioneta como la que utilizó Jimmy Angel, las minas de oro parecen instantáneas de abismos de tierra carcomida y rellenos de agua que reflejan las siluetas de casas de metal y de palos secos que antes fueron altos árboles. A la sombra de Las Cristinas, existen minas ilegales como Las Leonas, donde la vida es dura para los dos mil «vaqueros» o «garimpeiros», hombres sin más ley que la de vender el oro al mejor postor.

—Todos vamos armados, somos desorganizados, amotinados, violentos.

En este campamento, un alud de barro sepultó a nueve mineros que trabajaban en una fosa de quince metros de profundidad. No se reclamaron estos cuerpos ni los de dos hombres asesinados a tiros que aparecieron en medio del campamento.

—Se pelea por los barrancos ricos. Manda la ley del más fuerte.

En Las Cristinas las pugnas se dirimen en tribunales desde que la viuda Lemon intenta obtener réditos de su concesión de once millones de onzas de oro en reservas probadas y, en 1968, la alquila a Amalfi Grossi Gatti. El inquilino amasa una fortuna, construye dos pueblos dentro de las inmediaciones de la propiedad y se le comienza a conocer como el Rey del Oro. Catorce años después, la viuda reclama el fin del alquiler y demanda a Grossi. La representa el abogado Rodolfo Schmidt, que en 1984, después de ganar el juicio, se convierte en acreedor de la viuda por el impago de honorarios por 259.000 bolívares (20.000 dólares). La viuda contrata a un nuevo abogado, Jesús Adrianza, y firma un poder en una notaría propiedad de un familiar del abogado en 1985. A pesar de revocarlo un año después en otra notaría, el abogado Adrianza prosigue actuando como apoderado, a espaldas de la viuda, gracias a que su prima notaria no asienta la revocatoria y continúa emitiendo copias certificadas. Mientras tanto, Lemon agoniza y Schmidt cede su acreencia contra Lemon al minero Ramón Torres. Una semana después, Torres revende a Adrianza, ya sin poderes de la viuda, esa deuda. Por un monto similar al que se le debía a Schmidt obtiene las concesiones de Las Cristinas. Cuando, en julio de 1986, muere la viuda despojada y sin herederos, la mina ha sido traspasada a Inversora Mael. El Rey del Oro no desiste en recuperar su antiguo feudo y pide la nulidad de la transacción de Schmidt, Adrianza y Torres. El gobierno, a través de la Corporación de Guayana y del Ministerio de Energía y Minas, interviene en el caso y anula las operaciones, al tiempo que convoca a mineras transnacionales para una licitación por Las Cristinas. El caso llega a la máxima instancia judicial del país, el Consejo Supremo de Justicia. En 1991, el ministro Leopoldo Sucre Figarella llama a Ramón Torres a las dos de la madrugada y le cita para ese mismo día a las siete.

—Nunca pondrás un pie en Las Cristinas.

Pero el tribunal da la razón a Inversora Mael y obliga a que la Corporación de Guayana publique en *Gaceta Oficial* la nota de traspaso, requisito para que la empresa disfrute de la concesión. El gobierno transa con Inversora Mael, que desiste de Las Cristinas, y Torres recibe, a cambio, otras explotaciones de oro. Suscrito el acuerdo, el gobierno declara un ganador en la licitación internacional, la empresa canadiense Placer Dome.

Cinco años después aparece en escena Crystallex, otra minera canadiense, competidora de Placer Dome, que apoya una nueva reclamación de Inversora Mael: asegura nunca haber renunciado a sus derechos sobre Las Cristinas y exige que se cumpla la orden del tribunal. El ministerio accede y publica el aviso en 1997 y Crystallex adquiere acciones de Inversora Mael. Comienza un nuevo litigio por las minas, esta vez entre dos gigantes multinacionales. En 1998 cambia la opinión del Consejo Supremo y falla en contra de Inversora Mael-Crystallex, lo que favorece a su competidora. Con la sola resolución, las acciones de Placer Dome suben en bolsa porque sus reservas de oro crecen 25 por ciento. Pero no inicia actividades. Dice buscar financiamiento externo. Como el negocio resulta poco atractivo, con una cotización de 285 dólares por onza de oro, no aparecen socios dispuestos a sufragar la inversión. La Corporación de Guayana, que retiene 30 por ciento de las acciones, les da un toque de atención: comienzan a explotar la mina o se les revoca la concesión. Placer Dome busca personal. En Puerto Ordaz, más de tres mil candidatos aguardan a la apertura de las oficinas para optar a un empleo en la minera. En los pueblos aledaños de Guasdualito, Las Claritas, Guasipati y Tumeremo se suman otras catorce mil personas entre las que elegir.

Este tipo de minas a cielo abierto requiere de gran maquinaria que perfora y abre brechas que pueden tener hasta dos kilómetros de ancho y sus paredes destilan agua a partir de los diez metros de profundidad. Para apuntalarlas se necesita roca, mucha roca. Para ahorrar costes, Placer Dome quiere obtener esa piedra del sitio más cercano, el Araima Tepui, un cerro sagrado para la etnia pemón en plena reserva forestal de Imataca. La mina de oro tiene todos los permisos medioambientales, pero la cantera de piedra, no. El gobierno intenta ayudar y cambia la ordenación de la zona protegida, pero se interpone una demanda contra el decreto y la corte accede a una medida cautelar que paraliza la conversión del tepui en mina de roca. La dinamita está preparada pero falta encenderla. En juego hay un negocio de 3.000 millones de dólares.

Desde el aire se aprecia que, aun sin comenzar la explotación, ya existe una vasta zona deforestada, una gran herida en medio de la

selva del sur de Venezuela. En esa zona, los únicos que extraen oro son los mineros de la cooperativa Los Rojas. Ya buscaban vetas en Las Cristinas cuando llegó Placer Dome y les exigió, como condición para continuar dentro de los límites de la mina, que se organizaran. Estos hombres corroen la tierra con el agua a presión que despide una motobomba hasta descubrir una veta de cuarzo. Empiezan a fragmentarla con taladros y mandarrias, para extraerla en pedazos que puedan ser arrojados a un molino. Reducidas en trozos milimétricos, el minero la pasa por un sistema de espiral que mezcla agua con sulfatos. El oro, que es más pesado que el resto de los elementos, se queda al fondo y se detiene en los primeros obstáculos. Esta «arenilla» se lleva hasta una vasija con mercurio, donde se quema la mezcla. El oro se amalgama.

En Los Rojas eran doscientos mineros. Las deserciones se acumulan y quedan cincuenta y seis.

—Los mineros somos muy libres. No nos gustan las leyes. Antes, en Los Rojas vivíamos como se vive hoy en Las Leonas.

El minero se acerca a un conjunto de rocas picadas y en pedazos de varios centímetros que pesan un par de kilos cada una. Alza una mano y con la otra la golpea con un pico. Después, otra y otra. A la cuarta, aparece una salvaje pepita de oro en medio de la blanca piedra de cuarzo. Es el poco oro que saldrá de Las Cristinas en mucho tiempo.

BANQUERO

Bajo el sol de Tejerías aguardan de pie los niños del colegio de Los Bagres mezclados con los desempleados de Tiara. Esperan la llegada del presidente Chávez, tras la reja de entrada a Loma de Níquel, una mina con rendimiento previsto de 1,3 millones de toneladas de ferroníquel al año, todas destinadas a la exportación, y reservas para treinta años. La invitación enviada por el banquero Nelson Mezerhane, anfitrión y representante venezolano de la compañía minera, asegura que el acto comenzará al mediodía.

Con elegante traje y corbata, Mezerhane mira a lontananza con la esperanza de divisar el helicóptero que traerá al mandatario. Luego declara su fe en el proyecto a la prensa. Primero lo hace bajo el sol, que ablanda un poco la gomina de su cabello; luego, en un resquicio de sombra, bajo el toldo donde se aprietan los invitados que, valga decirlo, llegaron puntuales y entre quienes se cuentan inversionistas inmobiliarios, banqueros, militares, abogados, geólogos. Al otro lado de la reja, el pueblo raso aguarda con tres banderas nacionales, dos sombrillas y varias pancartas que sirven de tapasol.

Mezerhane desaparece de la escena media hora después. Se refugia en su auto con aire acondicionado, al pie de la pista de aterrizaje. La espera se hace larga. A las 13.10 h, se divisa el helicóptero y, al rato, se abren las rejas para dejar pasar a la multitud, cerca de cien personas que, a las 14.00 h, cuando divisan la figura del presidente, comienzan a corear el *Gloria al bravo pueblo*. El canto es agónico, sin fuerza, propio de gente agotada y sedienta. Ahora sí muestran las pancartas, que antes servían de sombrilla: «Queremos una escuela con sede propia, laboratorios de física y química, trabajo». Solo una mujer no agita su cartón, porque prefiere proteger con él al bebé que lleva en brazos. Chávez demora saludando, escuchando la súplica, estrechando manos. Atravesar los ciento cincuenta metros que lo separan de la cinta inaugural le lleva diecisiete minutos. Una mujer de Protocolo comenta que ya se perdió *Betty, la fea*.

El presidente siembra un samán cerca de la caseta de vigilancia, pero esta especie de árbol no arraiga en este tipo de tierra por ser arcilloso y muy ácido, según comenta un geólogo de la Universidad

Central que ha sido invitado a la inauguración. «Si hubiera sembrado un araguaney sí hubiera prendido», dice por lo bajo. Más tarde, durante su discurso, que comienza a las 15.00 h, Chávez, ajeno a las razones geológicas que matarán el arbolito, dirá que «ojalá vengamos dentro de treinta años y nos sentemos a refrescarnos bajo el samán que acabamos de sembrar». En el ambiente queda la duda de si cree que dentro de tres décadas seguirá siendo presidente. Cuarenta y cinco minutos después, cuando termina el discurso, Mezerhane bate las palmas y, junto a las demás autoridades, abandona el lugar por la parte de atrás, donde están los coches blindados que les llevarán de vuelta a la pista de aterrizaje. Y aguarda de pie a que el presidente estreche manos.

PATRIOTA EN EL ALTAR

Hasta que comenzó este milenio, la actualidad política se mantuvo apartada de los altares, aunque una especie de arte popular ya mezclaba a los próceres de la independencia con los ídolos indígenas en un ejercicio de hipermoralidad y heroicidad. La primera obra de este tipo se construyó puertas adentro del sector militar. El Altar de la Patria y de los Dioses de América se levantaba tras una enorme puerta de hierro y vidrio, en el Salón de la Patria del Palacio Blanco, al lado de Miraflores. El autor era Chepín López, que trabajaba en la Casa Militar. Vivía en una dependencia del propio recinto, que le servía también de estudio artístico, repleto de fotos pegadas en la pared y con una gran mesa. Dentro olía a incienso y se escuchaba música de meditación. El artista aseguró formar parte de una comitiva oficial que viajó a Cuba durante el primer año del nuevo gobierno, y que le obsequió a Fidel Castro dos de sus retratos de Bolívar.

En medio del Altar de la Patria había una gran vela. Una llama votiva que vibraba sobre la esperma dejada por velas anteriores, de colores amarillo, azul y rojo. Una réplica de la espada de Simón Bolívar se exhibía dentro de una urna de vidrio. «Se rinde culto permanente a los espíritus de los héroes, que ahora están en otra dimensión», me dijo López cuando me mostró su obra, distribuida en dos grandes círculos. El primer redondel estaba conformado por seis columnas, una por cada país libertado por Bolívar, donde se exhibían pequeños objetos propios de cada nación. En las vitrinas respectivas se encontraban monedas y billetes, llaveritos, tallas, ceniceros, piedras, imitaciones de monolitos precolombinos, portavasos… De Bolivia, una copa con el escudo de Venezuela y rellena de sustrato boliviano; de Perú, un ladrillo de tierra traído de las «ruinas preincaicas de Chan Chan (Trujillo), donado en 1988 por la Gran Fraternidad Universal». La instalación era multimedia: sonaba una banda marcial y cada mostrador se iluminaba cuando un locutor alzaba la voz sobre la música y recitaba una poesía. El segundo círculo se componía de una secuencia pictórica de grandes dimensiones que hacía un recuento de la historia patria. López caminaba entre los exhibidores. Parecía orgulloso: «El recorrido comienza con las leyendas más antiguas del mundo aborigen. María Lionza y el Pájaro de Fuego. Le siguen la

lucha de los indios, el 19 de abril, Francisco de Miranda, Simón Bolívar en capilla ardiente para romper el mito de que murió solo, el delirio en el Chimborazo cuando se encontró con un espíritu superior, las batallas independentistas y la Venezuela de hoy: la del petróleo, la minería y las empresas básicas». La soledad y el silencio sacro eran resguardados a puerta cerrada por la milicia.

De muy similar signo se erigía otro altar, a poca distancia de allí, al aire libre, en una de las avenidas más transitadas de Caracas. El primer *work in progress* de esta nueva era patriótica artística era mérito de Yasmín Rosas Rondón Manuit, que levantó su obra en un área verde de la avenida Baralt, de paso obligado para quien fuera o viniera de la Cota Mil. En plena esquina de La Pastora, la instalación abarcaba algo más de veinte metros de longitud. Figuras de indígenas en tamaño natural, un enorme mural de Venezuela, un par de pintas con consignas del Movimiento V República, el primer partido fundado por Chávez, que después fue absorbido por el partido único. El título era *La Fuerza Moral Independiente* y, según su autora, constituía el primer eslabón de una «caminería turística» para recorrer la historia patria, un concepto parecido al del Palacio Blanco: desde la época precolombina y los años de la colonia hasta la emancipación y la gesta libertadora. «Llegará hacia la plaza del Panteón Nacional y hasta la avenida Fuerzas Armadas», dijo Rondón Manuit, vestida con camiseta, pantalón y gorra blancas, cuando comenzaba su obra, firmada con un sencillo «Yasmín». Madre de una niña que estudiaba primaria, vivía en un dormitorio cedido por la gobernación.

Aquella mañana, Rondón Manuit dijo pertenecer a un movimiento cívico-militar, ser reservista de las Fuerzas Armadas, tener un hermano general que le ayudaba con los materiales y ser viuda de alguien que murió durante el intento de golpe del 4 de febrero de 1992. Aseguró haber pedido financiación a instancias estatales de la cultura, como el Consejo Nacional de la Cultura y Fundarte, que no le concedieron, y que podía comunicarse en clave con el «comandante», quien se saltaría el protocolo para ayudarla. Su conglomerado de esculturas callejeras comenzaba con el nombre del país escrito en letras de un metro de alto, con tipografía dorada que imitaba el tronco de un árbol. Seguía con las «dos raíces»: Simón Bolívar «y los indios» y una miniatura del cerro Ávila, «por donde subió el Libertador y bajó muerto, cuando lo repatriaron», dijo mientras mostraba su obra. De aquello nada queda. Barrida por completo, esta obra fue precursora de una corriente de veneración en el arte popular que ha traspasado también a la pintura.

En un lienzo, Hugo Chávez, ya calvo por la quimioterapia e hinchado por los esteroides, está sentado en un trono, semidesnudo y

cubierto por una túnica verde al estilo romano. Sus manos reposan, una, sobre una espada de prócer libertador y, otra, sobre la cabeza de una mujer acongojada, desnuda y sumisa, sentada en el suelo, abrazada a las rodillas. Enfrente está otra mujer de pechos pequeños, envuelta en la bandera nacional, que señala algo en el margen opuesto del cuadro, donde un buitre real, carroñera ave de grandes garras, se abalanza sobre un perro que ladra. Un niño de blanco vestido corre hacia él. Chávez mira al horizonte mientras sobre él caen los rayos de un Dios de blanca y espesa pelambrera y barba, bajo el que vuela un ángel también calvo y barbudo de alas grises y sin ropa. Los rayos de Dios también rozan a un musculoso indígena de coronas de plumas y rojo y largo guayuco. El bien torneado aborigen cae, o quizás vuela. En el centro, colores fuertes de tonos naranjas y verdes, azul en la parte superior y algo de la oscuridad de las nubes presagia una tormenta que se cierne en los bordes.

Sobre una carretilla de carga, el enorme cuadro era empujado por un viejo de gorra roja y barba de candado encanecida. El artista avanzaba entre los vendedores ambulantes que cercaban Los Próceres durante las exequias del expresidente. Por las dimensiones de la pintura, le era difícil abrirse paso. Pero la gente se apartaba de su camino con respeto. Los vendedores colaboraban al retirar por un instante sus mantas, cajas, carritos o lo que les sirviera de tienda. Traspasó la frontera entre la avenida y el paseo custodiado por los militares. Aunque a partir de allí nadie sin prerrogativas podía traspasar la alcabala a menos que estuviera en la fila (y en ese momento para llegar hasta allí hacía falta entre cuatro y cinco horas de espera), él habló con los guardias, que levantaron las rejas portátiles para que pasara junto a un joven que le acompañaba unos pasos atrás. El artista avanzaba decidido a dejar su versión de Chávez inmortalizado en el cielo rodeado de sus símbolos. Llegó hasta el último límite vigilado por otro contingente de policía militar. Aguardaba a que terminara el acto oficial para intentar colarse hasta la capilla ardiente con su tributo. La pintura nunca fue exhibida junto al cuerpo del expresidente.

* • *

La televisión como el gran altar del rito político. Los venezolanos adultos de hoy pasaron los fines de semana de su niñez viendo en la tele un maratón de variedades, *Sábado sensacional*, conducido por Amador Bendayán. A finales de los años setenta, Bendayán batió los récords con un programa que duró cuarenta y ocho horas. Él no durmió. Al menos no más de unos pocos minutos seguidos y fuera de cámara. Cantantes, bailarines, cómicos, artistas circenses se sucedían

en el escenario. Y entre unos y otros se repetía un eslogan musical que quedó grabado en la memoria colectiva: «¡Ánimo, Amador!» Al poco, otro conductor, Orlando Urdaneta, quiso superarle en el canal de la competencia. Su programa duró cien horas interrumpidas solo por los anuncios comerciales. Dos antecedentes a *Aló, presidente*.

En dos años se habían grabado 375 programas de *Aló, presidente*, desde mayo de 1999. Sin horario, empezaba cuando Hugo Chávez se sentaba frente al micrófono. Terminaba nunca se sabía cuándo. No hay cifras oficiales de cuántas horas se han transmitido: Hugo Chávez nunca ha sacado la cuenta. El programa se transmite por el amplio circuito de emisoras y televisoras del Estado. No parece suficiente. De vez en cuando sorprende con una «cadena»: el gobierno obliga a todos los canales radioeléctricos del país, públicos y privados, a retransmitir la emisión de forma conjunta. Se calcula que ha habido más de 2.200 cadenas. 183 al año. Una cada dos días. Una cadena es el espacio para el autoritarismo, para mostrar quién es el hombre fuerte del país. Aunque en *Aló, presidente* el poderoso luzca paternal y amigable. Igual podía cantar un joropo que pedirle a un general que le trajera un café, mientras anunciaba la remoción del presidente de Petróleos de Venezuela o la llegada de alimentos importados a los mercados regentados por militares. Este ambiente distendido era propicio para la adulancia. Enternece observar cómo le miraban sus subordinados, cómo reían con sus gracias. El *show* de variedades no solo divertía. En un país donde los clasificados de los periódicos están repletos de agradecimientos a los santos por los favores concedidos, llamar por teléfono para solicitar un milagro era un verdadero hito tecnológico. Y Chávez los concedía. O eso decía.

Desde la pantalla, los símbolos se mueven en el subconsciente como la punta de un diamante sobre el vidrio. Desde hace diez años, se repite la disposición de estos símbolos. A un lado, la bandera. Al otro, Bolívar. Enmarcan al predestinado, colocado al centro, con plano medio. El mandatario, vestido con chaqueta que remeda el corte militar o camiseta roja. Su rostro por encima tanto de la bandera como de la coronilla del prócer. La lectura no es complicada. Hugo Chávez estaba por encima de todo. Los mensajes verbales, que alternaban el superyo con el nosotros mayestático, reforzaban la retórica visual: Chávez, salvador e iluminado, sucesor de Bolívar, pronosticaba lo que sentenciaría un tribunal o aprobaría el Congreso. El pueblo hablaba a través de él. El dueño de Venezuela utilizaba sus apariciones televisadas para enviar mensajes vedados a militares, banqueros, inversores extranjeros. Los que hacen negocio saben leer entre líneas.

La gestualidad conminaba a aplaudir a este héroe polifacético. Una vez Chávez salió del *set* y acudió a ver cómo finalizaba la excavación

de un túnel. Los constructores de la autopista le aguardaban para que viera cómo caía el último trozo y se hiciera la luz bajo la montaña. Le dijeron que quedaban cinco o diez centímetros de pared, que la máquina la derruiría en minutos. Chávez se rebeló a su rol de testigo y quiso protagonizar el momento. Subió a la excavadora. Venezuela veía los acontecimientos en cadena nacional. Adelante, atrás, pum, pam, sube y baja, avance y retroceso. La pared no se derrumbaba. La televisión enfocaba el rostro cada vez más sudoroso de Chávez en la penumbra pero la radio solo podía transmitir el rumor del motor y el sonido de los golpes en la piedra. Media hora y el muro seguía allí. Nadie se atrevía a pedirle a Chávez que permitiera que un profesional acabara la misión. Algunas horas más tarde, entró un rayito de sol.

* • *

Domingo, ocho de la mañana. En la capilla ardiente de la Academia Militar la ministra del Poder Popular para la Juventud, Maripili Hernández, toca la guitarra frente al cuerpo del expresidente y canta Hosanna en el cielo. Después de los últimos y fuertes acordes, habla el capellán que levanta el cáliz: «Tomen y beban todos de él». La ministra se pone de pie y mira hacia el cura, compungida. Detrás del prelado, una línea de oficiales del Ejército con el uniforme verde oliva de gala. El sacerdote dice: «Como venezolanos, como patriotas, entonemos el himno nacional haciendo honor a Dios, para que reciba en el cielo a nuestro comandante Hugo Chávez». Entona el himno nacional, y los asistentes elevan la voz. Es la «oración al líder de la revolución bolivariana» y se transmite a todo el país por el canal estatal. El peregrinar del pueblo prosigue con un flujo de cuarenta personas por minuto. Los edecanes están alertas para que no haya retraso alguno. Una mujer frente al féretro rompe a llorar y se recuesta del ataúd. Un cadete de gris uniforme se acerca, la abraza y la retira. La operación demora dos segundos.

Con el copón de consagración levantado, el capellán hace una mezcla de DJ y sin silencio alguno combina el himno con otra canción: «Patria querida, tuyo es mi cielo, tuyo es mi sol, tuyo es mi amor». Y termina: «¡Viva la patria!» Avanzan las dos filas de personas, una por cada lado. Una madre y su hija de diez años se detienen frente al muerto. La niña acerca mucho su rostro al vidrio. Llega el turno a un joven que hace un saludo militar. Una mujer con la mano sobre el hombro de otro niño lanza un beso volado. El niño alza el puño cerrado, lo agita.

El sacerdote prosigue: «Recuerda a tu hijo Hugo Rafael Chávez Frías, que has llamado en tu presencia, para que comparta como Jesucristo la gloria de la resurrección […] Y transforma el cuerpo

frágil en cuerpo glorioso como el suyo». Luego, reza el padrenuestro. Cuando llega el momento de darse la paz, la ministra Maripili retoma la guitarra y alza la voz: «Señor, haz de mí un instrumento de tu paz». El mismo cadete que se llevó con discreción a la mujer que intentó arrojarse sobre el ataúd, ayuda ahora a levantar a un niño de tres o cuatro años para que vea el rostro del cadáver, mientras se escucha la voz del cura que sentencia: «Quien cree en ti, Señor, no morirá para siempre».

Un curtido general con canas llora y sus lágrimas profusas se deslizan sobre sus mejillas. El sacerdote pide la guitarra a la ministra y dedica otra canción a Chávez desde el improvisado púlpito: «Tomé de tu vino y te di de mi pan, volaste conmigo de lugar en lugar, soñamos despiertos, mi buen amigo». Luego, un avemaría. El cura hace silencio y camina hacia donde se exhibe al difunto. Los soldados interrumpen la procesión. El sacerdote arroja agua bendita sobre el ataúd. Prosigue: «Con nuestro hermano Hugo Chávez… Nos encontremos con él, gozando de su presencia… A tu llegada te reciban los mártires y te introduzcan a la ciudad sagrada de Jerusalén… El compromiso de que ese mensaje se haga realidad, el deseo de una patria nueva, una patria en que se respete y ayude a los más necesitados. El rostro de Cristo resucitado presente en ellos. Mucha fortaleza y respeto para todos. El Señor esté con ustedes… En Cristo resucitado, podemos continuar en paz. ¡Chávez vive, la lucha sigue! ¡Viva Chávez!»

Los militares se cuelan en la fila en pequeños grupos, en parejas o de forma individual. La mayoría, al igual que los civiles, llevan sus gorros, boinas, sombreros. Al llegar hacen un firme saludo. Algunos civiles les imitan pero la mayoría se persigna. Hay gente de todas las edades. Unos se golpean el pecho con el puño cerrado. Un joven de lentes no mira dentro del féretro, solo pasa por allí. Enfrente, otro, delgado y con la popular camiseta roja, sigue mirando sin detener el paso hasta casi tropezar en la salida. Un soldado tiene que actuar otra vez para evitar que una anciana se abrace al féretro. Una pareja joven con un niño de unos siete años llega hasta el cuerpo. Cuando el padre levanta al niño, se escucha la voz del capellán: «Aunque parezca contradictorio, quiero invitarles a ustedes a dar un tributo al presidente Chávez dando un aplauso bien merecido por el trabajo hecho». Los presentes en la sala obedecen. Un general lo hace sin soltar el bastón de mando. Otro atrapa el gorro con la axila. Un minuto, dos. El cura increpa: «¡No se oye ese aplauso! ¡No se oye! ¡Chávez se lo merece!» Y los asistentes se afanan más.

La ovación dura cinco minutos. La ministra, en pie, aplaude también, con su rostro liso y blanco, ojos negros y pequeños, cabello oscuro suelto y liso. Camisa morada y suéter negro. Pocos civiles en la misa. El cura acerca su boca al negro micrófono y entona la canción del cantautor venezolano Alí Primera, la que tantas veces se ha escuchado: «Los que mueren por la vida», y hace silencio. Los presentes, al unísono, hacen la segunda voz: «No pueden llamarse muertos».

El cura: «Y a partir de este momento».

El coro: «Está prohibido llorarlos».

El cura: «Que se callen los redobles en todos los campanarios». Pero esta vez no cede la palabra al coro y continúa en solitario: «Vamos, cumpa, carajo, que pa'manecer no hace falta gallinas sino cantar de gallos».

Avanza la canción y el público lleva el ritmo con las manos, mientras canta también:

«No es tiempo de recular ni de vivir de leyendas.

»Canta, canta, compañero, que tu voz sea disparo».

Terminada la canción, el sacerdote prosigue su discurso: «Nos fue preparando cuando decía: Chávez eres tú, niño. Chávez eres tú, obrero. Chávez eres tú, anciano. Chávez somos todos. Que Dios le bendiga, que nos bendiga a todos… En el nombre del padre… ¡Viva Chávez! ¡Chávez vive!» Una hora después de iniciada, finaliza la arenga política y la liturgia, la misa y la proclama electoral, la oda a Dios y al presidente. Todo en uno. Una muestra del actual sincretismo

venezolano, que añade la figura militar a las místicas de siempre: en el altar convivían la Virgen de los católicos con la diosa indígena María Lionza.

Uno de los fieles de María Lionza vivía en una playa de Río Chico, cerca de Caño Copey. Diego Marcano peregrinaba una vez al año a las cuevas de Sorte, hogar de la diosa, y se sometía a pruebas ante su maestro para obtener, según decía, sabiduría. Marcano tenía relación con el inframundo y buscaba tesoros enterrados. La costa venezolana de Barlovento tiene fama por haber sido el lugar donde, durante las guerras civiles que sucedieron en el país, se escondían baúles con oro o joyas, a la espera de que llegara un barco que recogiera a los dueños para llevarlos a tierras más seguras. Una vez Marcano me mostró un pergamino que encontró en una de sus excavaciones, amarillo, casi traslúcido, escrito en tinta, con marcas de doblez en varios rectángulos irregulares. Me dijo que lo encontró dentro de una botella después de excavar en una antigua casa colonial reconvertida en bodega y pintada de verde, que hacía esquina en el pueblo de Río Chico. Me contó que el dueño, que vivía en la parte de atrás, le había llamado porque un espíritu habitaba la casa y no le dejaba dormir. Marcano rezó varias noches, acompañado de incienso, hasta que el fantasma de una mujer le señaló una esquina del suelo de terracota. Excavó y, dos metros más abajo, encontró la botella. Leí el pergamino y decía que quien lo escribía era la esposa de un capitán de las fuerzas leales al rey de España, que había recibido 50.000 morocotas (moneda de oro de la época de la independencia americana), 16.000 medias morocotas y una cantidad no determinada de diamantes y esmeraldas, para mantener a los ejércitos leales. Decía que para transportar tal fortuna necesitó doce mulas y diez esclavos y la enterró en su propia casa. Después envenenó a los esclavos y arrojó sus cuerpos por un acantilado. El capitán murió de cólera negra antes de hacer uso del tesoro. Según la carta, falleció con pesar por asesinar a diez inocentes y fallar a la causa de su majestad. Y lo más importante, revelaba dónde estaba enterrado el tesoro: a siete brazadas de la botella, a una profundidad de cuatro varas. Pero antes de poder encontrarlo se exigía hacer diez misas al capitán, pagadas con diez morocotas cada una, o a su valor actual. Y para que descansaran las almas de los diez esclavos se debía hacer consagrar una cantidad similar enfrente del acantilado donde desaparecieron los cuerpos.

Sé que Diego Marcano removió el sustrato sin encontrar el entierro. Nunca supo cuál había sido el acantilado, ni tampoco destinó ni un centavo a las misas. Cuánto tiempo mantuvo la esperanza de dar con el tesoro. El domicilio de Marcano era un rancho abandonado en la arena y junto al mangle, que había rehabilitado. Tenía una

habitación, un baño, una cocina de fogón al aire libre y varias mesas. Era un improvisado restaurante donde preparaba lebranche a la parrilla. Al fondo, un cuarto sin ventanas, donde tenía el altar y donde leía el tabaco. Se sentaba junto a la persona y encendía el cigarro. Aspiraba con fuerza. Observaba las cenizas, veía figuras:

—Mira, este eres tú.

Además de adivinar el futuro, hacía «despojos», baños curativos para espantar las malas influencias, embrujos, mal de ojo, supercherías. Mezclaba raíces, hojas, líquidos, según lo que le dictaran la lectura del tabaco y las señales de su altar, donde también compartían sitio el doctor José Gregorio Hernández y el cacique Guaicaipuro, otro patriota.

* • *

Año 2015, Madrid. El majestuoso Salón de Columnas del Círculo de Bellas Artes se ha convertido en un espacio de propaganda casi escolar: carteleras con minúscula información, imágenes de baja calidad, iluminación deficiente. Más que una exposición, durante cuatro días hay un despliegue de campaña política y fuerza financiera. Quienes estudiaron el bachillerato en Venezuela, como yo, allá en los ochenta, encontramos reminiscencias de aquella Semana Bolivariana, que cada año celebraba el natalicio o la muerte o la firma o la subida y bajada del Chimborazo, o un delirio o una batalla, de Simón Bolívar. Los alumnos estábamos obligados a hacer una cartelera temática sobre alguna de las gestas patrióticas del prócer. Recuerdo que en bachillerato la dirección tuvo que intervenir con severidad cuando un alumno, de apellido con abolengo, aseguró que Bolívar había muerto de sífilis. No terminó en expulsión, pero prohibieron hablar sobre el tema. Algo parecido a ese germen mitológico escolar crece en el jardín de la propaganda chavista y cambia la cartulina y los rotuladores por carteles de imprenta para sostener su versión oficial.

Un no-lugar para una no-exposición que exige el documento de identidad para entrar: pasa por un lector digital y se imprime una acreditación al momento, que dice «visitante» de la «Expo Venezuela de Verdad».

—Primera vez que me piden el DNI para entrar a una exposición —digo a la señora de acento argentino que atiende.

—Es para que no entre todo el mundo.

—¿Y eso?

—Imagínate qué sería esto si pudiera entrar cualquiera.

Quizás ese «mundo» que no es bienvenido sean esos venezolanos emigrados que se han manifestado en la calle con pancartas hechas a

mano. Otro país que no cabe en el discurso gubernamental.

La amable señora me advierte:

—Debes subir por aquel ascensor (el montacargas), marcar el tercero y bajar una planta, o subir dos por las escaleras.

En efecto, el ascensor no abre sus puertas en la segunda planta del Círculo de Bellas Artes, como es usual. El público debe entrar solo por la puerta que separa el salón de las escaleras, bien franqueada por personal de seguridad que mira la acreditación. Allí, un cartel de discoteca: Se reserva el derecho de admisión. Esta «exposición», a primera vista, guarda dos sorpresas. La primera, que el personal no viste de rojo. El diseño, sí. Pero la gente, a pesar de que ese color uniforma y divide a los venezolanos como si fuera un rasgo racial, aquí no se exhibe. La segunda, que en toda la exposición, solo hay tres cosas que necesitan enchufarse: una gigantesca pantalla gigante que está encima del balcón del salón, uno de los aparatos de votación automática de marca Smartmatic y algunas pantallas donde se alternaban dos fotos en cada una. Lo demás, aparte de los focos y bombillas, era cartelería y, más adelante, vitrina con los productos que exporta Venezuela: menos de una docena.

La estética, como se adivina en este punto, era pobre, chimba, como se dice en Caracas. Aquí, solo cutre. Y de lectura superficial rápida: pocas letras bastan para decir la «verdad» del gobierno de Nicolás Maduro, frente al vilipendio que permean los corresponsales y, sobre todo, las redes sociales: asesinatos de estudiantes en manifestaciones pacíficas, apresamiento de políticos, homicidios, desabastecimiento de todo tipo de productos, imposición de colocar la huella digital en las cajas de los supermercados para obtener autorización para comprar… Poca cosa frente a la gran proeza que se defiende en la docena de paneles.

Tres personas muestran una de las máquinas de votación informatizada con la que se pretende simbolizar la ecuación Democracia = Procesos Plebiscitarios. Alrededor de la máquina no aparece, ni los operarios usan, la palabra «captahuella», ya dentro del vocabulario cotidiano del venezolano. No dicen que ese sistema de registrar la huella digital como medio infalible de identificación se ha utilizado para someter y apaciguar al opositor, pues ha permitido meterles en listas como la Tascón y la Maisanta, con las que el gobierno ahonda la brecha entre los *unos* (vestidos de rojo) y los *otros*. Aquí, la demostración invita a votar por quién ganará el Mundial, quién será el mejor entrenador y quién el mejor jugador.

En apariencia expedito, invulnerable, confiable, el sistema de votación automatizado ha sido cuestionado en varias ocasiones por no dejar que los observadores internacionales accedan al *software*, también Henrique Capriles denunció fraude ante los resultados que

conferían la victoria a Maduro por poco más de uno por ciento. En esa ocasión se pidió auditoría total de los votos. El Poder Electoral denegó que se revisaran los cuadernos de votación con las firmas manuscritas y huellas dactilares de los votantes. Solo se podía ver el comprobante de votación, que se guarda en urnas a la antigua usanza. De todos modos, en esta «exposición» los ponentes aseguran que el sistema es tan fiable que hasta la Mesa de Unidad Democrática quiere hacer sus primarias con una de estas máquinas.

—En esos casos, ¿les dan los equipos?

—Se prestan con nuestros técnicos.

—¿Gratis?

—No, ellos pagan.

—Cuánto.

—No sé.

Hace tiempo que pienso en la singularidad venezolana. Cómo ha podido el país, que ha gozado de una bonanza inusitada por el alto precio del barril de petróleo durante quince años, y sin oposición real ni efectiva, llegar a niveles de debacle social, económica y moral. Por qué la caída en picado no ha sucedido en Brasil, Ecuador, Bolivia. Como epifanía surge el verbo. El efecto de la retórica. Del discurso incendiado de simplismo y dicotomía. Primer paso, la creación del enemigo invisible, bajo abstracciones: los oligarcas, los neoliberales, el imperio, los burgueses. Señalar el aire. Ahí están, quieren devorarte. Los fantasmas, como las conspiraciones y los intentos de magnicidios, nunca se materializan ni siquiera en un puñado de pruebas, pero poco importa. Están allí, siempre entorpeciendo, siempre confabulando.

El verbo cala. El nosotros contra ellos, aunado a las prebendas que causaron un efecto doble en quienes las recibían: cómplices y mendigos. Debido a la destrucción del aparato productivo —que hubiera permitido buscar trabajo y ganarse la vida— por medio de políticas para neutralizar capital e iniciativa privados, solo quedaba, para aquella parte de la población que creía en el discurso que emitía Chávez, vestirse de rojo. Ser venezolano es «recibir» lo que el dador supremo quiere darle. El dador supremo es muy generoso, desde luego. Hasta 1998, el dador supremo en Venezuela fue el Estado. Cuando llegó Chávez, lo desmanteló para crear agentes paraestatales que sirvieran al culto a la personalidad. A partir de 1999 ya no daba papá Estado. El que daba era Chávez. Aún hoy lo hace a través de Maduro.

Si algo muestra entre líneas esta «exposición» es ese simplismo retórico efectivo. Así que, a partir de ahora, vamos a concentrarnos en el lenguaje empleado y su mensaje. El gran cartel que recibía a los visitantes se titulaba «Poderes públicos venezolanos: ejercicio

auténtico de soberanía» y exponía en algo más de setenta líneas cómo los cinco poderes públicos (Ejecutivo, Legislativo, Judicial, Ciudadano y Electoral) son «expresión soberana de la República que el Pueblo (así, en mayúscula) decidió construir hace dieciséis años». Detengámonos un momento para entender qué significa «pueblo» en este contexto: coartada y entelequia. Eufemismo del caudillo. Pueblo = Caudillo. Otra ecuación clave.

Volvamos al primer cartel. Los poderes públicos «autónomos» son «escogidos por una mayoría de la Asamblea Nacional y no por instancias del gobierno». Desde luego, no mencionan la reforma que hizo el Poder Legislativo de mayoría chavista en 2009, ante la perspectiva de perder las elecciones de 2010. Antes, se asignaba el número de escaños de acuerdo al porcentaje de votos recibidos, fuera nominal o en listas. Un hombre, un voto. La Ley Orgánica de Procesos Electorales dividió el país en circunscripciones, algo más de cien, cuyas fronteras no fueron trazadas con tacitas de té sobre el mapa, sino con los datos de beneficiados de las misiones del gobierno (ese sistema paraestatal de propaganda personal del caudillo). A aquellas con mayoría oficialista se les dio, así porque sí, más escaños a elegir, amparados en un enrevesado sistema de distribución de votos. Los estados de mayor población, y con mayoría opositora, tenían un techo de diputados: tres. Y en estas bolsas encerraron a los electores que no les favorecían en las encuestas. Por ejemplo, en un estado de población media, Carabobo, el principio de proporcionalidad hubiera dividido el parlamento en cinco para un bando y cinco para el otro. Con el estado dividido según la nueva ley, el chavismo tuvo ocho diputados con medio millón de votos y la oposición dos, con algo más de 450.000. Tampoco se narran los comienzos de esa autonomía de los poderes: después de la palabra, fue el dedo. Y se asignó, entre los incondicionales, a todos los representantes de los poderes, durante la «transición», un período oscuro que transcurrió como colofón al «proceso constituyente» en que no había más ley que los designios de una docena de fieles a Chávez, y señalados por él, reunidos en el «Congresillo».

En este cartel se dice que los «venezolanos y venezolanas […] rechazamos los ataques a la democracia con 24 elecciones en 16 años». Y sigue exponiendo datos: «solo en 2014 se realizaron 263 consultas al pueblo». Una por cada día laborable. A veces dos. Un pueblo que va a votar, o a aclamar, de lunes a viernes. He escuchado que uno de los puntos positivos del populismo es, precisamente, popularizar (suelen llamarlo «democratizar») la política, con este tipo de consultas, a veces plebiscitario, a veces asambleario. ¿Pero quiere una persona productiva, interesada en sus asuntos, acudir a un centro de votación cada día? ¿Puede decidir sobre un tema quien no tiene ni

remota idea? ¿Quiénes son los que sí pueden pasar sus horas en esas asambleas: parados, desocupados, mantenidos o quienes tienen un sueldo sin acudir a un puesto de trabajo? ¿Es una alternativa convertir el centro de votación en parque de juegos para los hijos y así matar dos pájaros de un tiro? Sin embargo, de las centenas de «votaciones» no hay mayor información: ni el grado de participación, ni qué se decidió. ¿Se usaron las Smartmatic en ellas? ¿O la «democracia participativa», como la denominó Chávez en un juego de palabras que curiosamente no encontré en el Círculo de Bellas Artes, es algo más que un puñado de personas que gritan y agitan banderas?

La retórica es mística, patriótica, heroica, religiosa: «El pueblo de Venezuela, en ejercicio de sus poderes creadores e invocando la protección de Dios, el ejemplo histórico de nuestro Libertador Simón Bolívar y el heroísmo y sacrificio de nuestros antepasados aborígenes y de los precursores y forjadores de una patria libre y soberana, con el fin supremo de refundar la República…». Desde luego, el texto se acompaña de una foto de Hugo Chávez bajo el retrato de Bolívar, «el americano más prominente del siglo xix», el influjo áureo de la nostalgia bélica, la gran batalla que todavía no ha superado la psiquis del victimismo latinoamericano. La excusa perfecta para justificar la irrupción de un cacique benévolo e iracundo a partes iguales.

Al recorrer los paneles se encuentra otro titular: «Procesos electorales 1999-2015, 19 elecciones en 16 años». ¿Y no eran 24? ¿O dijeron antes 263? No es un baile de cifras, es un perreo que continúa para retratar a la industria petrolera: aportes a la nación en bolívares (111.072 mil millones, pero con cambio a dólares oscilante y variable, sujeto a una devaluación inmensa: 900% entre 1999 y 2012 según el cambio oficial, y de 3.400% en el mercado paralelo), y luego en dólares «al desarrollo social» (23.341 mil millones). Hay que suponer que son cifras anuales. Hay que suponer también que son cifras de 2014. Ante la falta de información, confiar en los datos oficiales que no citan fuentes. Qué más da, porque lo que sí dicen es que la empresa estatal de petróleos «es una columna central de la estabilidad económica, del futuro del país, en esta lucha por la independencia que estamos dando». Así que qué importan los hechos, los resultados, las cifras.

Lucha, independencia, Bolívar, Chávez, batalla, misión… Siempre la metáfora de la guerra, la paranoia perpetua, los trazos imaginarios de las fronteras, el acoso del enemigo acechante.

En este perreo de cifras hay también cierta manipulación naif en los gráficos. Por ejemplo, en «Esperanza de vida», que subió de 72% a 75% entre 1998 y 2014 (y aquí una errata: la esperanza de vida se estima en años y no en porcentaje: sube, quizás, si es cierta la información de 72 a 75 años, aunque no explican si se incluyen en el

promedio los jóvenes que mueren por homicidios o accidentes de tráfico), la barra de 75%, pintada de rojo, es cuatro veces más alta que la de 72% (como si ese 72% fuera un 20%). En ese sentido, está mejor hecho el gráfico de «Inversión pública en salud (en miles de bolívares)», aunque sospecho, benévolamente, que el «miles» es miles de millones, aunque ningún responsable se percate de la errata, tan humana. 0,2 en 1995; 7,9 en 2005; 20,4 en 2009; 88,8 en 2013. Lo que no se dice es que el aumento es muy relativo debido a la devaluación y a la inflación, que hasta 2012 tuvo un promedio de 20% anual pero que en 2013 era de 56,2% y alcanzó 68,5% en 2014 y superó 200% en 2015. Con un cálculo al vuelo, me parece que 88,8 mil millones de bolívares de 2013 es mucho menos que 0,2 mil millones de bolívares de 1995, una vez que se deduce inflación y devaluación anual. Si me equivoco, disculpar. Es culpa de la lambada. La lambada estuvo de moda cuando yo salía del colegio y, quizás por eso, todo lo que encuentro en la «exposición» me parece tan escolar.

Por otra parte, en el mismo cartel hablan de tres millones de «operaciones quirúrgicas» del «programa de salud visual» en Cuba, y seguramente en el apartado de inversión se incluye la Misión Barrio Adentro o sus continuaciones, donde se «importan» médicos cubanos para que atiendan a quien acuda, al margen del sistema sanitario público, en casas decoradas con fotos de Chávez y Fidel y otros próceres de la revolución cubana. Estuve allí hace un par de años y, sin apenas mirarme, me dieron un sucedáneo de ibuprofeno. Hay espacio para las promesas también, para la campaña permanente. Como si el gobierno que asalta Madrid con su propaganda no tuviera tres lustros con un poder casi total: veinte mil médicos se forman en «universidades de reciente creación». Me pregunto qué ha pasado con las otras universidades públicas, que también imparten Medicina, como la Central de Venezuela y todas las demás regionales, en donde los estudiantes estaban obligados a trabajar dos años en zonas rurales antes de graduarse. Me consta que ahí estaban: los encontré incluso en las remotas selvas irrigadas por el Orinoco. Pero a ellos, puesto que las universidades se han mantenido al margen del chavismo, no se les menciona. Se opta por «crear» un conglomerado paralelo de «universidades».

Dice otro cartel: «4,7 millones de personas han dejado de pasar hambre en los últimos 16 años». Y esto, aunque sin saber cómo llegaron a este número, me lo creo. Por aquellas calles venezolanas he caminado y preguntado al chavista de a pie, el que apoya al gobierno (al menos hasta el inaudito desabastecimiento de alimentos generalizado en el país). «Ahora comemos chuleta, antes qué comíamos», me dijo una mujer un día y se me quedó grabado como la gran frase que permitió que la retórica mesiánica, revanchista y

autárquica calara hasta los huesos, se incrustara en el pensamiento popular, creciera como bola de nieve que se convierte en alud y no deja más alternativas que agachar la cabeza. Más datos: «la desnutrición en menores de cinco años ha disminuido de 5,3% a 3,4%» y «la subnutrición ha caído de 21% a 2%». No citan fuentes, pero es posible. Solo que ahora, la ineptitud, la dilapidación, la falta de visión y la corrupción pasan factura: según un organismo que antes reconoció la lucha contra la pobreza del gobierno venezolano, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), y que siempre parecía un aval internacional, Venezuela fue el único país de la región donde la brecha y la severidad de la pobreza se incrementaron, con una tasa de pobreza en aumento: pasó de 25,4% al 32,1% entre 2012 y 2013,
siempre a partir de datos oficiales. Un estudio recién publicado, realizado por tres universidades venezolanas, Católica, Central y Simón Bolívar, indica que la pobreza ha superado los niveles previos a 1998, cuando era de 45%: en 2014 ya era de 48,4% de la población.

En la «inclusión social» se dan varias cifras triunfalistas: desde 2007 las del paro están por debajo de 7%, pero al lado sostienen que el «sector informal» (es decir, aquellos que sobreviven sin declarar ingresos, generalmente con la reventa ambulante) es de 39,7% en 2014. Dice: «por mandato constitucional, el salario mínimo debe incrementarse a medida que aumenta la inflación» pero el sector informal, cabría comentar, no se beneficia de ese ajuste automático. De hecho, siempre según la Cepal, «solamente en la República Bolivariana de Venezuela se produjo una caída significativa del salario medio real (de −4,4%), como resultado principalmente de la aceleración del proceso inflacionario».

Una y otra vez lo que no se dice, pero que podrían completar las frases con paréntesis: «842 emisoras de radio, 119 cadenas de televisión en abierto» (todas en línea con las instrucciones del gobierno, o se les clausura, como a Radio Caracas Televisión, que fue el primer canal privado del país); «Más de 500.000 hogares cuentan con Televisión Digital Abierta» (para no ver las cadenas nacionales que asaltan el espectro de televisión y radio, en los que el mandatario puede hablar durante varias horas); «43 parques nacionales» (el primero de 1937, el penúltimo de 1993. Los chavistas solo han creado uno en dieciséis años); «una red de museos, 14 a nivel nacional» (los más importantes ya existían antes de 1998 y también eran gratuitos); «está prevista la dación en pago» (sí, desde que tengo memoria). Paremos un momento en otra cifra: 700.000 viviendas de protección oficial en tres años. Como en otras ocasiones, no hay manera de comprobar la veracidad de la información. Cuando afirmaban que eran 350.000 a principios de 2013, una organización no

gubernamental de larga trayectoria en la defensa de los derechos humanos calculó que no llegaban a 100.000. Para entonces, incluso con los datos oficiales, el gobierno de Chávez seguía siendo el que menos casas por año había entregado a la gente de bajos recursos. Pero aquí los logros no se contrastan. Ante la perplejidad, la credulidad. Cosas del discurso.

Y llegamos por fin a aquello que no había en la Semana Bolivariana del colegio. Una barra con ron venezolano gratuito. A los santos y mártires de los altares también se les ofrenda un vasito de ron, colocado junto a las velas.

HELADERO

Vindel Candio, maestro de veintinueve años en su natal Haití, reunió quinientos dólares e ingresó a Venezuela con una visa de turista, expedida en la embajada de Haití, en enero de 1998. Familiares le arroparon a su llegada y le consiguieron el trabajo que desempeñan casi todos los hombres de su comunidad: vendedor de helados. El heladero empuja su carrito a pie por las cuestas de barrios y urbanizaciones, al tiempo que hace sonar las campanas que lleva en los manubrios. Casi un año después, Candio acudió a la oficina de extranjería a solicitar el paso de la visa de turista a transeúnte o residente. Lo usual era que el empleado de turno fijara otra cita para obtener respuesta, que solía ser otra fecha. Este limbo puede durar mucho tiempo: una de las primas de Candio estuvo renovando la boleta durante diecisieteaños. Candio, evangélico y trilingüe, era uno de aquellos que debía renovar su boleta el viernes 15 de enero de 1999, y llegó con puntualidad. Pero esa mañana, en vez de sellarle un papel y darle otra fecha, las autoridades lo retuvieron. Sería deportado por una orden del alcalde de Caracas, Antonio Ledezma. Una deportación masiva, sin estudios de casos. En la noche, trasladaron a Candio y a otros noventa y un hombres a la jefatura de policía de El Valle, donde los encerraron en la misma celda. Su prima le llevó sus objetos personales, pero no le permitieron entregárselos, ni siquiera el pasaporte. Durmió de pie durante dos días y el lunes los llevaron a una base aérea militar en Maracay, a dos horas de la capital, para que un avión de las Fuerzas Armadas los trasladara a Haití. Candio fue uno de los noventa y siete haitianos deportados ese día.

NAVIDAD EN EL BARRIO

Barrio Cinco de Julio, primeras horas del 25 de diciembre

El Chingüerere hiere a William Valdespino, que ingresa en el hospital Pérez de León con heridas de gravedad. El Chingüerere también está herido. Lo trasladan a la clínica La Urbina. Valdespino, técnico superior en Administración de Empresas, es policía municipal de Baruta, y vive en este barrio del municipio Sucre.

testigo 1: «Llega Chingüerere a buscarlo en su casa. Valdespino duerme, su hermano lo despierta. Discuten y Chingüerere lo golpea. Se enfrentan a tiros».

Municipio Baruta, 2.00 h

El comisario de la Policía de Baruta recibe un aviso de otra policía municipal vecina, la de Sucre. Le informan que el cuerpo de uno de sus agentes está en el hospital. Murió antes de ingresar.

Hospital Pérez de León, 2.10 h

Compañeros de Valdespino llegan al hospital, junto al comisario Sáez. En el hospital hay policías de Baruta y de Sucre.

testigo 2: «Era emotivo».

Los policías de Baruta suben a las patrullas al mismo tiempo. Van treinta en total. Los siguen algunos efectivos de Sucre.

alcaldesa (del municipio Baruta entre 1995 y 2000, Ivonne Attas): «Desde el punto de vista humano, qué hubiera sido mejor. ¿Que los policías se quedaran tranquilos viendo a su compañero muerto, y esperaran una averiguación que se encochinaría o a que se tapara el asunto, o que actuaran de inmediato? Yo, si hubiera estado allí, me habría ido en las patrullas».

Barrio Doce de Julio, 2.30 h

Ante un colector de aguas hundido que bloquea la avenida principal e impide el paso se detienen quince patrullas de la Policía de Baruta, que no tiene jurisdicción en el municipio Sucre.

comisario (de la Policía de Baruta, Alfredo Sáez Conde): «Estaba en

la sede de Polibaruta. Escuché por la radio que los funcionarios pedían auxilio de forma desesperada por la lluvia de disparos y botellas que recibieron al llegar».

Los policías de Sucre se retiran mientras los de Baruta se atrincheran y esperan refuerzos.

Barrio Doce de Octubre, 3.30 h

Seis patrullas de la Policía de Baruta frenan en la parte baja del barrio, frente a una tienda. Se apean los policías y se protegen tras las camionetas policiales que prosiguen el recorrido. Los agentes que van a pie disparan a las ventanas.

—¡El que se asome es hombre muerto!

En la parte alta, un grupo de hombres se mueve a ras de suelo e intenta escabullirse. Los policías les dan alcance y los retienen, mientras un segundo grupo de agentes continúa al final de la empinada calle, donde comienza el sector El Cerrito.

testigo 3: «Yo jugaba Nintendo con mi hijo cuando escuché el alboroto. Doce chamos tirados en el suelo, por separado. Les pegaron con la culata del fusil en la cabeza. Se veía la sangre. Les patearon por la cara, por donde fuera, con las botas. Yo grité:

—¡Pero bueno, dónde están los derechos humanos!

Me contestaron:

—Cállate, pajúo.

Dispararon contra la casa. Nos tiramos al piso. Les grité:

—¿No ves que vas a matar a los muchachos?

Llegaron hasta la puerta y la patearon:

—Abre.

La puerta no cedió, porque hubieran subido a los cuartos. Intentaron entrar en varias casas. No pudieron. A los que estaban en el suelo, comenzaron a pasarles las motos por encima, con un policía al volante y otro de parrillero, que brincaba para afincarse más. Agarraron a un chamo flaco y le pegaron en la boca con el arma.

—Métete en el callejón.

—No, pégame aquí mismo.

—Que te metas al callejón.

¿Para qué quieren que alguien, al que ya le han pegado, se meta al callejón, si no es para matarlo?».

alcalde (del municipio Sucre entre 1995 y 2000, Raoúl Bermúdez): «La histeria de un policía es realmente delicada. Un policía no puede ser un hombre histérico. Eso se lo dejamos a las mujeres».

alcaldesa: «¿Ah, que hubo gente golpeada? Nuestros funcionarios fueron recibidos a botellazos y balazos y, en ese zaperoco que se armó,

a lo mejor la gente se hirió ella misma».

Sector El Cerrito, 3.40 h

testigo 4: «Los policías me sacaron de la casa de mi suegra. Tenían el rostro descubierto e iban uniformados. Me agarraron a mí porque yo estaba cerca de la puerta.

—¡Todos contra la pared!

Me metieron un cachazo en la cabeza. Volteé a verlo y me susurró:

—No me mires la cara.

Dio un paso atrás y me disparó, así no más. A treinta centímetros. La bala entró y salió por la pantorrilla. No fui al único que dispararon. A uno le pusieron la pistola en la sien, cargaron el arma, desviaron el cañón y dispararon. Lo dejaron sordo».

Barrio Veinticuatro de Julio, 3.40 h

jueza de paz (Alida Freites): «Yo escucho disparos en el barrio Cinco de Julio, que se ve desde aquí. Como es muy peligroso, ya una está acostumbrada. Al rato, me mandan a llamar.

—Venga que allá abajo está la Policía de Baruta pegándole a todo el mundo.

—¿De Baruta? Será de Sucre.

—No, que es la de Baruta.

Cuando llego, empiezo a gritar:

—Qué pasa, señor policía. Yo soy la jueza de paz del barrio.

—Me mataron a un funcionario.

—Pero aquí no puede haber sido.

—A mí lo que me importa es el dolor de la madre. Si tiene algún reclamo váyase a la sede o a la morgue.

—Pero aquí hay menores de edad, estamos en Navidad.

—Pues a los que queden vivos, los venimos a buscar el 31 de diciembre.

Yo traté de tomar el número de los policías, pero ninguno tenía la placa en el pecho. Me tuve que conformar con anotar las de las patrullas.

—Señora, tenga la bondad y retírese».

La Manzana Doce, sector Negro Primero del barrio Veinticuatro de Julio, 3.45 h

testigo 5: «Estábamos todos dentro de la casa. Ellos venían desde abajo, desde Petare.

—¡Todos para adentro!

—¡Cierren las puertas!

—¡Cierren todo!

Nosotros cerramos la puerta pero dejamos el equipo de música prendido. Queríamos seguir la fiesta. Afuera se escuchaba:

—¡Han matado a un compañero!

—¡Venimos a matar a mucha gente!

—¡Apaguen las luces!

Uno de ellos disparó a la puerta, varios tiros. La bala entró. Una pegó en el mueble, otra en el techo y otra cerca del arbolito de Navidad. Como no pudieron tumbar la puerta, saltaron al balcón y se metieron por ahí.

—¡Buenas noches! ¡Sorpresa!

Entraron ocho policías, vestidos de blanco y negro, con su gorro pasamontañas. Nos encañonaron a todos. A mí me pusieron contra la pared donde está colgado San Nicolás. Me golpearon porque a todas las mujeres de por aquí les pegaron, e intentaron sacarme a la fuerza de la casa. Yo no quería.

—¿Cómo me voy a ir, vale, si mi bebé está aquí dentro, dormido en el cuarto?

—¿Ah, sí?

Me soltó, cargó la escopeta, entró al cuarto y salió con el bebé, que tiene diez meses, encañonado.

—Que te salgas.

Mi compadre se metió:

—¿Y ustedes por qué entran así?

—Queremos luto. Respeten el dolor de la madre.

Otro policía se acercó al equipo de sonido y le pegó con la culata hasta que lo reventó.

—Yo también soy madre.

—Solo nos importa el dolor de la madre de nuestro policía muerto.

Al compadre lo sacaron a golpes, lo llevaron hasta allá abajo. Le metieron cachazos por todo el cuerpo, le apuntaron y dispararon al pecho. Pero él se movió y le cayó en la pierna.

—Ahora sí te voy a matar.

El compadre corrió y el tiro le dio en la nalga».

Barrio Veinticuatro de Julio, 9.30 h del 30 de diciembre

Una camioneta Cherokee blanca y sin matrícula aminora la velocidad frente a la jueza de paz y presidenta de la Asociación de Vecinos del barrio, Alida Freites, una de las tres personas que cursó la denuncia, junto a Juan José Piñango, el compadre que resultó herido en la pierna y la nalga. Desde el vehículo, le gritan:

—¡Te vamos a dar bollo por picota!

El que grita hace la seña de cortarse el cuello con el dedo.

—¡Y yo lo que te voy a dar es hallaca!»

jueza de paz: «Pensé que se trataba de un fanático del Caracas y que hablaba de béisbol. Yo soy magallanera. Después me di cuenta de que el copiloto era el mismo policía que me ordenó que me retirara la madrugada del 25 de diciembre. Alto, flaco, pálido, con la cara como una máscara».

alcaldesa: «Son fábulas para desprestigiar a la policía. Toda la opinión la desvían unos señores que dicen que estuvieron allí, uno con un ojo morado y el otro con una curita en la nariz. Y ahora, inventando lo de una camioneta sin placas».

HEREDERA

La hija del «bolerista de América», el cantante Felipe Pirela, dice que está embarazada, que tiene tres meses de retraso. Su padre grabó dos docenas de discos como solista entre 1963 y 1972, todos con el sello Velvet. La única hija de Pirela se llama Lennys. Viste una camiseta negra con un overol de tirantes claros. Su cabello es muy corto y lo cubre una gorra. En 1964, Felipe Pirela tenía veinticinco años cuando conoció a Mariela Montiel, de trece. Dos meses después de conocerse, se casaron. Lennys nació antes que acabara 1965. A los veintiún meses, Mariela Montiel pidió el divorcio por abandono del hogar y desde entonces Felipe Pirela solo podía ver a su hija con autorización de un juez. El padre tuvo éxito en su carrera y se mudó a Puerto Rico. En 1972, lo asesinaron. En los periódicos de la época se lee que el homicida se llamaba Luis Partavales, «un adicto y traficante de cocaína». Lennys tenía siete años. Dice ahora que ella creció como una niña normal, que trabajó como secretaria ejecutiva, que se casó, se divorció y se casó otra vez, que a los veinticinco años ya vivía de hotel en hotel. Concibió una niña que entregó a su madre. Dice que su marido la golpeó en la puerta de su trabajo y que no regresó ni a aquella oficina, por vergüenza, ni con ese hombre, por dignidad. Lennys Pirela asegura que su padre había cedido los derechos por regalías al sello Velvet, y que ella no recibió herencia alguna. Ahora vive con un hombre al que mientan Plo-Plo, pero ella le llama «mi pechugo». Fuman piedra bazuco, viven en la calle. Dice que está embarazada de tres meses pero no ha acudido al hospital a que le confirmen la noticia.

TRISTE HISTORIA DE QUIEBRAS FINANCIERAS

El doctor L., uno de los pediatras más reputados de Caracas, tenía sesenta y un años en 1998, cuando, después de una exitosa carrera, tuvo que volver a trabajar como médico residente, al igual que en sus inicios. Su día comenzó a transcurrir entre la clínica La Florida, donde estaba su consultorio y atendía en las mañanas, y el Centro Médico Docente La Trinidad, por las tardes, donde era jefe de Pediatría. Hasta octubre de ese año pensó que su capital, logrado gracias al trabajo de toda su vida, les garantizaba a él y a su esposa un retiro tranquilo. Creía que estaba a buen resguardo, bajo la mirada vigilante de su hijo, D. L., uno de los directores de la casa de corretaje Finamek Valores. Pero esta ilusión de solidez se derrumbó cuando D. L. y sus dos socios en Finamek, G. S. y G. B., abandonaron el país, vía Miami.

Al día siguiente, la Comisión Nacional de Valores (CNV) recibió la información de que Finamek no había abierto las puertas de sus oficinas alquiladas en Parque Cristal, en el centro financiero de Caracas. La CNV solicitó a la Fiscalía General de la República una averiguación, que confirmó que esta sociedad de corretaje, con puesto en la Bolsa Electrónica de Valores, no operaba. «Todo sucedió de una manera muy brusca», recordó el doctor L. «No creo que hubo mala intención. Estaban negociando saldar sus deudas, pero se supo que existía la posibilidad de ser encarcelados en El Rodeo».

Finamek nació en 1994, con el nombre de Corretaje Cojedes. Un año después, la compraban G.S. (40 por ciento), G. B. (25 por ciento), D. L. (25 por ciento) y A. K. V. (diez por ciento), que más adelante saldría de la sociedad y entraría A. C. Dos años después, ya fuera de la empresa, A. C. moriría por sobredosis de droga, según una reseña de prensa. Los primeros tiempos fueron los mejores. Mucho del dinero que captaron al principio era de amistades. «Son de buena familia», explicó una de las personas que confió su dinero a Finamek. «Se movían excelentemente en los altos círculos sociales y de allí obtuvieron las primeras inversiones». En la Bolsa de Valores, un corredor dijo: «Parece que la tía de uno de ellos hipotecó su casa para percibir el rendimiento que ofrecían por las captaciones en efectivo».

La sociedad de corretaje creció vertiginosamente. Los tres socios, jóvenes que rondaban la treintena, comenzaron a ver grandes cantidades de dinero. Inauguraron un restaurante de moda, muy frecuentado por los corredores y clientes *fashion* de la Bolsa de Valores de Caracas: La Mostaza, ubicado en la Torre Europa de Chacao.

Pero la empresa tenía demasiadas cuentas por cobrar: casi mil millones de bolívares (más de 1,5 millones de dólares). En los balances de Finamek se constata que, para el 31 de julio de 1998, había una pérdida neta de 249 millones de bolívares (unos 400.000 dólares). Los grandes deudores de G. S., G. B. y D. L. eran ellos mismos, a través de sus empresas relacionadas: Finamek Asset Management Inc. les debía 506 millones de bolívares; Acciones y Valores Finamek, 319 millones de bolívares; Finamek Danes Inmobiliaria, 978.000 bolívares; Finamek Finance & Trust CO NV, 123 millones de bolívares; Mavel Investment LTD, ocho millones de bolívares. Se prestaban entre ellos, según la CNV. El barco se mantuvo a flote hasta que el pez más grande de todos sus inversores, la empresa H. L. Boulton, reclamó su dinero. Antes de que los socios de Finamek huyeran, hubo acercamientos entre miembros directivos de H. L. Boulton y la sociedad de corretaje, y se asomó la posibilidad de llegar a un acuerdo para evitar la demanda en tribunales.

«Antes del 8 de octubre, fecha en que comenzó todo, hubo ganas de negociar», recordó el doctor L. «Lucas Boulton, quien fue mi paciente [director de Finanzas de H. L. Boulton], se reunió con la madrina de mi hijo, prima de los Boulton, y quien también invirtió en Finamek, para tratar de llegar a un arreglo». Sin embargo, durante la negociación la corporación Boulton decidió cambiar de bufete: del corporativo, manejado por el abogado Viso, al escritorio penalista de Gadea. «Solo ofrecieron promesas inciertas de pago», sostuvo Daniel Cuevas Jorge, abogado de Gadea, Lesseur y Asociados y representante de H. L. Boulton.

Con el dinero de H. L. Boulton, la sociedad realizó dos operaciones. Una de 700.000 dólares, producto de una «transacción aduanal», para que la casa de corretaje hiciera la gestión de convertirlos en bolívares. «El dinero fue depositado en una cuenta en el Swiss Bank, a nombre de Finamek», refirió el abogado Cuevas. «A cambio, entregó cheques sin fondos por 399 millones de bolívares, una cifra en dólares similar a la adeudada, en agosto de 1998». La otra se había hecho en diciembre de 1997, cuando H. L. Boulton comisionó a Finamek para el cobro de papeles del Banco Central de Venezuela, emitidos al portador, por la cantidad de 1,9 millones de dólares. El dinero producto de esta operación no retornó a las arcas de H. L. Boulton, sino que ingresó a las cuentas de Finamek gracias a la suscripción de un contrato de administración de cartera. Cuando, ocho meses

después, en una auditoría ordinaria, se descubrió que el dinero no había retornado, el empleado que suscribió el contrato con Finamek fue despedido e imputado, y Lucas Boulton asumió la dirección de las finanzas de la empresa familiar.

«Estoy en una situación entre emocional y económica», dijo el doctor L. «Lo segundo no me preocupa mucho, porque trabajo duro. Pero me da mucho dolor por los acreedores. Me pregunto dónde fallamos, si es que fallamos. Tanto mi esposa como yo estamos muy afectados. Los acreedores nos llaman; mi mujer trata de darles respuesta, incluso los invita a la casa. Vienen hasta los sábados. Por ejemplo, hay una familia que reside en La Guaira que necesita de ese dinero para continuar el tratamiento de uno de sus hijos, que padece una grave enfermedad».

El juicio contra Finamek se dirimió en el Tribunal V Penal Bancario y a la demanda de H. L. Boulton, que argumentó pérdidas por 1.500 millones de bolívares (algo más de 2,5 millones de dólares), se sumaron otros siete de pequeños acreedores. A partir de la huida de los socios de Finamek, la familia L. comenzó a vivir momentos difíciles: «La PTJ de Chacao entró a mi residencia sin orden judicial, registró la casa y amenazó a la señora que trabaja allí», relató el doctor L. «Yo me dirigí a la sede de la PTJ de Chacao a pedir explicaciones, pero me dijeron que el detective que entró a mi casa labora por las mañanas, y en las tardes lo hace a destajo. Días más tarde volvieron con una orden y preguntaron por mi hijo». Se acumularon los expedientes en el tribunal, mientras los directores de Finamek se mantenían en paradero desconocido.

Esta fue la última quiebra sucedida antes de la llegada de Hugo Chávez al poder. Su mandato, no obstante, se inició con la caída de un eslabón del sector bancario, Cavendes, propiedad de uno de sus protectores intelectuales y financieros, Luis Vallenilla, quien además de ser dueño del banco, presidía la nacionalista Fundación Pro Defensa del Patrimonio Nacional (Fundapatria) y la Comisión de Economía de la Asamblea Nacional Constituyente. La intervención estatal de Cavendes se hizo en abril de 2000, diez meses después de que los técnicos de la Superintendencia Bancaria recomendaran tomar medidas ante las irregularidades: maquillaje de balances utilizando una sociedad de corretaje, llamada Profimerca, que registró para ellos bonos sin valor real; falsificación de ingresos con títulos del Estado inexistentes; entrega de bienes hipotecados para respaldar el blindaje del gobierno, algo que la banca privada conocía, pues se retiró abruptamente del acuerdo de rescate; inversiones directas para construir hoteles y campos de golf en la isla de Margarita cuyos títulos de propiedad estaban a nombre de terceros; captación de fondos con comisiones ilegales de 12 por ciento para asesores que llevaron sumas

importantes de cajas de ahorro de trabajadores, pensionados, instituciones públicas y privadas; la entrega de recursos propios a empresas fantasmas que eran pagados con cheques sin fondos; pérdidas camufladas en pagos de honorarios profesionales que no existieron… «Serios indicios de hechos punibles», como describieron en su informe para la Fiscalía los dos primeros interventores del caso, Emilio Nouel y Eduardo López. Ambos fueron destituidos antes de acabar el proceso.

Cuando quebró Profimeca, que era propiedad de Raúl Torrealba, concuñado del vicepresidente José Vicente Rangel, comenzó a deshacerse lentamente el castillo de naipes de Cavendes. Un arrepentido o un delator, como quiera verse, una pieza útil e ínfima de la maquinaria que provocó la debacle del grupo, confesó:

«Yo vendía bonos del Estado a Cavendes, pero esos títulos de estabilización macroeconómica en realidad no existían. Yo hacía una carta de venta que nadie supervisaba. Los fondos con que comenzamos hace tres años eran de 300 millones de bolívares pero los últimos ya superaban los 2.000 millones. Lo legal hubiera sido que yo les alquilara las acciones, a cambio de un porcentaje, para que el comprador las incluyera en su estado financiero y arreglara momentáneamente su balance. Lo que hacíamos era una venta ficticia de bonos a Cavendes, que emitía una confirmación de haberlos recibido y me pasaba unos fondos por la supuesta venta. Apenas me pasaban el dinero, yo lo mandaba a sus dos empresas relacionadas. Siempre era así: una vez para una, otra vez para la otra. Por concepto de honorarios profesionales, yo cobraba 0,25 por ciento mensual de cada emisión y de ese dinero repartía comisiones. Saca tú la cuenta. Llegó un momento en que me dijeron: nosotros no necesitamos ni siquiera que tú hagas la operación con una sociedad de corretaje, lo puedes hacer a través de la empresa que te dé la gana. Y yo registré una compañía a mi nombre. Una empresa vulgar y silvestre, que no era ni sociedad de corretaje ni casa de bolsa. Podía ser una venta de empanadas y, sin embargo, le vendía a Cavendes miles de millones inexistentes. Cavendes pedía un documento que asegurara que el vendedor mantenía en custodia los bonos. Yo pasaba una carta de confirmación de la transacción y otra que aseguraba que tenía los títulos en mi poder. Estas operaciones eran solo de papel. Cuando cambió la ley, me dijeron que tenía que parir los títulos para que la venta ficticia siguiera funcionando y yo les respondí que los bonos no se paren. Cuando cayó Cavendes, yo perdí un dinero que tenía depositado allí. Ahora vendo mi casa, mis carros, todo, y me voy a Miami».

Desde el inicio del régimen, el Ejecutivo fue el principal mentor de Cavendes: 60 por ciento de los depósitos de la entidad eran

gubernamentales, y el respaldo fue patente incluso al intervenirla, cuando se prefirió la modalidad de «puertas abiertas». Seis meses después, en octubre de 2000, el proceso de rescate había salvado de la quiebra a la banca de Luis Vallenilla gracias a la inyección de 110.000 millones de bolívares (más de 150 millones de dólares de la época). Sin embargo, el proceso judicial siguió en punto muerto, ante la pasividad de la Fiscalía, que no había incoado ninguna acusación contra uno de los ideólogos de primera hora del chavismo, y ante la remoción continua de los interventores que investigaron la empresa de quien había formado parte de la Asamblea Constituyente. También había caído Fundapatria, *think tank* refrendado por veintiún «notables», como se autodenominaban, y que, en ese momento, negociaba un gran proyecto de reconstrucción de la costa central venezolana, devastada por una riada. Llamado «El litoral metropolitano. Una visión estratégica a tres escalas», preveía el levantamiento de miles de viviendas y de una autovía aérea de centenas de kilómetros. Como sus balances, este plan también era solo de papel.

Pronto caerían dos entidades públicas, grandes apuestas de banca estatal del gobierno: el Banco Industrial y el Banco del Pueblo, ambas intervenidas y relanzadas en julio de 2001, también sin procesos judiciales contra sus responsables. A partir de entonces, el cambio de las leyes financieras y de actores encargados de vigilar el sector aumentará la opacidad y la discrecionalidad de unas instituciones sostenidas con saliva, como se verá en 2009, cuando el gobierno fusionará cinco entidades bajo el paraguas del Banco Bicentenario del Pueblo, de la Clase Obrera, Mujer y Comunas. Entre ese año y 2011, se liquidarán además otros catorce bancos y se intervendrán más de cincuenta casas de bolsa y sociedades de corretaje.

POLICÍA

En la comisaría central del municipio Sucre, el policía Rodríguez observa un vídeo de Youtube, titulado *Tiroteo en Santa Eduvigis*, en el que un camarógrafo aficionado, vecino de la urbanización, grabó cómo terminó la persecución policial. Una formidable balacera indiscriminada.

—Era un secuestro exprés. Estaban bien armados. Tenían AK-47. Menos mal que no sabían usarlas.

La comisaría coloniza un monumental edificio circular, similar a un coliseo, que se comenzó a construir para dedicarlo a las peleas de gallos. La gallera quedó inconclusa, con toda la estructura de cemento armado terminada. Son varios pisos que albergan dependencias y aseos, que se han convertido en despachos, áreas comunes y habitaciones para los policías. Es noche cerrada. Clima fresco que enfría con la entrada de la brisa que proviene del cerro El Ávila.

—Murió uno de ellos.

Termina el vídeo. Vuelve a pulsar el *play*.

Pocas horas antes, en plena tarde de un día de cobro, asesinaron a uno de los policías de Sucre. Se apellidaba Rada y era de la división motorizada. A la sala entra el comisario Caraballo, que dice:

—Le metieron un tiro en la cara, para asaltarlo. Llegó al hospital por sus propios medios, pero después de la operación, falleció. Tenía un negocio de préstamos. Iba en su moto. Seguramente lo tenían identificado y quisieron asaltarlo.

Caraballo trabaja en Polisucre desde hace dieciséis años y ahora es director de Operaciones. Viste uniforme marrón y en el pecho lleva un *walkie talkie* negro, marca Motorola. Antes de llegar a este cuerpo policial perteneció a la División de Inteligencia Policial, la Disip, que fue reformada por el gobierno y cambió de nombre por Servicio Bolivariano de Inteligencia, el Sebín. En Petare, la zona de las barriadas pobres del municipio Sucre, hay más de 4.000 sectores con nombre propio, como Caucagüita y José Félix Rivas, pero que, en realidad, se unen unos con otros haciendo borrosos sus límites. Se calcula que en Petare viven más de dos millones de personas de escasos recursos. En el cuerpo hay 1.200 efectivos policiales, según cifras municipales, de los que 870 patrullan la calle.

—Hay impunidad, odio, división. Entre chavistas y opositores se dicen: «Tú no eres venezolano», y se pegan un tiro —afirma Caraballo —. Aquí he visto más verdes que maduras.

Caraballo reinvierte su remuneración como policía en un pequeño negocio, con el que saca un sobresueldo. Un rasgo general entre los asalariados de Venezuela, sin importar si trabajan en instituciones públicas de prestigio, como Pequiven, o en el sector privado, como productor de televisión. La necesidad de un ingreso extra es común. Caraballo dice tener la concesión de dos cantinas escolares y hacer balances como contador.

En la radio de la camioneta todoterreno del agente Duque se escucha: «Hay un setenta y seis en el diecisiete. La mujer está en la vía».

—No te voy a decir lo que significan los códigos.

Duque vive en la gallera, en una habitación propia. Se graduó de abogado y estudia un postgrado de Derecho Penal en la Universidad Santa María, en una zona cercana. Espera a que termine su turno de veinticuatro horas para disfrutar de cuarenta y ocho de descanso. A lo lejos, el sonido seco de las balas.

—Lo peor son los enfrentamientos armados.

La camioneta recorre un camino oscuro que bordea los cerros y que conduce a una urbanización de alto nivel adquisitivo, construida

en fechas recientes. En la entrada de cada barrio residencial hay una caseta con vigilantes privados armados, en la que todo conductor se debe detener e identificar. En la mayoría de alcabalas, uno de los encargados apunta la placa del vehículo y los datos que le dice el conductor. Pero no comprueba las palabras con la cédula de identidad. Cada garita custodia zonas que no tienen más entrada o salida que esa, ya sea porque no existía o porque ha sido clausurada. Dentro de esta «calle privada», cada casa o edificio posee vigilancia particular. En los últimos años se ha popularizado la reja electrificada. Son medidas que más que brindar protección real, proporcionan paz psicológica. La mayoría de los asaltos a viviendas comienzan antes de que la víctima entre a la propiedad. Pero en Petare, barrio adentro, no existe ninguna de estas medidas. Las casas están abiertas, las calles son de asfalto derruido o de tierra. La gente desde las casas mira la patrulla de policía.

En una intersección de caminos, el todoterreno se detiene. Duque se apea. Aguardan.

—Ahora mismo hay cuatro patrullas haciendo ronda vecinal. En otro sector, hay un patrullaje a pie por las escaleras. Buscan a los autores de unos disparos. Arriba está un equipo de cuatro. Abajo, otro. Cuando el canal de radio está callado es porque están buscando.

A las tres de la madrugada, Duque regresará a la comisaría para hacer un informe de la noche.

Los círculos de la violencia se estrechan y la crónica policial es inabarcable. La matanza en Venezuela se mueve entre dos cifras: por una parte, las estadísticas que atañen al aparato de justicia. Alrededor de 97 por ciento de casos sin resolver y menos de 10 por ciento que llega a juicio. La otra cifra es la de la muerte. La ONU calculaba 53,7 asesinados por cada 100.000 habitantes en 2012; 79 cada 100.000 en 2013 y 82 al año siguiente. En 2015, con 90 muertos cada 100.000 habitantes, Venezuela reportó 19 por ciento del total de homicidios cometidos en toda la región de América Latina y el Caribe. En este año, casi 28.000 homicidios, según el Observatorio Venezolano de la Violencia, y 28.750, según el Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal, organismo que afirmó que en los diecisiete años del régimen chavista han sido asesinadas más de 264.000 personas. La capital del país encabeza la lista de ciudades más peligrosas del mundo.

Aunque desde el gobierno se procure condenar a las víctimas a la invisibilidad, con leyes como la de Responsabilidad Social de Radio y Televisión, que aplica multas millonarias a quien emita o publique hechos de sangre, cada persona asesinada tiene un nombre y unos deudos. La violencia y la impunidad espesan el aire.

DOS PAÍSES A UN CLIC DEL MANDO A DISTANCIA

Con un botón del mando a distancia de la televisión se saltaba de un país a otro. Del «nosotros» al «ellos». Ese «nosotros» contra «ellos» es un rasgo de la Venezuela dicotómica del discurso irracional que se ha asentado a partir de este siglo. Tanto los que apoyan el chavismo como los opositores hablan del otro con ese «ellos» con los que nada tienen en común. Y con un clic se pasaba de un país a otro, ambos en permanente diatriba. Del canal ocho al dieciséis. Sin embargo, esta ilusión de equilibrio entre las dos fuerzas políticas del país se desvaneció a partir de la compra de Globovisión por un grupo económico relacionado con el gobierno en marzo de 2013.

19.41 h. Globovisión. La periodista Jeanelie Briceño aguarda a que aparezca Henrique Capriles Radonski. «Vamos a ver qué es lo que tiene a bien informar». Se da por sentado que aceptará la oferta de la Mesa de Unidad Democrática para que repita como candidato. Llega Capriles, demora en escribir algo en una libreta. Con parsimonia saluda a «los venezolanos y venezolanas. Desde aquí todo mi cariño y afecto… Este anuncio es motivado por la convocatoria de elecciones que ha hecho el Consejo Nacional Electoral el día de ayer». En su discurso, acusará a Nicolás Maduro y al resto del gobierno de haber engañado en estos meses de agonía del expresidente, para poder preparar la campaña. Dio como ejemplo la afirmación de Maduro de que él había sostenido una reunión de trabajo durante cinco horas cuando Chávez, al parecer por los hechos acaecidos, estaba en coma inducido. «Nicolás le mintió al país», dijo.

Mientras tanto, en Venezolana de Televisión (VTV) se transmite la procesión de fieles a Chávez desde la capilla ardiente. En el margen inferior de la pantalla se lee: «¡Chávez vive, la lucha sigue!» La pantalla está dividida en dos. En el margen derecho, el desfile. En el izquierdo, un hombre de barba blanca habla: «En esos segundos se sella un pacto de amor y de combate indisoluble. Hay una ceremonia como una boda, un bautizo… Después de verlo, la persona ya no es la misma porque el comandante era tan lleno de vida y alegría y muchas

cosas más». En la esquina inferior derecha, un logo: «Viva Chávez por siempre», con foto del expresidente y bandera nacional.

21.38 h. En Globovisión comienza un programa de opinión, *Yo prometo*, moderado por Nitu Pérez Osuna. En una inusual edición en vivo el invitado es Gerardo Blyde, alcalde de Baruta por la Mesa de Unidad Democrática.

Pérez Osuna: Capriles ha dicho que va a pelear, ¿tú vas a pelear?

Blyde: Sí, todos juntos a conquistar la victoria.

En VTV, Maduro aparece en un atrio con micrófono, delante de un retrato de Chávez uniformado de paracaidista. La mirada de la foto parece fijarse en la nuca de Maduro, que amenaza: «Cada poder público tendrá que evaluar [las palabras de Capriles] porque si la oposición sale a decir estas ofensas es una declaración de guerra. Tomamos nota. Los tribunales, la Fiscalía, todos los poderes. Lo que se ha dicho, lo que se ha hecho, es grave». Maduro viste camiseta roja bajo camisa manga larga celeste. Cuando gesticula brilla un gran reloj plateado. Debajo, un cartel en la pantalla que dice «Nicolás Maduro. Presidente encargado». Después cambia: «La capilla ardiente estará abierta hasta el jueves a las 12 p.m.». Maduro anuncia que habrá una enmienda constitucional que aprobará la Asamblea Nacional, para llevar a Chávez al Panteón Nacional.

Desde VTV se lanzan las consignas que luego, como se puede comprobar al hablar con la gente que aguarda su turno para ingresar en la Academia Militar, repiten los seguidores de Chávez. La propia televisora transmite las veinticuatro horas declaraciones de personas variopintas que repiten un discurso con pocas variantes: «Chávez se multiplicó», «Chávez está en nuestros corazones» o «Chávez vive, la lucha sigue».

En Globovisión, Pérez Osuna continúa su programa. De pronto, interrumpe una cadena (una transmisión oficial obligatoria que detiene la programación habitual). El Ministerio de Información la titula «Mensaje de servicio público» y anuncia que se reanudarán las clases en los colegios y dan consejos sobre cómo manejar el duelo con los niños. Un mensaje con estudiada intención. En VTV se ha emitido mil veces el vocablo «padre» aplicado a Chávez. Calado el mensaje, Maduro se promocionará como «hijo» del expresidente. La moderadora del programa de forzosa difusión, una mujer joven, dice: «Debemos explicar el significado luctuoso de la bandera a media asta… Promover dinámicas colectivas para hablar del luto…» La idea de la muerte del padre (de la patria, de los venezolanos…) será persistente durante la campaña electoral.

Acaba la cadena y en VTV comienza un «programa especial preparado por el equipo del sistema de información sobre el tema del

duelo». Junto a otras tres personas está sentada Yadira Córdova, vicepresidenta para el Área Social. De fondo, una gran pantalla de plasma desde donde Hugo Chávez saluda. En Globovisión se habla de desabastecimiento de alimentos como uno de los motivos para votar por un cambio de gobierno, y en VTV se recomienda un libro de sicología infantil para «manejar la idea de la muerte». En el otro canal, Blyde dice: «Dese un paseíto por los medios estatales y dígame dónde está el equilibrio. Nos referimos a ese abuso de poder».

Día siguiente. 6.54 h. En VTV la pantalla sigue dividida en dos. En una continúa la toma fija de la procesión. Abajo, un letrero: «El pueblo ha esperado más de doce horas para ver al Presidente Chávez». A la izquierda se repite la alocución de Maduro de la noche anterior, editada en las partes en que se refiere a Capriles: «Ha salido hoy bajo los efectos del odio y la desesperación… Salió como loco para justificar la derrota que vivirá el 14 de abril».

En Globovisión se entrevista a Ramón Guillermo Aveledo, secretario general de la Mesa de Unidad Democrática, sobre las garantías para que no se produzca fraude en las próximas elecciones. Dice: «En la medida en que el voto automático es auditable se hace más confiable». Y recuerda que la oposición obtuvo seis millones de votos en las pasadas elecciones.

—¿Qué le faltó a Capriles? —le pregunta el entrevistador.

—Un ratico más. Llegó a mucha gente, cosa que en esta campaña no se podrá hacer.

En VTV se entrevista a Iris Varela, ministra de Servicio Penitenciario, que lanza la frase: «Los restos mortales de nuestro padre Chávez». En Globovisión, Aveledo dice: «Quienes han irrespetado son los que han acelerado las elecciones, que comienzan con un funeral para usar la memoria del fallecido, y así favorecer a un pequeño grupo de burócratas». En VTV se entrevista a Alberto Nolia, «periodista», que dice: «Ese muchacho salió bajo el efecto de las piedras [droga dura] que se fumó… Estos canallas persiguen la violencia… Esta gente nunca más será poder político». (La palabra canalla la repetirá el exvicepresidente José Vicente Rangel para referirse a Capriles antes de presentar la candidatura de Maduro.)

—El mensaje de Capriles ataca a los que están a la cabeza de las instituciones. El Ministerio de Justicia, las dos sentencias del Tribunal Supremo, y pone en duda la legitimidad del Consejo Nacional Electoral —dice la conductora de VTV.

—Capriles se escribe con C de cobarde —responde Iris Varela—. Es el verdadero mandadero del imperio.

7.20 h. Globovisión. Se repiten extractos de la comparecencia de

Capriles: «Fueron capaces de salir ante las cámaras y jugar con la esperanza de los venezolanos. Quién sabe cuándo murió el presidente Chávez». Luego se emite la intervención de Maduro: «Es infame en estas horas de dolor. Las rechazamos [las acusaciones de Capriles]. Es lo más grave sobre la memoria pura y cristalina del presidente Chávez».

10.50 h. VTV. Se transmiten entrevistas a gente en la calle. En un campo de béisbol graban a Rhonal Durán, un niño que aparenta doce años, del que dicen es campeón deportivo. La periodista, que no dice de cuál deporte, ni su edad, ni su historia, lo interroga:

—¿Por qué deben respetar el sentimiento de la gente por el comandante?

El niño duda varios segundos hasta que reacciona con voz trémula:

—¿Cómo?

La periodista tartamudea y cambia de estrategia:

—Háblanos de ese amor que le tienes al deporte que se traduce en el amor a la patria.

11.18 h. Mientras en Globovisión transmiten un programa sobre salud y vida sana, en VTV siguen las entrevistas. Toca el turno a un «cantador cristiano», que dice: «Debemos luchar para que él se haga en nosotros. No es idolatría. Es una visión. Una visión del presidente-comandante que se multiplicó en nosotros». 11.23 h. «Un grupito no se va a adueñar de Venezuela. ¡Por eso estamos con Maduro!», grita otro hombre. 11.29 h. «Capriles va a perder. Estamos batallando». 11.30 h. «Profundizar la revolución y hacer valer nuestros derechos», dice una mujer con la constitución en la mano. 11.32 h. Un hombre, con una edición similar de la constitución: «Capriles, te vas a tragar tus palabras». 11.34 h. «El candidato de la derecha salió ayer con miedo. Irrespetó la memoria del comandante-presidente y de su madre doña Elena». 11.43 h. «Con Nicolás Maduro aquí estamos rodilla en tierra desde Falcón y continuaremos con el legado».

12.00 h. VTV. Nicolás Maduro oficializa su candidatura. El periodista habla de «momento histórico», «acto muy emotivo», «candidato de la patria que acompaña al presidente Chávez más allá de la vida, espiritualmente», improvisa. Maduro inicia un mitin en una gran tarima. Con un tono de voz muy parecido al del expresidente, exclama: «¡No soy Chávez, pero soy su hijo! ¡Todos juntos, el pueblo, somos Chávez!» A las 12.47 h, mientras en Globovisión termina el telediario, en VTV continúan la transmisión ininterrumpida del discurso de Maduro, que dice: «¡Mi corazón se conecta con el del

comandante!».

12.58 h. Globovisión comienza a emitir el acto de Maduro, cuando canta, en clara imitación de Chávez, una canción cuyo coro es «Patria, patria, patria querida». Es el *jingle* de la campaña, efectivo dentro del discurso oficial que define dos bandos: uno, el liderado por Chávez, ama a la patria; y el otro, ellos, no. En los albores del chavismo, el discurso creaba a un enemigo gigante que se agrupaba bajo las siglas de los partidos políticos tradicionales: adecos y copeyanos. Poco a poco, el enemigo tendió a la entelequia: el imperio y los oligarcas. Sea cual sea su nombre, en la retórica del oficialismo el opositor siempre resulta inmortal (por necesario) y poderoso (por invisible), y se repliega y permanece al acecho.

Casi un año después, durante las protestas de febrero de 2014, Globovisión mantendrá la postura oficial de vetar la información de lo que acontece en las calles, donde ocurren manifestaciones, protestas y asesinatos. El apagón informativo se ha completado. Una mitad del país no tiene más voz que la del rumor propagado en las esquinas y en Twitter.

MINISTRO

En la esquina de Carmelitas, Ignacio Arcaya entró por última vez a su despacho de ministro de los recién fusionados gabinetes de Interior y Justicia. El presidente Chávez había mandado que cambiara de sede, pero el ministro Arcaya había remoloneado ante los rumores de su pronta destitución. Cuando se repitió la orden de mudarse, esta vez sin dilación, Arcaya tomó su caja de tabacos traídos directamente de Cuba, prendió uno de sus San Cristóbal de La Habana y miró por última vez su rancia oficina. Mientras tanto, sus chóferes empacaron sus cosas personales. Junto a otras veinte personas que le acompañaron en la mudanza, ese mismo día irrumpió en su nuevo despacho, en el tercer piso de la esquina de Platanal del centro antiguo de Caracas.

Allí, el ministro encontró un buen lugar para sus fotografías enmarcadas. En un amplio anaquel de caoba, protegido por puertas de vidrio, colocó con mimo tres docenas de fotografías, donde abundaban los abrazos: con Ferdinand Marcos, Augusto Pinochet, Kofi Annan, Carlos Menem y dos con Fidel Castro, una reciente y la segunda de tiempos en que ambos tenían más cabello. En otra fotografía, el ministro Arcaya aparecía con todo el gabinete de gobierno, cuando estuvo como presidente encargado durante los veintidós días en que Chávez viajaba por el mundo, y en otra en medio del ministro de Defensa y un exmilitar que había protagonizado una intentona golpista. En otra repisa se exhibía, como precursor directo del Facebook, un juego completo de retratos con un perfil inédito del ministro como deportista: Ignacio Arcaya vestido con todos los implementos de un jugador profesional de polo sobre el caballo, con un florete de esgrima, en un campo de golf. Siempre erguido, con su flequillo bien colocado a pesar del ejercicio y la intemperie, con la mirada fija en la cámara. No aparecía ninguna en bañador, ni en momentos de relax. Salvo una en la que el ministro se permitía un desliz: un primer plano sin corbata, con un puro encendido, sonriente y con la huella carmín de una boca en su mejilla. El rastro atestigua que fueron dos besos.

Una vez que terminó de desempacar, Ignacio Arcaya fue

destituido.

DESDE UNA VENTANA, #VENEZUELA

En la calle, la gente viste camisas y franelas blancas, azules, negras, verdes. Ondean banderas, acunan pancartas manuscritas sobre papel o cartón. Sobre las cabezas, los celulares, empuñados como otros ojos. Ojos con memoria. Esos brazos levantados, esas manos prestas a desenfundar el teléfono que fotografía y graba, serán cruciales para romper el bloqueo informativo. Los sucesos se documentan desde varias perspectivas. Planos y contraplanos. La fuerza de la visión memorizada de los hechos que se comparten en las redes digitales, como Twitter, Facebook o Instagram, es incontestable. Una de estas imágenes proviene de Caracas, pero esta protesta, iniciada por los estudiantes hace tres días, se repite en otras partes del país: San Cristóbal, Maracaibo, Valencia.

#

Plano: hombres vestidos de civil, con el rostro cubierto por un casco, desmontan de sus motos. Uno de ellos corre al tiempo que saca su pistola de atrás del pantalón. Va al encuentro de los manifestantes. Un policía pasa a su lado y nada hace. Se escuchan los disparos. Cuarenta balas en veinte segundos. Por los intervalos de las detonaciones se deduce que ha habido al menos tres tiradores.

Contraplano: se escucha el sonido metálico y rítmico de la cacerola, mientras los atacados corren, la mayoría pegada a las paredes.

—Mira, marico, ese en el suelo, ahí tirado, huevón, vamos todos, huevón.

Y los que huían regresan a por uno de los suyos. Los pistoleros están al otro lado, blindados, agazapados en la emboscada tendida. Qué importa. Los jóvenes regresan. No dejan a ninguno de los suyos atrás. Como más tarde se leerá en un cartel: «Tú tienes balas, yo tengo bolas».

Y vuelven cuando todavía detonan los disparos.

—¡Un caído!

—¡Le dieron en la cabeza!

En el asfalto, un joven agoniza. Tiene una mascarilla de farmacia en la boca y la nariz, casi ineficaz para ahuyentar los gases lacrimógenos, ya usuales en la represión del gobierno contra los estudiantes. Viste camiseta negra, lleva una mochila a la espalda.

—¡Chamo, están matando gente, loco!

#

Plano cenital. Los pistoleros corren en sentido contrario, huyen. Uno empuja una moto, le escolta un militar bien apertrechado. Pasan al lado de uniformados y civiles con prendas rojas que miran cómo se alejan.

El asesinato es grabado por la cámara de quien se arriesga a mirar desde una ventana. Filma para no callar. Para que algo sea más eficaz que sus gritos impotentes desde la altura. Para denunciar. Su vídeo es prueba y lo divulga aunque eso delate su posición, su hogar, el sitio donde se resguarda su familia.

Esa memoria filmada se repite una y otra vez. Puede detallarse: uno de los pistoleros vestido de civil dispara a quemarropa. Retroceder aún más en la cinta, como si un juez repreguntara al testigo. Un matón en moto no supo controlarla y su máquina cayó al piso, apagada. Y uno de los que estaban al frente del repliegue de los

estudiantes le arroja una piedra y le encara. Algo le dice antes que empiecen los balazos. Ese individuo no huirá, como los demás estudiantes. Se quedará allí, en medio, como si se supiera inmune a los tiros. También verá de cerca cómo estalla el cráneo del joven asesinado. No intentará ayudarlo. Seguirá allí, en tierra de nadie, hasta que vuelva por donde vino.

Los disparos y la respuesta de los manifestantes:

—¡Malditos!

—¡Un caído!

—¡Le dieron en la cabeza!

—¡Chamo, están matando gente, loco!

Los gritos en bucle; *loop* del instante de la caída. Como un recuerdo que se hace obsesión.

#

Se filma como quien observa por la mirilla con el aliento contenido, sin saber qué verá. Puede que suceda algo en ese ángulo cotidiano. Nada pasa, solo unos estudiantes que regresan de una manifestación. Hasta que les disparan. Esa esquina, hasta entonces una visión insípida de una de las tantas esquinas viejas del centro de Caracas, se convierte en el lugar de un homicidio miserable: a un joven desarmado le han aniquilado por la espalda.

Y cuando la muerte se cuela en el objetivo de la cámara puesta en el alféizar, como por no dejar, quien la controla exclama con voz de hombre joven: «¡Cayó uno!», y atrás una voz de mujer mayor: «¡Ay, hirieron a uno, Dios mío!» Y solloza: «Mataron a un muchacho. Ay, Dios mío, era a lo que tenía miedo».

Y esa visión otorga otra perspectiva de la muerte: los estudiantes corren. ¿Por qué? No hay información en esta mirada. Llegan a la emboscada. Disparos a mansalva. La primera ráfaga no produce víctimas. Los estudiantes entran por una calle en su espanto. Pero regresan por donde vinieron a pesar de la presencia de los pistoleros. ¿Por qué? Empieza el segundo acto del tiroteo. La bala treinta y cinco, quizás la cuarenta, tumba al joven estudiante de ropas oscuras, como su piel, como su cabello. Venía a prisa y cae de bruces. Cuando el que se derrumba no interpone las manos, cuando ni siquiera lo intenta, es porque ha sido fulminado. La velocidad hace que arrastre el rostro y el cuerpo por el cemento, hasta que la fricción le detiene.

#

Uniforme de camuflaje en la ciudad, gris en vez de verde, para

camaleones de cemento que usan cascos, botas, lentes, chalecos antibala negros. Los funcionarios del Servicio Bolivariano de Inteligencia (Sebín) disparan sus escopetas al montón, con parsimonia, protegidos por una de las columnas del antiguo Banco Latino. Unos pasos más allá, un gordo de bluyines, camiseta negra manga larga y mitones, pero con el equipo militar que le arma y le blinda. Está tras el muro de un estacionamiento, saca el revólver, lo empuña con ambas manos y ensaya la posición aprendida en las prácticas de tiro: una pierna de apoyo adelantada, ambas flexionadas. El gordo dispara dos veces hacia la multitud. Luego parece indeciso, como si se preguntara «¿un par de tiritos más?». Enfunda. Vuelve a mirar y luce satisfecho. Detrás, los dos uniformados siguen acuclillados al lado de la columna, recargando el arma. El gordo se retira a paso de maratonista aficionado hasta llegar donde los dos uniformados. Como quien pasea, el trío se aleja por el medio de la calle, dando la espalda a los que ellos han atacado. Entonces uno de los uniformados, quizás preguntándose para qué poner munición en el fusil si no es para accionarlo, da media vuelta y dispara.

#

El joven estudiante de ropas oscuras, como su piel, como su cabello, es Bassil Dacosta. En cuanto cae, uno de sus compañeros, el que iba detrás de él, le socorre. Está bajo fuego y se detiene, sin importar cuán expuesto está ante los pistoleros. Entonces llegan los que han regresado para no dejarlo tirado sin auxilio. Lo voltean, lo intentan acomodar, comprueban sus signos vitales. Lo cargan entre tres. La premura indica que todavía late su corazón. Pero su cabeza, lánguida, bambolea. Los ojos abiertos y perdidos. El rostro magullado por la caída sobre el suelo mugroso. La sangre mana por el cráneo. Empapa su cabello negro y encrespado, y su cara morena e imberbe. Su cabeza maltrecha se apoya en el hombro de un motorizado dispuesto a llevarle al hospital. No hay ambulancias que le socorran, no hay instituciones del Estado para los que están de este lado. Solo las motos. Los hombres que le rodean, todos muchachos con gorras de béisbol y franelas, con los brazos manchados por la sangre que los pistoleros del gobierno han derramado, intentan acomodarle en ese asiento sin asas ni nada que sostenga el cuerpo.

Otra imagen incrustada en la retina digital: el rostro alzado de Bassil, ya sin mascarilla, la boca entreabierta, los ojos cerrados, el cráneo separado del asfalto gracias a un hombre que intenta acolchar el suelo con la palma de su mano.

#

En otra calle de Venezuela, un estudiante se abandona al arresto: dos hombres vestidos de civil, demasiado elegantes para la revuelta, con camisas manga larga y gomina en el pelo corto, le sujetan por el brazo y la nuca. A su lado, un tercero con el arma desenfundada.

#

Bassil tenía veinticuatro años y estudiaba Mercadeo en la Universidad Alejandro de Humboldt. Se convierte en la primera persona asesinada en estas jornadas de protesta por las fuerzas que el gobierno patrocina y protege, ya sean institucionales (ejército, policía) o paraestatales (colectivos armados). Vendrán más.

#

Un policía de negro, bien apertrechado, camina junto a una pared con grafitis. Anda calmado, quizás para no hacer ruido, y da instrucciones con la mano. Cuando pasa junto a una pintada percudida que dice «Leidy te amo», empieza a correr. Ha visto algo, una presa. En la esquina se le une otro policía que porta un rifle. Y se ve a la presa que cazan: un hombre muy delgado con camiseta blanca. Otro grafiti indica dónde transcurre la cacería: en San Cristóbal. El hombre perseguido no corre rápido. Es un rezagado de un grupo que huye. El más débil de la manada, la carne habitual de las hienas. Mira hacia atrás con preocupación, pero aunque los policías cortan distancias, no acelera. El plano se acerca: es un anciano, cuyas piernas resentidas no responden. Cuando uno de los policías le alcanza, se detiene con los brazos caídos. No hay resistencia alguna. Cuando le jalonan, se sienta en el suelo, rendido. Se le acerca el policía con el rifle agarrado como un bate de béisbol y le golpea por detrás en la columna y la base del cráneo. Laxo, la cabeza golpea contra el pavimento. Está inconsciente. El policía del fusil regresa hasta él y le patea en la cara. Le dejan ahí, en medio de la calle.

#

En una de las imágenes del traslado de Bassil, cuando se le sube a la parte de atrás de una camioneta, después de fracasar en el intento de llevarlo en moto, hay otro joven que en pocas horas morirá por otro disparo detonado desde la oscuridad impune. Con la cachucha volteada, la cara descubierta y el gesto consternado, le lleva por el brazo izquierdo, junto a otros cuatro o seis jóvenes, que intentan

levantarlo hasta la *pick-up*. Es Robert Redman, caraqueño de treinta y un años, que se define en su perfil de Twitter como piloto privado, montañista, maratonista, bolichero, guarimbero, forista de *Noticiero Digital* y demócrata liberal.

«Cómo es posible que los malditos de la policía nacional permitieran a los colectivos chavistas disparar como lo hicieron!! #Malditos», tuiteó en su cuenta @EscualidoReload, a las 21.15 h del 12 de febrero de 2014.

Cuatro minutos después enviaría una fotografía con el rótulo: «Queman entrada de la sede la Magistratura TSJ en Chacao».

Poco más tarde, dice a @9Auriel: «Me tocó cargar al chamo que murió. Hasta hace poco tenía su sangre en mi brazo, pero ya llegué a la casa».

Estaba en su hogar. Sucio, ensangrentado, probablemente se limpió y comió. Desde allí tuiteó también: «Hoy me pegaron una pedrada en la espalda, un cascazo por la nariz; tragué bomba lacrimógena, cargué al chamo que falleció. ¿Y tú qué hiciste?». Quizás no descansó y volvió a la calle. A las 22.01 h, respondía a @ramonmediavilla: «Habrá muerto por disparos de su mismo bando porque nosotros no teníamos armas con que defendernos».

Veintitrés minutos después subía otra imagen con el texto: «Arde Chacao», y a la media hora otro tuit: «#almomento Herido en antebrazo de perdigón de plomo en Chacao». En un intercambio de mensajes con @Aslanatenea, quien le pide «Cuídate, por favor!», envía el último tuit de su vida, dando su posición, «en Chacao», sobre las once de la noche.

#

Ante la ventana desde donde se puede mirar Venezuela, aparecen persianas. Se denuncia el bloqueo de internet por parte de los operadores, telefónicas nacionalizadas. Sin embargo, los testigos no callan y encuentran fisuras para compartir su memoria en las redes digitales.

En Valencia, una marcha encabezada por un joven con la camiseta de la selección de fútbol venezolana, toca el silbato, alza el brazo. Una multitud le sigue. En otra ciudad, de despejada avenida, abundan las gorras tricolores. La lleva una anciana con camisa de flores, una chica de camiseta blanca, hombres de franela negra, uno con bermudas. Calzan chanclas y zapatos deportivos. Una multitud multicolor.

En una población homogénea en su heterogeneidad y mestizaje, el discurso oficial propicia un enfrentamiento racial. Al no poder distinguir al venezolano según su fisionomía o el tono de su piel, lo

vistió. Al no poder discriminarlo por etnia o religión, el gobierno creó su tribu particular: los rojos. Quien porta ese color como una segunda piel vive enfrentado a los demás, los que no profesan la fe en el líder. Pero esta multitud que esgrime sus celulares contra la desinformación viste con ropa de cualquier color.

Una pancarta, manuscrita en cartones o folios, como casi todas: «Abuelas por Venezuela».

Otra: «Prefiero arriesgarme protestando, a salir de casa y que una bala robe mis sueños».

Otra: «Estoy cansada de vivir con miedo».

Los sembradores de terror intentan acallar las protestas. Un fotograma y otro muestran a hombres con cascos y chalecos, la mayoría sin uniformes que dejen ver que son fuerzas de un Estado, sin portar ninguna identificación, pateando, arrastrando, golpeando, deteniendo a civiles.

#

En la esquina donde asesinaron a Bassil hay ramos de flores y cirios blancos. En la pared negra se escribe con tiza:

«Moriste luchando.
Te recordaré como un héroe».
En el suelo:
«Tu bala llevaba mi nombre,
el nombre de todos nosotros.
Fui yo quien cayó muerto
y mis amigos me cargaron
sobre sus hombros.
Mi padre y mi madre te lloran
porque ya no te sentarás a la mesa,
Bassil».

#

En Puerto Ordaz, a las cuatro de la madrugada, los estudiantes se enfrentan con los brazos alzados y las manos limpias a los militares que les alumbran con los focos de sus tanquetas de guerra. Les disparan bombas lacrimógenas.

Maracaibo, Valencia, Caracas, Guanare: avenidas y autopistas repletas de gente. El color rojo solo se ve en la tercera franja de la bandera de Venezuela. Otro cartel, manuscrito en un cartón: «Hablan como Marx, gobiernan como Stalin y viven como Rockefeller mientras

el pueblo sufre».

#

Una pancarta: «Lamento que mi protesta colapse tu tráfico pero tu indiferencia colapsa nuestro país». José Méndez, diecisiete años, fue asesinado por un hombre que aceleró intencionalmente para pasar por una calle cortada por la protesta. Unas imágenes le capturan cuando reclama desde fuera de su vehículo, con gesto enfurecido. El cuerpo del chico no fue suficiente obstáculo.

#

Últimas Noticias reconstruye, a partir de materiales disponibles en la red, cómo fueron los hechos que sucedieron alrededor del asesinato de Bassil. Los vídeos y fotografías atestiguan que:

—Al terminar la manifestación, un grupo de estudiantes se dirigió a la esquina Monroy.

—La Policía Nacional Bolivariana bloqueó las calles adyacentes con despliegue de efectivos armados y protegidos con escudos. La barrera policial del norte, en la esquina de Tracabordo, se abrirá para dejar pasar a los pistoleros. A uno de ellos se le graba junto a funcionarios uniformados del aparato de inteligencia. Luego se sabrá que el pistolero vestido como civil es uno de ellos.

—A las tres de la tarde, agentes del Sebín llegan en motos junto a otros vestidos de civil. En una fotografía se cuentan diecisiete motos con veinticuatro hombres en la calle Sur 11, entre Tracabordo y Ferrenquín. En la primera moto, detrás del piloto, «un hombre de camisa caqui, pantalón bluyín y casco». Con ellos está el gordo que había sido filmado antes, disparando contra la multitud. Esta vez, el gordo va en una de las motos oficiales, en solitario. También se señala a un «hombre de franela» en una Kawasaki Versys 1000.

—Cuando llegan los manifestantes y se acercan a una de aquellas motos, que está caída en medio de la calle, el hombre del pantalón verde y camisa clara dispara. Dos motos de la Guardia Nacional se alejan a poca velocidad al empezar el tiroteo. Al otro lado, los estudiantes se dispersan corriendo. Otro de los funcionarios llegados en moto dispara también. Viste chaqueta negra.

—El hombre del pantalón verde toma posición. El de la chaqueta negra también. Ambos se acercan a la esquina por donde han huido los estudiantes. Ese es el momento entre la primera y la segunda tanda de disparos.

—Bassil corre hacia la calle Este 2, pero regresa por la Sur 11,

donde ha sido la emboscada, para intentar volver por donde vino. Una carrera similar a la de sus compañeros.

—En una imagen a contraplano, el momento en que asesinan a Bassil es señalado por un civil a lo lejos, que apunta hacia el cuerpo. En primer plano de esta fotografía, las caras de sus verdugos, dos boquiabiertos, los demás con la mandíbula apretada: un hombre de bluyín y camisa negra con una pistola, delante de un miembro del Sebín uniformado; el de camisa clara y pantalón verde, con el casco de moto puesto, también con pistola; otro de negro con un arma larga y detrás el de la camisa caqui que lideraba la partida de motorizados que fue al encuentro de los jóvenes.

—El pistolero de pantalón verde corre hacia el norte, donde están la Guardia Nacional y los civiles pro-oficialistas. Nadie hace ni siquiera un gesto de reproche.

—Otro de los pistoleros recoge los casquillos del suelo. Sube a su moto y se refugia tras los escudos de la Guardia Nacional.

—En otras imágenes se ve que algunos motorizados que estuvieron con los pistoleros en aquel momento, entraban y salían de la marcha. Pasan junto a los estudiantes, penetran el tumulto, salen. Como una premonición, los motorizados infiltrados en la protesta pasan al lado de un joven que despliega su pancarta hacia los militares: «Salí a luchar por Venezuela. Si no regreso, me fui con ella».

—En otra foto se ve a un varón con capucha, casco y pañuelo que solo deja ver sus ojos, bluyín y mochila, como un estudiante más, escalando la barrera policial ante la pasividad de los funcionarios. En otra toma se le aprecia saliendo de allí a cara descubierta, ya sin casco, sin capucha, sin suéter, sin bandana. Como un funcionario que ha llegado al final de su guardia y que se marcha a casa.

—Entre las esquinas Tracabordo y Monroy asesinaron también a Juan Montoya, miembro de un colectivo armado, quizás infiltrado en la manifestación. En la red social no parece haber testigos de su muerte.

#

En la ventana aparecen víctimas de tortura en los calabozos: golpeados, electrocutados, violados con un fusil. Denuncian, muestran sus cuerpos magullados. Dan la cara.

#

La Guardia Nacional detiene a Darío Ramírez, un concejal electo del municipio Sucre. Esposado, se lo llevan desde las oficinas del

partido Voluntad Popular. Un hombre de pelo largo y franela tricolor intenta dialogar con los dos uniformados que lo jalan del brazo, cada uno por un lado. No se detienen, salen a la calle, uno le dice al otro:

—Corre, corre, corre.

—¡Me están llevando detenido, grita! —exclama Ramírez, que intenta oponerse al arrastre, fija el cuerpo encogido y dificulta la maniobra de los militares. Uno de los soldados pasa al frente e intenta moverlo por las axilas. Se acerca un tercer uniformado, que lo empuja por un brazo. Pero por detrás se aproximan cinco civiles. Uno de franela blanca corre hacia ellos, se interpone en el recorrido con los brazos abiertos, como si quisiera abrazarlos. Bloquea el paso cuando una mujer aparece en el plano. Grita:

—¡Suéltale, coye!

Detrás de la avanzadilla, la multitud que también se acerca. Ramírez sigue resistiéndose. Se revuelve, se intenta zafar. Llega otro guardia más y comienzan a jalar a Ramírez, pero los civiles ya lo sujetan también y hacen fuerza en sentido contrario. Un flaco salta y patea al tercer guardia. Los guantes militares aflojan y se alejan. La multitud les increpa:

—¡Malditos!

—¡Hijos de puta!

La operación de rescate no ha demorado más que unos segundos.

A la carrera, dos hombres llevan a Ramírez, aún esposado, al otro lado de la calle, hasta una avenida donde espera el de pelo largo y camisa tricolor, que indica que lo suban a una moto. Maniatado, Ramírez sube, se agarra de donde puede antes del acelerón.

—No lo soltaron —dice el de pelo largo a cámara—. Se lo quitamos de las manos. Pero todo tiene que ser pacífico.

#

Las imágenes que ya pertenecen a la memoria colectiva, que logran la abolición de la distancia al compartirla, dan resultado y se identifica a dos de los pistoleros que abrieron fuego contra los estudiantes: Melvin Collazos, comisario del Sebín, y Jonathan Rodríguez, sargento del Ejército y escolta del ministro de Interior y Justicia, Miguel Rodríguez Torres. Llegaron al edificio de la Fiscalía con el ministro y salieron de allí solo para confrontar a los que ya habían terminado con su protesta. Como quien hace turismo. De una de esas pistolas salió la bala que mató a Bassil, cuyo ataúd tendrá una pelota de fútbol encima. Era hincha del Deportivo Táchira.

#

Otra bala perfora el cráneo de Génesis Carmona, veintiún años, miss Carabobo de 2013, ganadora de la mención Turismo del certamen Miss Venezuela. La llevan a la UCI de la clínica Guerra Méndez, en Valencia, en una moto. Su cuerpo va entre el conductor y un joven que la lleva en brazos, como a un niño dormido, intentando sostener su cabeza. Del lado izquierdo, su largo cabello rubio con raíces oscuras, su hermoso rostro pálido apuntando al cielo, su limpio perfil, su brazo enredado en el cuero de su cartera. Del otro lado, sus pies cubiertos por zapatillas. Llega a la clínica viva, la estabilizan, pronostican que perderá la visión. Sin embargo, muere.

De Valencia, donde asesinaron a Génesis, proviene otra imagen, la de la arremetida de un grupo de simpatizantes del gobierno, llamados por el gobernador del estado Carabobo, Francisco Ameliach, desde su cuenta @AmeliachPSUV: «UBCH a prepararse para el contra ataque fulminante. Diosdado dará la orden», con el *hashtag* #gringosyfascistasrespeten.

En la vanguardia van dos hombres que están armados. Uno de ellos dispara, con ambas manos en la pistola. Va de civil con la camiseta marrón. El otro está de rojo y, en el instante congelado de la fotografía, esconde el arma en un trapo también rojo. Los testigos, que perpetúan su acusación en los vídeos, mostrarán a los grupos armados, identificarán a algunos de los involucrados. El gobierno responderá que «la bala vino de atrás» y culpará a los propios manifestantes. ¿Acaso un civil desarmado que va por el medio de la calle no corre cuando comienzan a dispararle?

En otro vídeo, tomado en la avenida Cedeño de Valencia, se ve que un encapuchado con camisa azul eléctrico dispara cuatro balas en un segundo hasta que se le encasquilla el arma. Permanece ahí, rodeado de gente, alguna vestida de rojo, que le señala posibles blancos. Dos minutos después, en esa misma esquina, se reúnen tres pistoleros, y aprietan el gatillo once veces en tres segundos. Llegarán más y avanzarán contra los estudiantes.

Contraplano: los manifestantes se plantan ante el grupo pro-gobierno. No corren, algunos dan media vuelta, pero otros están dispuestos a avanzar.

—Vénganse, bróder, no vale la pena. Vénganse para atrás, qué van a hacer ahí —dice quien graba—. Están armados.

Alguien cercano grita a los agresores: «¡No se tapen la cara, no te tapes la cara!».

(Tiros y fin del vídeo.)

#

(Quien mira y graba su visión se arriesga. Los que filmaron a los pistoleros de Valencia lo sabían. Bajo su ventana, la avanzadilla de los colectivos se agrupaba para atacar a los manifestantes. La cámara se disimulaba tras una barandilla, un muro, una cortina, y se temía ser descubierto. Pero no desistían en el intento de registrar los hechos.)

—Pendientes si los ven (grabando), de panas.

—Mira, mira a ese mamagüevo, cómo lleva la pistola.

—Quién.

—El de gris.

—El de azul rey también. Allá, míralo, ¿lo viste? Allá está en la esquina, allá.

—Mira, va a tirar, va a tirar, va a tirar.

—Ese desgraciado.

(Disparos.)

—Uy, cómo sonó esa vaina.

—No veo, no joda.

—Graba a ese.

—Quiero ponerla más cerca.

—Ponlo más cerca.

—Bueno, cómprate una vídeocámara.

—Pendiente, pendiente, deja de estar abriendo mucho [la cortina].

—Ay, Dios los cuide.

—Quiero filmarle la cara al desgraciado.

(Disparos.)

—Y eso es una pistolota, oyó.

—No abras mucho.

—Tienes que grabar al de azul.

(Con la mayoría de la gente avanzando por el medio de la calle, desde donde lanzan piedras, señalan o se detienen en las motos, siempre al descubierto, ¿por qué los pistoleros se agazapan tras las esquinas? Temen a la cámara que transforma en vídeo la visión, como si fuera la imagen grabada en las neuronas. Temen el safari fotográfico con que son cazados por los civiles. El disparo digital, el zoom.)

—El de azul y aquel de gris también tiene una.

—Ya me tienen arrollada, ya no puedo ver.

—Y yo tengo las piernas aquí flexionadas.

—Shhh, cállense pues.

—Cuidado nos van a escuchar.

—No nos escuchan por el ruido.

—¿Pero esos son los chavistas?

—Claro, ¿no los ves que van todos de rojo?

(Tiro.)

—Na' güevoná de loco.

—Es el de marrón de gorra gris.

—Aquel que va allá.

—Esconde ese teléfono, ¿oíste?

—Pendientes, que hay gente que está pendiente y que está señalando.

—¿Para acá?

—No, pero por ahí.

—Bueno, mosca.

—Si alguno de esos ve para acá y ve que estamos filmando, nos jodimos.

—Coño, pero guarden la mierda esa.

—Esos no se van a dar cuenta.

—Quédate quieto.

—Mira a la tipa lanzando piedras.

—Esos no se van a dar cuenta porque la adrenalina que tienen… Esos no van a estar pendientes.

—Cuidado que están viendo para acá.

—Quién.

—Pero dejen los miedos.

(Tiros.)

—Miren a ese mamagüevo. Están todos armados, güevón.

—Sí, están armados hasta los dientes.

—¿Todos estos?

—Sí, toditos.

—Súbanla más, ¿abro la ventana?

—Acércalo.

(Tiros.)

—Mira.

—Grábalos allá, grábalos allá.

(Tiros y petardos.)

—Ay, chamo, Dios los cuide.

—Ajá, mosca de este lado, viene gente, viene gente.

(Tiros.)

—Ay, Dios.

—Que se vayan.

—No, porque van a arremeter contra los estudiantes.

(Tiros.)

—Los encapuchados son los que están armados.

—Mira el que tiene la cámara, de chaqueta gris.

—No es una cámara, es una pistola. Un revólver.

—¿Cuál?

—Mira a este gordo, este viejo que llegó ahí. Ese se está haciendo el güevón porque se puso ahí de repente.

—Mira cómo va.

—Le está diciendo algo.

—El que está en la esquina.

—Esos dos están armados.

—Mira, llegaron dos más armados. Todos esos que vienen aquí están armados, mira.

—El de rojo, el de negro.

—El de camisa azul.

—Todo este combito que viene ahí.

—Mosca porque el de negro le dijo algo al de azul.

—¿Pero esto [la cámara] se ve?

—No se ve.

—¿No se ve? Pendiente es lo que es.

—Mira, están viendo para acá, ahí está.

—Sácate la capucha para verte la cara.

—Ese maldito.

—Ey, ey, ey.

(Fin de la grabación.)

#

Ese día, otra imagen, la de un adolescente de pequeño tamaño, suéter verde con capucha, rostro descubierto, enfrenta a un grupo de policías antidisturbios con una hoja en el pecho, donde ha escrito: «Disparas a quien juraste proteger».

#

Más asesinatos se perpetúan en la memoria colectiva: cinco personas colocan más cajas y bolsas de basura en el asfalto. Les prenderán fuego en medio de la avenida. Una inocua acción de protesta que se conoce como guarimba. Les sorprende un todoterreno de la Guardia Nacional. Se bajan siete militares. Los sorprendidos civiles corren. Cinco militares les persiguen y dos empujan las bolsas al medianil de la calle. Bajan otros dos guardias. Un minuto después se escuchan balazos sobre el ruido del cacerolazo: desde sus casas los vecinos hacen sonar sus ollas, golpeándolas en señal de protesta. Otro tiro.

En el campo de visión vuelven a entrar los cinco guardias, que regresan a su patrulla. Van despacio. Uno de ellos dispara hacia el final de la calle, en un giro rápido. Se reúnen al pie de la camioneta. Hay un noveno militar al otro lado de la calle. Ha detenido a un sujeto con camiseta negra y bluyín. Se le unen otros tres guardias pero, antes que lleguen, el sujeto corre calle abajo. La persecución dura poco. Estalla un disparo y se oye:

—¡Ay, lo mataron! —grito de mujer que proviene de la calle.

Repetición. El *loop* de la infamia revela que, cuando van tras el sujeto, hay un cuarto guardia, más lento, que no va en línea con sus compañeros, sino que se abre en diagonal. En cuanto los militares cercan al hombre, que se detiene en la acera, contra una pared, este guardia, a pocos metros, le dispara. Era un blanco fácil, inmóvil y desarmado.

Los asesinos se alejan mirando a los edificios, desde donde les gritan y hacen sonar las cacerolas. Llega una moto a toda velocidad, que escolta al todoterreno, que ha girado ciento ochenta grados. Se detienen junto al cuerpo, pero no lo recogen. Lo dejan tendido sobre la acera. Una fotografía muestra que sus verdugos le han dado la vuelta. En el pecho no tiene entrada de bala. El militar le disparó por la espalda. Es un joven de pelo corto en la soledad de la muerte. Un homicidio más que quedó grabado, junto a los lamentos de quienes lo presenciaron, del rencor que despierta la prepotencia y la impunidad, que se traduce en un grito ya escuchado muchas veces en estos testimonios:

—¡Malditos!

Un grafiti aclara el origen del grito: «Maldito sea el que alce su arma contra el pueblo».

#

No es la «violencia» la que se cobra la vida de quienes protestan contra la inseguridad y la escasez. Son los funcionarios del gobierno quienes asesinan a seis personas en tres días. A Geraldine Moreno, estudiante de citotecnología en la Universidad Arturo Michelena, le desfiguraron el rostro con un tiro de perdigones. El militar de la Guardia Nacional Bolivariana que disparó estaba tan cerca que en la escasa superficie de su cara se enterraron más de treinta dardos de plomo. Lo hizo cuando ella estaba en el suelo, a mansalva. Perdió ambos ojos del impacto. Protestaba en el conjunto residencial Bayona Norte, en Yazajal, cerca de Naguanagua, a las ocho de la noche del 19 de febrero. Ingresó en el hospital Metropolitano Norte en estado crítico. Para reunir el dinero con que comprar medicamentos y

sufragar las intervenciones quirúrgicas, su familia, de escasos recursos, divulgó un primerísimo primer plano de cómo estaba el rostro de la joven de veintitrés años. La imagen se comparte junto a otra, donde la morena de amplia y perfecta sonrisa posa con su gorra tricolor, con la bandera de Venezuela.

Las palabras usadas durante quince años por la retórica chavista para condenar a sus opositores lucen desnudas y vacías por los hechos, por los orígenes de los asesinados. No son «oligarcas», «ricos», «mercenarios». Son pueblo, más pueblo que la burocracia que se ha apoderado de los recursos del país. Una burocracia transnacional. Geraldine morirá horas después.

#

Los testimonios visuales delatan a los homicidas y son incontestables. Las ventanas son enemigas de la impunidad. Las ventanas de las casas y de las redes sociales. Los grupos armados, tanto los estatales como los paraestatales, toman medidas de fuerza cuando se ven cercados por tantos ojos, cuya visión es imborrable. Donde suenan cacerolas, la Guardia Nacional lanza bombas lacrimógenas, a los balcones, a las ventanas.

En una esquina de Caracas, en un puñado de segundos, se cuentan veintidós motos. En cada una dos uniformados. El de atrás dispara a las ventanas. Desde arriba le lanzan dos bombas molotov. Los uniformados desmontan y peinan las calles adyacentes con sus balas, hacia delante y hacia arriba.

—¡Malditos! —les gritan.

Los policías se dan por satisfechos con el escarmiento cuando las dos botellas rotas apenas humean.

Otro vídeo desde una ventana: con la cacha del fusil, soldados de la Guardia Nacional rompen los cristales de los automóviles estacionados, y los incendian.

Las fuerzas del Estado ya van a por los celulares y contra las ventanas. En la avenida Urdaneta, esquina de Candilito, la Guardia Nacional detuvo a Alejandro Márquez, ingeniero de cuarenta y tres años, e intentó despojarlo del teléfono con el que grababa. Márquez huyó, le dispararon, tropezó, se golpeó la cabeza. El militar llegó a su lado, le golpeó aún más y le quitó el celular. Permanece en coma. Y fallece.

#

Las muertes de aquellos que cayeron en estas jornadas de protestas

civiles serán revividas una y otra vez en la memoria colectiva, compartida en redes sociales, incluso cuando los verdugos gocen de impunidad y las instituciones al servicio del poder no deploren a los que, debiendo proteger a las víctimas, no actuaron.

ABOGADA

Cuando el juicio termina, María del Pilar Pertíñez, abogada por la Universidad Católica Andrés Bello en 1989, ha asumido el liderazgo de la defensa del exsecretario de Seguridad de la alcaldía de Caracas, después del fallecimiento de los dos abogados principales. El juicio, que tardó cuatro años en empezar, ha demorado tres años y trece días. Durante ese tiempo el equipo defensor ha presentado ciento noventa y dos testigos, miles de fotos y ochenta experticias para demostrar que había treinta y cinco sujetos vestidos de civil disparando armas largas en las inmediaciones del lugar donde murieron diecinueve personas en 2002, durante una marcha pacífica que pretendía llegar al palacio presidencial.

Al defendido de Pertíñez, que se llama Iván Simonovis, la Fiscalía le acusa de «complicidad necesaria» en el homicidio de tres personas por disparos de cinco funcionarios de la Policía Metropolitana, cuyos comisarios estaban bajo su mando. Mientras una amnistía de Hugo Chávez indulta a los presuntos responsables de las otras dieciséis muertes, Simonovis permanece en un zulo de dos metros cuadrados en un centro del Servicio Bolivariano de Inteligencia en el Helicoide, donde no tiene ventilación ni luz natural. Estará allí ocho años, desde 2004 hasta 2012.

En los interrogatorios, Pertínez afronta el careo con los interrogados y la tensión permanente con la jueza de primera instancia del estado Aragua, Marjorie Calderón, que deniega una tras otra sus peticiones: que la acusación presente al menos un testimonio de alguien que hubiera visto disparar a su defendido o escuchado que ordenara abrir fuego, que se investigue si había francotiradores en los edificios custodiados por fuerzas del gobierno, que se grabe el juicio. Calderón dicta sentencia: treinta años de prisión.

En el despacho que tiene en su casa, donde hay un pez beta en una pequeña pecera, un retrato con dos niños y un altar con varias vírgenes, la abogada dice: «Quieren reescribir la historia» y prepara un resumen de treinta y seis páginas de las miles que tiene el caso. Interpone un recurso con más de ocho mil folios que no es admitido a

trámite en nueve días; vuelve a apelar en diciembre y en marzo le deniegan el recurso otra vez. Acude al Tribunal Supremo en 2010, pero el magistrado Eladio Aponte Aponte resuelve el caso en siete días continuos para evitar que el acusado pueda ser electo parlamentario, y gozar así de inmunidad, en la campaña «Libéralos con tu voto». Este juez se exilia en 2012 y desde Costa Rica notaría una confesión a instancias de la defensa de Simonovis: por órdenes directas de Hugo Chávez instruyó tanto a la jueza como al fiscal para que retrasaran el juicio y la sentencia refrendada por la jueza la redactó uno de sus asistentes.

Con eso la abogada regresa al Supremo para reclamar «vicio de inmotivación del fallo». En el calabozo de luz artificial, que le impide saber cuándo es de día y cuándo de noche, Simonovis, de cincuenta y tres años, padece osteoporosis avanzada y otras patologías debido a las condiciones del encierro: solo recibe los rayos del sol durante una hora cada quince días. Cuando la abogada cuenta con más de quinientas amenazas de muerte, entre otras formas de amedrentamiento, su defendido es trasladado a la cárcel militar de Ramo Verde, en Los Teques, a un par de horas de la capital.

Pronunciar el nombre de María del Pilar Pertíñez quizás no diga nada. Quizás sea más conocida por su diminutivo y su apellido de casada: Bony Simonovis, esposa del responsable de que las fuerzas policiales bajo su mando enfrentaran a pistoleros camuflados de civil que disparaban a mansalva contra manifestantes desarmados, a quien defiende.

ESCUCHAR LOS DETALLES

—La atracaron.

—Dónde.

—En la clínica Paraíso.

—Es el tercer carro que le quitan.

—La retuvieron desde las diez hasta la una, y la soltaron por un barrio.

—¿Andaba sola?

—No sé.

—Es muy traumático, estaba saliendo de la clínica.

—¿Y cómo hace uno en este país?

—Solo nos queda orar.

—¡Qué molleja! De terror esa vaina.

—A mi hijo lo operaron de apendicitis ahí.

—¿Cómo salió?

—Todo bien. Está en la UCI, recuperándose.

—Gracias a Dios.

—Pero pasando rabias con el seguro. Ya estaba comenzando a filtrarse porque no querían cubrir más que una parte. Tuvo que alzarse la doctora.

—Menos mal.

—Chicas, hay que ser precavidas. No se lo pongamos fácil a las personas que quieren hacernos daño. No se acerquen a sus carros hasta analizar quiénes están cerca. Si ven algo raro, no se acerquen. Desconfíen siempre.

—¡Si uno vive paranoico, encerrado, preso, e igual nos pasan vainas!

—Lamentablemente es así.

[…]

—Cómo estás.

—Cómo te sientes.

—Ya mejor de ánimo. Esperando poder rescatar el carro.

—Gracias a Dios no te hicieron nada.

—¡Ánimo!

—Ojalá aparezca el carro.

—Buenas tardes. Sírvanme uno, suavecito.

—Hoy dan de alta a mi flaquito.

—Dios te lo restablezca rapidito, mami.

—Un chiste. Un camarada militante le dice a otro: «Si tuvieras dos casas, ¿donarías una a la revolución?». «Sí», responde el compañero militante. «Y si tuvieras dos autos», repite el primero, «¿darías uno a la revolución?». «Sí», responde el aguerrido militante. «Y si tuvieras un millón en tu cuenta bancaria, ¿donarías la mitad?». «Lógicamente, la donaría». «Y si tuvieras dos gallinas, ¿donarías…?». «¡No!», grita el otro. El primero, sorprendido, pregunta: «Pero si darías una casa, un auto, medio millón, ¿por qué no dar una gallina?». «¡Porque las gallinas sí las tengo!»

—Chicas, mi hijo tiene que sacarse la cédula, ¿saben si hay jornada?

—No sé.

—Pero aquí en Ojeda la cola es menos fuerte que en Maracaibo. Hay que hacerla entre las 5.30 y las 6.00 a.m.

—Cuándo hacemos la reunión y qué llevará cada una.

—¿Dónde conseguís leche?

—¿Líquida o en polvo?

—Tengo guardada antes de que la patria esta se intensificara.

—Leche, no.

—¿Harina?

—La harina me la he comprado fuera. La traigo de otros estados. Así hago con todos los ingredientes básicos.

—Yo llevo los vasos desechables y té natural o refresco light.

—¿Quién llevará postre?

—Tu pie de limón se ve espectacular. Me babeo.

—Sí, chama, solo que la leche condensada no se consigue. Esa la hice porque me regalaron una latica.

—Yo voy a poner la carne mechada, el queso y el jamón para las megaarepas.

—Yo llevo las arepas.

—Faltan las salsas.

—Yo no tengo mayonesa.

—¿Vos con tus influencias podéis conseguir salsas?

—Salsa roja y mostaza, sí.

—Se pueden llevar dos aguacates.

—La torta se pondrá por las nubes.

—Entre tres la pueden poner, digo yo.

—Yo estoy bloqueada pero de aquí a ese día voy a buscar mayonesa.

—¿Aguacates?

—Yo, por mi trabajo venden.

—Quién me puede decir cuánto de cupo de dólares dan para viajar a Argentina.

—Creo que mil dólares.

—Chicas, estoy vendiendo un caucho Goodrich.

—El sábado fui a Costa Verde y en el Bicentenario solo había palmitos. Con el precio justo cada vez hay menos cosas.

—Yo no sé si el precio es justo, pero el salario no lo es. O sea, a un obrero se le va un salario de la semana con la manzana y la leche condensada.

—Triste, ninguno de los dos es justo.

—Qué locura de país.

—No solo al obrero. Al profesional también.

—Nuestra moneda no vale un coño.

—Cuánto costará una hallaca y un pan de jamón esta Navidad.

—El pan de jamón de 1.500 para arriba.

—Semana a semana irá subiendo. Para el 31 estará al doble.

—Más de uno no se comerá la acostumbrada cenita.

—Compren gallina, que cuesta como 2.000, y hagan sus hallacas. Ensalada y caldo. Para un grupo como de trece personas. Hay que hacerlo ya, porque no sé si para Navidad se podrá.

—Así mismo es.

—En el supermercado Mega 72, el pan de jamón vale 900, pero es pequeño.

—Allí venden hallacas a 2.000. Son pasables. Las de mi mamá son mejores.

—La gallina no se consigue.

—Chicas, a mí esta semana me traen gallinas.

—Una amiga tiene mayonesa Kraft, de 500 gramos. La caja de doce unidades, 4.800.

—La podemos comprar entre varias, si quieren. Y de allí sacamos para las arepas.

—Yo me anoto.

—En Makro estaba la misma caja en 1.200.

—¿De medio kilo? No creo.

—La mediana. Mi papá la sacó ayer y la repartió entre mis hermanas.

—No tengo carnet, me lo robaron.

—Y no están sacando, que es lo peor. Y quien no lo use por dos meses, se lo bloquean por tres.

—Qué locos. Hay que ser bachaqueros.

—¿La compramos entre las dos? ¿Alguien más se anota?

—La chama ya vendió las cajas que tenía. No me dio tiempo.

—Tranquila.

—Oye, ¿tienes pechuga de pollo?

—Parece que hoy llegan pero hay problemas con los pollos otra vez.

—¿A cómo es el kilo de las pechugas y del pollo entero?

—Mi suegra está tratando de ubicar Anastrozole para su tratamiento del cáncer. Si alguna sabe dónde hay este medicamento, mucho agradecería que me avise.

—Chicas, necesito comprar Implanon. Quien tenga contactos, porfi, me avisa. Y un contacto en Cantv, que tengo dos semanas sin teléfono local y con problemas de internet.

—En Instagram, esta persona vende Implanon.

—Cuánto cuesta.

[…]

—Estoy armando mi árbol de Navidad.

—Tengo que hacer el mío.

—Yo armé el mío el sábado pasado, y fui a comprar algún adorno nuevo y todo está carísimo. Lo dejé tal cual.

—Todo está incomprable.

—Una bambalina decorada que me gustó costaba 5.500.

—Hay que ponerse creativos, porque bolívares no hay.

—En Enne de la 72 hay luces led de cortinita en 400 y de cadena, en 800. Estaban a 2.000 pero las bajaron.

—A mí me bloquearon en esa ñoña.

—Vengo de la Barraca. Para desbloquear a alguien hay que ir por terminal de cédula y llegar a las 6.00 a.m.

—¡No!

—Mi mamá quiere pollo, ¿tienes ahorita?

—No, chama, no hay nada. Hay problemas en el matadero porque el gobierno quiere desviar todo a los abastos Bicentenario.

—Bueno, me avisas si te llega.

—Vendo 300 dólares, solo transferencia. A 835.

—Para tomar precauciones: Hidrolago no está clorando el agua por falta de suministro. Por eso el agua llega marrón y hay tantos casos de infecciones gastrointestinales. Qué más tiene que pasar.

—El agua de mi casa no sirve ni para lavar.

—¿Tú la hierves? Yo no tengo ozono.

—La filtro y la hiervo. No tomen agua de botellón ni en la calle.

—Yo la hiervo y me dan igual dolores de estómago.

—Hay un antiparásito que se llama Celectan. Es de amplio espectro. Si lo podéis ubicar, tomátelo.

—Ese se consigue pero hay que complementar con Metronidazol, y no hay en la farmacia.

—¡En Enne de la 72 hay arroz Mary y no hay cola!

—Ta'barato dame dos.

—Será que comeremos puro huevo porque el prócer de Arreaza dijo ayer que el cartón de treinta no debe pasar de 420, y que no lo compremos más caros.

—Sí, Luis.

—Ajá.

—¿El cartón a cómo?

—Pronto van a escasear.

—Cada semana aumenta entre 50 y 100.

—El cartón está entre 1.000 y 1.200.

—Los tendré que congelar. Malvado poder.

[…]

—¿Tenéis leche en polvo para que me cambiéis por harina de trigo?

—No, mi niña, gracias a Dios tengo harina pero ando buscando leche.

—Yo necesito leche y azúcar.

—Tengo harina. Si alguien quiere hacerme un trueque, que me avise.

—Compré un bulto de harina la semana pasada.

—Compré trigo, azúcar y arroz para una amiga que me iba a hacer un trueque pero me quedó mal.

—Arroz tengo, pero sí al azúcar.

—Okis, te llevo el azúcar. Mañana te llamo.

—Dale, pues.

—Leche a 1.200.

—Yo trato de no comprar bachaqueado. Estoy metida en varios grupos de Facebook, donde la gente hace trueques. Ya he conseguido varias cosas. Lo bueno es que los cambios son por productos del mismo valor. Ayer cambié dos *tripack* de jabón por mayonesa Kraft.

—Qué ha pasado con nuestra Venezuela.

—Volvimos al trueque, amiga.

—Chicas, mi hermana está cambiando estas toallas sanitarias por papel higiénico o jabón.

—Muchachas, donde vean cosas que comprar, háganlo. Todo viene con aumento.

—Que Dios y la Virgen nos ayuden.

—Todavía se consigue a precio viejo en Enne, pero no había mucho.

—En un supermercado Plaza vendieron el medio cartón de huevo a 168 y la gente se volvió loca. Tanto así que fui a varios supermercados y ya no se conseguían.

—Yo no conseguí hoy.

—Ya ni eso vamos a conseguir.

—Aprovecha y compra.

—Ayer me enteré que mataron a los dos chamos que me atracaron. Vi la noticia en el periódico. Vi las cédulas y los reconocí. Estaban secuestrando a una señora inválida en la clínica Paraíso. Me metí en Facebook, puse el nombre completo y los vi. Vi a sus familias.

[Conversación por WhatsApp de excompañeras de un colegio de Maracaibo, graduadas en 1992, durante los primeros días de noviembre de 2015.]

MÚSICO

La primera vez que estuve en un concierto de Sentimiento Muerto, yo tenía catorce años y cursaba bachillerato en el Instituto Escuela, uno de los colegios privados de Caracas donde estudiaba una parte de la futura elite venezolana, hijos de quienes gobernaban las empresas y el sector público. Formé parte de una generación llamada a tomar las riendas del país, pero que carecía de las cualidades para combatir la decadencia y que sucumbió ante los retos que se presentarían menos de dos décadas después. En la fiesta de cumpleaños de Patricia, que vivía en una quinta de Prados del Este, los cinco integrantes de Sentimiento Muerto subieron a la tarima instalada en el jardín. El sonido era pésimo pero se reconocían las canciones de los casetes que se regrababan hasta que el ruido blanco se sobreponía a la música. Recuerdo a Aquiles, un gigante gentil con camiseta recortada con huecos de rombos en espalda y pecho, que gritaba a todo pulmón «¡Cabeza!». Entonces la banda comenzó una de las más punk de sus canciones. Detrás de los músicos, el logo de la banda, un corazón dentro de un círculo de prohibido, que también estaba dibujado en algunas paredes de la capital, y el lema: «El amor ya no existe, hay que hacerlo».

Después de esa noche, los vi muchas veces más en lugares pequeños como Mata de Coco o en plazas enormes como El Poliedro, ante trece mil personas. Su música se vivía dentro de los ruedos anárquicos abiertos por los bailadores de *slam*, codo alzado y altas zancadas. En Playa El Agua, al escuchar los solos de guitarra de Cayayo y Pingüino en franca y salvaje comunión, Pat, un guitarrista aficionado, me dijo: «¡Cómo han aprendido a tocar!», antes de lanzarse a bailar en la arena. Y en un festival celebrado en un viejo autocine de El Cafetal, salieron a escena a las cuatro de la madrugada, después de un diluvio durante el que gran parte del público no se movió. Algunos se amontonaron en una maloliente letrina techada. Yo me cubrí con un chubasquero amarillo y me senté en el asfalto. Cuando escampó escuché uno de los mejores conciertos que recuerde. Sentimiento Muerto tocó bajo el riesgo doble de electrocutarse o sucumbir bajo las

toneladas de agua de lluvia acumulada sobre la gran lona que servía de techo provisional.

Aún hoy escucho las canciones de Sentimiento Muerto; las oigo justo en este momento en que escribo. En mi iPod coloco sus maquetas —no todas libres de influencias inmediatas como The Police o The Cure— y el primero de sus discos cuando quiero sentir algo de aquella furia adolescente que me invadía en el colegio y en la universidad.

Sentimiento Muerto existió mucho antes que sus álbumes. Cuando apareció el primer disco, producido por Fito Páez después de que ellos despidieran a Andrés Calamaro, algo de su fuerza *punk* quedó en el camino. La producción de *El amor ya no existe* introdujo arreglos de teclados que endulzaban la composición. El segundo disco, *Sin sombra no hay luz*, contuvo la fuerza primigenia de la banda con la grabación de varias de sus maquetas, aquellas que iban y venían en casetes TDK, con algunas composiciones nuevas en las que se extrañaba la rebeldía y la protesta iconoclasta, quizás por la partida de su primer batería, Alberto Cabello, responsable de buena parte de las letras. Entre las primeras y las últimas canciones se aprecia un abismo. El tercer disco, *Infecto de afecto*, irrelevante, posee pocos destellos de la genialidad increíble que habían mostrado en la temprana adolescencia de sus miembros. La baja de Pingüino, guitarra rítmica, iniciaba la cuenta regresiva. Disuelto Sentimiento Muerto, se hizo nítido el enorme talento de Cayayo, perfil de héroe de manga, cuerpo de cuerda de guitarra sin diapasón, cabello de ninja.

En el patio de la casa familiar de Altamira donde vivía, Cayayo, el menor de diez hermanos, me dijo que su nueva banda, Dermis Tatú, había nacido antes de la separación de Sentimiento Muerto. Afirmó que aquella agrupación se había convertido en industria. Más que una separación, el cambio de nombre camuflaba la expulsión del vocalista Pablo Dagnino y la renuncia a la más que posible rentabilidad de la marca. En ese patio, que recuerdo arbolado, quizás con matas de mango, y con cemento y jardín, había un cuarto de servicio reacondicionado como estudio de música, con paredes y techo forrados de láminas de corcho. La batería de Sebastián Araujo estaba en un rincón y los amplificadores, uno para el bajo de Héctor Castillo y otro para la guitarra de Cayayo, sobre atriles que los elevaban del desorden. El estudio seguía inconcluso a mediados de los noventa, cuando Dermis Tatú creó una discográfica propia, Tas Sonao Récords, para editar su disco *La violó, la mató y la picó*, una frase tomada del titular de un periódico de crónica roja. Reunió once temas, que cantaba Cayayo. En conciertos tocaban unos cuantos más, pero el segundo disco nunca llegó.

Recién llegado de Buenos Aires, a donde había viajado con Dermis Tatú para una estadía de tres semanas que se alargó a cinco meses,

Cayayo me dijo que *rock and roll* era Héctor Lavoe, uno de los cantantes de salsa brava que en los setenta salió de Nueva York, ciudad que reunió influencias portorriqueñas de Colón, Maelo, Feliciano y Lavoe, cubanas de Celia Cruz, panameñas de Blades y norteamericanas de Tito Puente y Larry Harlow. Bajo el sello Fania se grabó una música que recorrió transversalmente la sociedad venezolana en todos sus estratos. Ese culto que, según Cayayo, «expresaba el problema rocanrolero en salsa», lo reflejó después en el último grupo, Pan, del que quedaron registradas siete canciones grabadas en directo en el Teatro Nacional de Caracas en 1998. Sin deslizarse al jazz fusionaron la salsa de la Fania con el rock y añadieron el fraseo del rap. La letra de las composiciones también tenía influencia de los héroes de la salsa neoyorquina. En este proyecto, Cayayo se reunió con el bajista primigenio de Sentimiento Muerto, Wincho.

En noviembre de 1999, Cayayo murió pocas horas antes de un concierto de Pan. Cuando se aproximaba la hora del toque, en los alrededores del teatro Radio City la noche atraía los rumores que más tarde se confirmaron. Heroína. Para rendirle homenaje, sus antiguos compañeros de Sentimiento Muerto se reunieron por única vez. No hubo anuncios previos, ni publicidad. Quien supo lo que ocurriría, se acercó al teatro. En esta coda se aparcaron largos años de diferencias. En medio del escenario había un telón en blanco. Y, como si fuera una pared inmaculada, se llenó con el corazón que Edgar Jiménez, breve guitarrista de Sentimiento Muerto y autor del logo que usarían siempre, pintó en vivo con un *spray*. Sobre él escribió «Cayayo». El Radio City explotó con los primeros acordes de «Cabeza»:

Atrapado en el fondo de una depresión,
con mi corazón bombeando tanto dolor,
la esperanza regada por el piso
exhibiendo ahora otro color.

Pablo Dagnino salió a escena con una camiseta blanca corta con el corazón prohibido pintado en el pecho, como la que usó en casa de Patricia cuando los vi por primera vez. Detrás, Alberto Cabello. Delante, Wincho y Edgar Jiménez, que empuñó la guitarra. De la primera formación solo Pingüino se negó a tocar. Estaba presente, pero vivía el luto a su manera, sentado en primera fila. En sustitución de Cayayo tocó José Luis Pardo, músico de Los Amigos Invisibles, banda de *acid jazz*. En «Sin sombra no hay luz», Cabello cedió el asiento a Sebastián Araujo y poco a poco se sumaron otros músicos. Esa noche reaparecieron los casetes regrabados, las fiestas de Prados del Este, las horas perdidas en Plaza Las Américas, la caminata del

Instituto Escuela hasta Concresa. La misma piel erizada de la primera vez; la letra escrita en los cuadernos del colegio:

En un calendario de imágenes,
flotando en la alegría de querer ver,
y con toda esta agonía
pasaron los días
con una esperanza que se fue.

La última vez que hablé con Cayayo ocurrió en una casa no sé dónde, en una celebración de no sé qué. En una esquina del jardín, él estabasentado en una mesa con Pingüino, de espaldas al bullicio, refugiados uno en el otro. Recuerdo la amabilidad y la fragilidad de ambos. Era una noche fresca. Fumé cualquier cosa, bebí lo que había. Nos echaron de la fiesta y, con la prisa, me despedí con la mano, de lejos. Aunque la nostalgia se haga infinita, no se vuelve a cumplir catorce años.

RETORNO A BELLO MONTE

El taxista habló: ¿Qué, un amigo? No habían intercambiado palabras durante el viaje. Pero la aparición del edificio al final de la cuesta conmueve por lo que guarda. Antes de abordarlo en el aeropuerto le preguntaste cuánto por llevarte a la morgue de Bello Monte. Un formulismo, no sabes de precios. Hacía mucho que no regresabas a tu país. Antes de apearte, solo un gesto afirmativo para que no requiebre la voz. El amor solo tiene que demostrársele a quien lo provoca. Era un domingo brillante, a pesar de todo. Los patólogos prefieren los días nublados porque dentro no hay refrigeración. Con viento, el vaho camina la rampa que permite que la boca abierta de la camioneta que lleva los muertos quede al ras del suelo. Nadie los carga; se arrastran. Y así se hace perpetua la estela de sangre a veces seca, a veces fresca. Interrumpe el sendero una cancela de metal sin llave. Nunca cierra. Los acribillados llegan a cualquier hora. Igual que el viento que esparce el olor de la carne que se pudre dentro. Ocho hombres desnudos están abiertos en canal. Flácidos, morenos. Solo a una mujer la cubre una sábana. Una última cortesía en el reino de la abyección. O un olvido.

Hay cinco bandejas plateadas, ensangrentadas, con rueditas atrapadas por los cuerpos que cubren el piso. Él, a quien buscas, yace sobre una bandeja. La tuvo para sí solo, a pesar del hacinamiento, durante dos días. Los dos días que demoraste en llegar. Hasta que trajeron a los ocho caídos en un enfrentamiento con la policía. Ahora unas piernas aplastan el brazo encogido y petrificado de tu cuerpo, el que viniste a identificar y recoger, esa parte de ti que ya no estará más. La sangre de alguien que no te importa, alguien al que arrojarías y escupirías antes de incendiar este sitio, lo ensucia. Trajeron tu cuerpo para acá. Poco importa el porqué. Está aquí y quieres llevártelo. No merece este final. Sin embargo, tengo suerte, te dices. La demora, que hincha y amorata, te permitió llegar a tiempo para tocarlo por última vez. Primero, su mano. Fría. Sudas, te retiras un paso y enseguida avanzas.

Pisas algo que no miras, una mano, un muslo. Tocas su cabello.

Siempre lo recordarás gris, aunque sabes que fue negro. Lo persignas. Solo piensas que no merece estar aquí. La náusea. Después que entierres sus cenizas, nada más quedarán imágenes nubladas que danzan en tu cabeza y pierden nitidez, como si las cubrieran las gotas que se deslizan en una ventana. Lo primero que se borra es su voz. Las fotos no hablan.

Alguien que se difumina. Te recuerdas a ti con esa persona. Y no a la persona. Quisieras reencontrar qué era esa humanidad. Pero necesitas información para razonarla. Es tarde. Ya no podrá responder a tus preguntas, tantas veces aplazadas. Ni siquiera logras identificar cuál es tu primer recuerdo con él. Imaginas lo que te contaron alguna vez. Te llevó consigo cuando allanó un casino ilegal. Ibas de su mano cuando ordenó recoger los manteles repletos de fichas. Eso te dicen. Tienes memorias propias, donde sabes que estaba él, pero no le ves. Reconstruyes tu primer recuerdo completo con él. Navegaban, la lancha se hundió lejos de la costa, él se colocó detrás de mí y me sostuvo con sus brazos, pues yo no sabía nadar y él estuvo infinito tiempo pataleando en el agua para mantenernos a flote y pasó un yate y grité y sacudí mis brazos que estaban libres y aquella gente devolvió el saludo y se alejó y él siguió pataleando y yo quería separarme para que descansara y me gritó que me quedara quieto y no lo oí más porque su cabeza ya estaba bajo el agua y entonces volvió la gente del yate porque les pareció rarísimo que alguien se bañara tan lejos de la costa y nos rescataron y a mi padre lo sacaron cuando hacía mucho que se había ahogado sin dejar de alzarme ni de patalear y le acostaron en la popa y le dieron respiración artificial y reaccionó y sus ojos buscaron a su hijo. Tú lo mirabas pero no recuerdas si entendías, crees que no, lo cerca que estuvo de destruirse para salvar tu vida.

Lo abrazaste cuando supiste que no querías ser juez de sus actos. Elegancia, palabra con que le definirías. Qué más. Surge la niebla. Quién era, quisieras saber. La miopía se interpuso en los estudios infantiles. Fueron muchos años de calígine más allá de su brazo estirado. Sus primeros anteojos, recién cuando ingresó en la universidad, un año antes de que su madre aceptara, por escasos centavos, enviarle a una mina de la sierra peruana. Adiós conocimientos. Era su deber enterrarse allí, mantener a la familia sin padre que vivía en la capital. Nada para sí. Barbudo, flaco, alto. Sombrero, fusil, ropaje raído. Un par de fotos, ahora extraviadas, donde sale con un osezno que crio, es todo lo que quedó de aquello. También su confesión: «No guardo rencor a mi madre, tu abuela». Años después lo primero que él recordaría de ella serían sus palizas. Tú, en cambio, la verás siempre sentada al filo de la cama donde frotaba sus manos artríticas, lloraba impotente y disimulaba al sentirse observada.

La tarde de aquel día desmantelaste esa biblioteca de dos mil libros. Todos leídos, subrayados. Ya sin deudas, él trató de recuperar el tiempo perdido en la supervivencia. La muerte llegó cuando acallaba sus fantasmas y comenzaba a conocer la calma y el goce. No te extraña. Ha sido el último hacer de una vida injusta. Planes y alegrías postergadas en vano. El corazón que revienta. Infarto inesperado y fulminante que deja una casa silenciosa, un televisor apagado en el partido más emocionante del Mundial de fútbol. En el velorio pululan disfraces de amistad que sirven para arrancar los ojos a sus deudos. Hijos de puta como la parca impaciente. Los enmascarados y sus tretas en marcha. Lloran y reparten tarjetas durante el entierro. Cremación. Todo convertido en cenizas que caben en una cajita que puede rodearse con las manos. Los dolores desinteresados no necesitan mostrarse. Los fingidos, al contrario.

Quieres buscarlo por última vez en su cueva, donde no estará más. Encuentras una radiografía con fecha del deceso y una ficha que dice: Doctor Emerg. Un culpable, piensas hacia dónde dirigir tu furia. Buscar, agredir al doctor Emerg. Al rato comprendes. Emerg, emergencia. El bálsamo se esfuma. En la oscuridad te sientas en el sillón. Quizás aparezca. Quizás se despida. Ninguna señal. Solo te queda embalar sus cosas. Puedes elegir con qué te quedarás. La ropa siempre te quedó grande. Quieres los libros, los discos y algunas piezas que adornan los estantes. La elección es simbólica. No te llevarás nada al país donde ahora vives. Quizás un recuerdo que quepa en la maleta. Especie de *souvenir* familiar, una oda a la melancolía. La idea de adueñarte de la sacrificada siembra de tu padre intenta sobornarte. Renegar del destino es difícil siempre. Pero permanecerás en tu país apenas el tiempo necesario para espantar a los cuervos y volverás a alejarte. Tu estómago se hunde tratando de expulsar algún grito, sin éxito. El llanto siempre es inútil. Enciendes la luz. Tal vez sí hubo señales y no las viste. Ese cuadernito de páginas blancas y tapas forradas en tela, un manuscrito, encima de la mesa. Carta de despedida escrita siete años antes del final. Postergada. Inconclusa. Lo que te cuenta de sus primeros cinco años de vida despeja a tu padre de la bruma. Comprendes, al fin, lo que decidiste nunca enjuiciar. Primera memoria de su existencia: el asalto a su ama en unos algodonales. Verla sangrando. Violada. Ultrajada. Segundo recuerdo, un embargo. Tribunal, policía, gritos. Desnudan la casa de muebles. Nada más queda su madre, tu abuela, esa, en un rincón, llorando. Confusión constante. Indefensión. Hacerse hombre al mejor estilo de tu abuelo, ese padre ausente, diferente al tuyo que siempre estuvo ahí, a veces invisible.

Como ahora que te obsequia sus recuerdos más antiguos para compensar tu mala memoria y desatrancar tu pecho y recobrar las

lágrimas secadas en el reino de la abyección. La morgue de Bello Monte. Al fin útil, el llanto comparece. Engañar a la memoria es también un acto de amor; de piedad.

EPÍLOGO

(EXTRAÑEZAS Y REMINISCENCIAS DE UN VENEZOLANO EN MADRID)

Cuando tenía siete años me acerqué a mi padre que veía televisión. Era una película bélica. Me senté con él y le pregunté: Quiénes son los buenos. Mi padre me respondió: Depende. Y me explicó que los que morían a mansalva —asiáticos— defendían su territorio y sus familias, mientras que los protagonistas que avanzaban con valentía —norteamericanos— defendían la imposición de leyes con las que creían que salvarían lo que quedara de ese territorio y de esas familias.

* • *

La política depende de la moral: la que existe y la que se quiere imponer.

* • *

Una de las consecuencias de la dicotomía en las posiciones ideológicas y políticas es la retórica del «nosotros» contra «ellos». En la agrupación se exige lealtad y sucede la solidaridad automática, la escasa o nula autocrítica, la indulgencia veloz y falaz. Se exime y arropa al individuo que conforma el «nosotros» cuando es señalado por los hechos, aunque sea acusado con la contundencia de lo inexorable.

* • *

La polarización reduce a la sociedad a «buenos» y «malos», como en las películas bélicas, donde cada uno se contempla según su propia perspectiva. Y los que se agrupan necesitan que los contendientes sean también compactos. Átomos libres e independientes son difíciles de enfrentar. La efectividad exige que se concentre el ataque, o la

defensa. Así, la disidencia al grupo es unificada para los que quieren contrarrestarla, sin importar la heterogeneidad que pueda tener cada argumento, cada fracción social e intelectual.

* • *

La primera acción del sectarismo, por tanto, es silenciar, apagar, eliminar aquellas culturas que no siguen la doctrina, y que han sido compactadas, gracias a la magia del lenguaje, en una sola entelequia.

* • *

La retórica dicotómica lleva al miedo de expresión. El «nosotros» contra «ellos» no deja lugar a los grises. Quien critica es señalado. Las sospechas, el endose automático de crímenes, la sombra eres. Quieren transformar la crítica en silencio.

* • *

La frontera que delimita el «nosotros» es nítida. Una línea gruesa que se levanta alrededor de un sector. Quien pertenece allí se esfuerza por ser identificado: adoctrina y es adoctrinado.

* • *

Para que esa delimitación nítida hacia adentro sea funcional, se requiere que la frontera hacia afuera sea difusa. Ese «ellos» logra sobrevivir en el discurso gracias a esa difuminación.

* • *

En la retórica totalitaria, los hechos se disuelven en la opinión. Realidad y conjetura son una sola. El verbo crea la acción. Así, la realidad se lleva al terreno de la interpretación. Lo sucedido es desestimado a favor de la idea sobre lo que debía suceder. Se desvirtúa el hecho a favor de la palabra. Un espejismo que permite desdibujar lo real, lo constatable, lo visible y lo palpable. Y así, en ese plano, el sector —en su totalidad aglutinadora— refuta. Todo puede ser contradicho, desmentido, oscurecido, desconocido, aunque esté allí, nítido. Bajo esas circunstancias, demostrar los hechos nada vale. Importa quién cacarea más, quién argumenta con aparente mayor solidez.

* • *

No hay regeneración sociopolítica posible cuando el que promulga un cambio es igual al otro en el fondo pero diferente en las formas, solo amparados en el «nosotros» contra «ellos». Ante la falta de profundidad, los regeneradores buscan distinguirse en la superficialidad. Pueden incluso producir «razas» por medio de la forma de vestir. Estas razas textiles, ya sea por los colores o los emblemas que portan, son enseñas reconocibles.

* • *

Lo que escribes te retrata. Lo escrito te retratará siempre.

* • *

No todo lo que causa gracia a una mayoría es humor. Puedes matar a un perro mientras te ríes con tus amigos. Hay burlas (en forma de chistes y caricaturas) que, aunque se disfrazan de denuncia, banalizan la crueldad de otros. Los holocaustos, los genocidios, aquello que desprotege y se ensaña con las minorías o los débiles, aquello que contradice lo democrático y los derechos fundamentales.

* • *

Los chistes son mínimos relatos que contienen ideología. Quien los difunde, quien se los apropia y dota de su propia voz, suscribe la intención con que fueron creados.

* • *

Calificar de «humor negro» como justificación a un dardo ideológico es parte del proceso de trivialización, normalización y perpetuación de actos que deben ser siempre confrontados, rechazados. Humor negro, como eufemismo de ensañamiento; humor étnico, de racismo… El lenguaje todo lo permite, tiene capacidad para enmascarar cualquier cosa.

* • *

Es fácil saber cuándo una sociedad sucumbe a la dicotomía, pues

se juzga con doble raciocinio y moral.

* • *

A partir de actos similares, juzgan que «ellos» son peores (cuando se ataca) o iguales (cuando se defiende).

* • *

Más que hablar de «nosotros» y «ellos» hablemos de ambiciones: del «poder consolidado» y el «poder emergente». Unos y otros, agrupados y organizados, pretenden detentar el poder. En el movimiento y la pujanza, unos buscan permanecer; otros, llegar y, después de llegar, permanecer.

* • *

La política parece reducirse a esa idea de permanencia.

* • *

La idea de permanencia es colectiva e individual. No hay renuncias. El individuo agrupado tiene como meta llegar a ejercer el poder a favor de su colectivo, gozar de la beca que da el cargo, obtener la carta blanca de los privilegios.

* • *

Si resbala el líder, si tambalea el eslabón superior del organigrama, la muchedumbre agrupada defiende. Para defender, trivializan.

* • *

Los consolidados y los emergentes parecen coincidir en la jerarquía dada a la lealtad a las siglas, al partido, a la bandera, al color, a la insignia, al líder. Si hay que aplaudir, se aplaude. Si hay que reír, se ríe. Si hay que amedrentar, amenazar, desobedecer… Es el político de organigrama el que tiene derecho al ascenso.

* • *

En un contexto en que se premia la incondicionalidad al líder, ¿qué

causa la inhabilitación política cuando la lealtad vale más que las credenciales, la experiencia, la eficacia?

* • *

Coinciden en la defensa a ultranza a «sus» políticos de cuadro, a quienes les tocó un número en la lista gracias al dedo del líder y luego un cargo en la negociación entre las fuerzas políticas de turno. Las ideologías se estrechan las manos en los medios para retener el poder, en ese objetivo único de colocarse y consolidarse. En ese «quítate tú para ponerme yo», los líderes de los partidos, nuevos y viejos, no aceptan que se les discuta. No admiten ningún escenario ni debate que ponga en peligro su consolidación en el poder. Es la raíz de la ausencia de democracia a la hora de gobernar, el fondo del asunto.

* • *

Emergentes y consolidados, sean «ellos» o «nosotros», desafían las normas de convivencia democrática: unos irrespetan creencias y éticas y llaman a la violencia y el linchamiento; otros ejercen esa violencia de Estado desde la legislación y desde las acusaciones lanzadas a través de los púlpitos institucionales; y ambos quiebran las normas democráticas con el mismo tono en la malinterpretación de las reglas. Solo invierten los personajes y los intereses.

* • *

Pero los consolidados han ejercido el poder y sus delitos, sean o no reconocidos por las decisiones finales de los tribunales, van más allá del verbo, aunque luego la retórica intente disfrazar los hechos.

* • *

Sin embargo, la escasa ética de los consolidados no hace mejor a los emergentes.

* • *

Los hechos importan a quien quiere informarse, educarse, formarse una opinión propia. Quien cree solo lo que desea creer, busca el eco de su gallo en el cacareo del corral. De trasfondo, el grito «¡Que vivan los argumentarios!».

* • *

La violencia verbal se diluye y solo si se reitera una y otra vez hace que permee en una sociedad. Por el contrario, la violencia textual se asienta y permanece con la potencia de la consigna. Entre dos aguas, las redes sociales, que fijan la oralidad sobre un soporte destinado hasta ahora a lo textual. Allí la consigna se repite ante el vacío de debate. El verbo incendiario quiere fuego. Alebresta a los oyentes. Gusta porque la masa confía en unificarse para ejecutar linchamientos.

* • *

El odio y el resentimiento son pegamentos sociales fuertes y evitan la profundidad del pensamiento.

* • *

La racionalidad remarca a un individuo, lo aleja de la masa. La inteligencia rompe la cohesión.

* • *

La emoción por encima de la racionalidad. Preponderar el discurso rápido y certero hacia la emoción. Más concretamente, el miedo, por una parte, y la sensación de despojo, por otra. Los consolidados azuzan con la revancha y venganza de los emergentes. Los emergentes esgrimen el egoísmo de los consolidados y la explotación de sus iguales.

* • *

El miedo se sostiene en que perderás lo conseguido o lo que podrías conseguir de continuar la política actual.

* • *

Toda retórica populista se asienta en ese sentimiento de haber sido despojado y en la promesa de una reconquista.

* • *

La sensación de despojo se instala en quien cree que merece más

de lo que tiene. Que, por no tenerlo, alguien se lo ha quitado. Una sensación de traición y promesa incumplida. No conozco a un hijo de español menor de cuarenta años que haya trabajado más que su padre; no conozco a un hijo de español menor de cuarenta años que no crea que merece vivir mejor que su padre.

* • *

Ante el largo camino de la justicia, el ajusticiamiento.

* • *

El ajusticiamiento se hace en los medios de comunicación, en los actuales medios. Twitter no es fútil. Lo saben bien los totalitarismos que arrestan y persiguen a los tuiteros.

* • *

En ambos casos es muy útil el enemigo invisible. Una entelequia no fabrica una imagen en el inconsciente colectivo. Así se identifican con colectivos difusos, poco concretos. De la oligarquía al lumpen. De la autocracia a la invasión. Luego, son intercambiables, reusables, desechables. Y siempre puede fabricarse un nuevo fantasma agazapado.

* • *

Los enemigos invisibles sirven para justificar la ineficiencia, evitar el debate, cambiar las leyes, proteger al que comete ilegalidades o crímenes, avasallar a los ciudadanos incómodos, apresar opositores, desconocer resultados electorales, practicar la solidaridad automática. Los enemigos invisibles e incomprobables han sido útiles a unos y a otros.

* • *

¿Puede pasar en España con la ascensión de las coaliciones de izquierda al poder lo que pasó en Venezuela con la llegada de Hugo Chávez? Los contextos históricos son distintos y se abren diversos escenarios ante las posibilidades de ejercer el poder. Los proyectos democráticos de uno y otro país también tienen diferencias pero son frágiles como todo proyecto que, como la misma democracia, puede ser modificado. Podría pasar pero no tiene por qué pasar.

* • *

Como demócrata, despojo a los totalitarismos de su propaganda ideológica. Todos se concentran y sostienen en la misma intención: la concentración absoluta de un poder sin alternancia; en el desprecio de los que están fuera del círculo.

* • *

Abanderados por una ideología o por otra, los autócratas del mundo tienen dos grandes lineamientos tras apropiarse del poder: militarismo y autarquía.

* • *

La dicotomía y el poder que ofrece seducen incluso a mentes lúcidas que abrazan a líderes que copian las palabras sátrapas, que emulan la indecencia del dictador camuflado en campechanía, que aplauden sus retos absurdos a las normas democráticas.

* • *

El discurso y la vocación totalitaria puede apropiarse de cualquier ideal que bien suene. El populismo de ocasión. No hace falta aplicarlos realmente. Basta con decir que se aplican. El objetivo final es afianzar un totalitarismo sin más objetivo que la perpetuación en el poder de ese poder emergente.

* • *

El totalitarismo es siempre bipolar: paternalista e iracundo. «Nosotros» versus «ellos». En el fondo, los líderes versus los demás.

* • *

Las reglas democráticas pueden utilizarse para que la propia democracia se suicide. La historia minúscula de las naciones enseña que es más fácil de lo que parece. Ingredientes: a una débil separación de poderes añadir una enorme corrupción, normalizar con el cambio de las leyes y las amnistías, batir con complacencia los intereses transnacionales y cumplir con la cuota de trasvase de riqueza de los

países mentores, aun a costa de despojar a sus ciudadanos. Siempre que exista ese trasvase, nadie de afuera hablará de libertades. Y los que lo hagan desde «adentro» son «ellos» que acechan.

* • *

El proceso incluye el vaciado de contenido de palabras que alguna vez significaron otra cosa: igualdad, justicia, libertad.

* • *

Sin embargo, solo la democracia puede ser garante de un cambio social.

* • *

Frente a la democracia, el poder autócrata desea un gobierno de los *hooligans*, defendido por los que gritan y amenazan, por los que desfilan en masa y defienden una camiseta. Los leales a quien les paga. No exento de cinismo, puede llamarse democracia participativa, en oposición a la representativa.

* • *

Cuando la máscara democrática sirve, se usa. Cuando deja de servir, se desecha.

* • *

Un poder emergente puede consolidarse y seguir utilizando la retórica del emergente, sin importar el tiempo que ha detentado el poder. Es una estrategia funcional para disimular la ineficacia y el totalitarismo. Los «otros» siguen acechando, amenazando, controlando el poder, dicen. El poder consolidado se disfraza de emergente.

* • *

La retórica del periférico consiste en que «ellos» serán siempre el statu quo, mientras que «nosotros» seguirán planteando escenarios como si no tuvieran representación y poder.

* • *

Suele suceder que la democracia es vulnerada con actos cobardes que atentan contra el Estado de derecho que, a su vez, protege, hasta cierto punto, esos actos. Actos cobardes como irrumpir en un templo católico —a otras religiones se les teme precisamente por esos fanáticos que no acatan el Estado de derecho—, como amenazar desde el otro lado de la pantalla, como redactar leyes que prohíben la manifestación y la denuncia a las fuerzas policiales, como aprobar esas leyes, como apuntar con la artillería de los medios de comunicación afectos al poder consolidado contra aquellos que han ganado con los votos un lugar dentro de la política.

* • *

El verbo del enfrentamiento tiene la finalidad de incendiar a los «suyos», sí, pero también a quien desafíe ese discurso. Al apelar a la emocionalidad, el mensaje dicotómico los convierte al instante en enemigos. Los invisibles han asomado por fin la cabeza, dicen.

* • *

La agresividad marca el tono y cercena la razón. Violencia. Ardor. Odio. Las líneas se demarcan y la población se separa. Y cuando eso ocurre, como cuando ocurre una guerra, se sigue a un líder, y quien marche contra él, o se haga creer que se opone, se percibe que atenta contra ti, contra tu familia, contra tu propiedad.

* • *

Entonces, se ratifica que la mayor virtud es la lealtad. Pensar, negociar, buscar consenso es una traición. No hay diálogo. Solo apariencia de diálogo bajo la que se ampara la traición, el saber que el poder —sea que defienda su posición o que haya emergido al fin—, no cederá. La intransigencia.

* • *

La democracia ha muerto cuando se instauran plebiscitos guiados por la voz del amo, que al fracasar se repiten una y otra vez, buscando la abstención del opositor cansado del lenguaje de calle, del maniqueísmo, del cambio de reglas. Así se logra imponer el que más grita. Es el sistema del *hooligan*, del que insulta en el estadio y saca un pañuelo blanco. Hordas que repiten consignas y expulsan el debate

racional y civil.

* • *

Estas ideas fluyen mientras camino por Madrid. Un venezolano en Madrid. Un venezolano socialdemócrata en Madrid. Un venezolano de la izquierda democrática en Madrid. Un venezolano, que no nació en Venezuela y que es de una izquierda sin carnet, se pasea por Madrid. Un Madrid de cambio en cuanto a actores políticos aunque está por ver si también de políticas.

* • *

Un esperanzado pero no un entusiasta.

* • *

Un extranjero pero no un turista.

REFERENCIAS Y AGRADECIMIENTOS

Los textos de este libro son reescrituras de crónicas, reportajes, entrevistas y artículos de opinión que publiqué en diarios y revistas desde los años noventa y hasta el año de esta edición. Comencé a trabajar como redactor en la agencia Notiexpress, cuando en la madrugada llegaban las primeras tiradas de los diarios nacionales. No eran tiempos de internet ni ediciones digitales. Leía cada artículo de opinión y reducía su esencia a pocas líneas. Al mismo tiempo comencé a colaborar con la revista dominical *Estampas*, coordinada por Norys Vásquez, donde hice reportajes sobre ecología y una serie de entrevistas a músicos de la movida *underground* de Venezuela. A los temas «duros» de la política y la economía nacional llegué cuando comencé a colaborar en el dominical *Siete Días*, del diario *El Nacional*, bajo la jefatura de Hugo Prieto y Sergio Dahbar. De allí pasé a formar parte del equipo fundador de la revista *Primicia*, dirigida por Carlos Blanco y con Javier Conde como jefe de redacción, aunque algunos meses más tarde volví a *Siete Días*.

Tiempo después, Conde y Juan Carlos Zapata me ofrecieron dirigir las páginas de Economía del vespertino *TalCual*, que se fundaría bajo la dirección de Teodoro Petkoff. Acepté. Aquellas noticias diarias sobre finanzas, como la corrupción del Plan Bolívar 2000 gestionado por militares, no encontraron acomodo en este libro. Permanecí en *TalCual* hasta que emigré a España y, en la distancia, mantuve una columna, «Crónicas del extrarradio», y colaboré con el suplemento cultural *Verbigracia*, de *El Universal*, cuando lo dirigía Patricia Guzmán.

Los trabajos recientes que se editan ampliados en este libro fueron publicados en los diarios regionales del grupo Vocento, dirigidos por Benjamín Lana, en la agencia de noticias Colpisa, bajo la responsabilidad de Alfonso Rodríguez Aldeyturriaga, y en las revistas *XL Semanal*, que conduce Mar Cohnen, *El Estado Mental*, dirigido por Borja Casani con la coordinación de Toño Angulo y Fidel Moreno, y *Etiqueta Negra*, editada por Julio Villanueva Chang y Lizzy Cantú.

Con estas crónicas pretendo retratar un país amado, por medio de las historias de algunas de sus gentes. Soy consciente de la elipsis que

existe entre los períodos que abarca este libro, que se nutre de la edición de *Cédula de identidad*, publicado en Venezuela en 2013 por la editorial La Guaya/ Biosfera, dirigida por Julio Mazparrote.

A todas estas personas les agradezco su apoyo y orientación.

Por sus consejos constantes, dedico este libro a los periodistas Giuliana Chiappe y Bernardo Fischer.

Estas son las referencias de publicación de la versión original de los trabajos seleccionados para esta edición, en orden cronológico:

«Dermis Tatú». *Estampas, El Universal*, pp. 24-26 y 45, Caracas, 12 de febrero de 1995.

«Bolívar del 23». *Primicia*, pp. 18-19, Caracas, 14 de octubre de 1997.

«La burla cedulada». *Primicia*, p. 22, Caracas, 23 de diciembre de 1997.

«¿Qué policía manda en Petare?». *Primicia*, pp. 4-7, Caracas, 20 de enero de 1998.

«Conflicto en el corazón de la selva». *Primicia*, pp. 27-32, Caracas, 20 de enero de 1998.

«Medios excomulgados por poder». *Primicia*, pp. 4-8, Caracas, 24 de febrero de 1998.

«La próxima generación será subnormal». *Primicia*, pp. 4-8, Caracas, 31 de marzo de 1998.

«Llegan engañados y regresan escarmentados». *Siete Días, El Nacional*, p. H/6, Caracas, 21 de febrero de 1999.

«La fama abandonó a Orangel Delfín en un centro de indigentes». *Siete Días, El Nacional*, p. H/2, Caracas, 11 de abril de 1999.

«La maldición de Las Cristinas convierte lingotes en litigio». *Siete Días, El Nacional*, pp. H/1-H/2, Caracas, 16 de mayo de 1999.

«La reforma del código penal se desploma ante la opinión pública». *Siete Días, El Nacional*, pp. H/8-H/9, Caracas, 5 de diciembre de 1999.

«La nueva era patriótica hunde sus raíces en el arte». *Siete Días, El Nacional*, p. H/8, Caracas, 9 de enero de 2000.

«El ministro Arcaya ya abandonó Carmelitas». *Siete Días, El Nacional*, p. H/8, Caracas, 16 de enero de 2000.

«La última noche de Sentimiento Muerto». *El Nacional*, p. B/14, Caracas, 16 de enero de 2000.

«Quebró Fundapatria». *TalCual*, p. 11, Caracas, 28 de abril de 2000.

«Cavendes, tremendo guiso». *TalCual*, p. 1, Caracas, 4 de mayo de 2000.

«Bs. 127 millones en comisiones». *TalCual*, p. 12, Caracas, 8 de

mayo de 2000.

«Un castillo de naipes salva Profimerca». *TalCual*, p. 12, Caracas, 11 de mayo de 2000.

«En tesorería era la cosa». *TalCual*, p. 11, Caracas, 17 de mayo de 2000.

«Cavendes cayó al desmaterializar los TEM». *TalCual*, p. 11, Caracas, 26 de junio de 2000.

«Cavendes falsificó bonos y maquilló balances». *TalCual*, p. 13, Caracas, 10 de julio de 2000.

«La segunda muerte de Cavendes». *TalCual*, p. 11, Caracas, 17 de octubre de 2000.

«Fogade exige activos de Cavendes». *TalCual*, p. 29, Caracas, 20 de octubre de 2000.

«Crónica de una inauguración con el presidente Chávez». *TalCual*, p. 13, Caracas, 27 de marzo de 2001.

«El casting más fastuoso de la historia». *TalCual*, Caracas, 4 de mayo de 2001.

«El negocio de las chicas buenas». *TalCual*, Caracas, 11 de mayo de 2001.

«Sumergir y reflotar es la política bancaria del Ejecutivo». TalCual, pp. 14-15, Caracas, 10 de julio de 2001.

«Golpe a golpe». *Verbigracia, El Universal*, p. 1-1, n.º 25, año VI, Caracas, 21 de diciembre de 2002.

«Retornos a Bello Monte». *Qué Leo*, pp. 30-31, Caracas, diciembre de 2003.

«Cambios de fondo». *TalCual*, p. 4, Caracas, 27 de febrero de 2004.

«El silencio». *TalCual*, p. 6, Caracas, 10 de marzo de 2004.

«El precio del deber». *Quimera*, n.º 332, Barcelona, julio / agosto, 2011.

«Chávez sensacional». *Etiqueta Negra*, n.º 96, Lima, enero, 2012.

«Le faltó darme un hijo». *El Diario Vasco*, p. 52. San Sebastián; *El Diario Montañés*, p. 40, Cantabria; *La Verdad*, p. 41, Murcia, 9 de marzo de 2013.

«El comandante estaba igualito». *El Norte de Castilla*, p. 42, Valladolid; *Sur*, p. 16, Málaga; *Hoy*, p. 37, Badajoz; *La Rioja*, p. 40, Logroño, 10 de marzo de 2013.

«La despedida interminable». *El Diario Vasco*, p. 37, San Sebastián; *El Norte de Castilla*, p. 30, Valladolid; *Ideal*, p. 25, Granada; *ElCorreo*, p. 33, Bilbao; *Hoy*, p. 22, Badajoz; *La Rioja*, p. 23, Logroño, 11 de marzo de 2013.

«Caracas tiene un respiro con la ley seca». *El Norte de Castilla*, p. 42, Valladolid; *Ideal*, p. 41, Granada; *El Diario Vasco*, p. 62. San Sebastián; *El Correo*, p. 50, Bilbao; *Sur*, p. 17, Málaga; *La Rioja*, p. 29,

Logroño, 9 de marzo de 2013.

«Dos televisiones, dos países». *El Diario Vasco*, p. 49, San Sebastián; *El Norte de Castilla*, p. 37, Valladolid; *Ideal*, p. 32, Granada; *Sur*,p. 19, Málaga; *El Diario Montañés*, p. 39, Cantabria, 12 de marzo de 2013.

«Un cadáver ambulante». *El Norte de Castilla*, p. 35, Valladolid; *Ideal*, p. 56, Granada; *El Correo*, pp. 35, Bilbao; *Hoy*, p. 27, Badajoz; *La Rioja*, p. 28, Logroño, 15 de marzo de 2013.

«Los cerros pobres despiden a Chávez». *El Diario Vasco*, p. 52, San Sebastián; *La Verdad*, p. 40, Murcia; *El Norte de Castilla*, p. 34, Valladolid; *Ideal*, p. 30, Granada; *La Rioja*, p. 29, Logroño; *El Diario Montañés*, p. 40, Cantabria; *El Comercio*, p. 35, Gijón; *Sur*, p. 32, Málaga; *El Correo*, pp. 36-37, Bilbao, 16 de marzo de 2013.

«Venezuela, año cero». *XL Semanal*, pp. 16-26, Madrid, 7 de abril de 2013.

«Desde una ventana, #Venezuela». *El Estado Mental*, n.º 2, pp. 138-144, Madrid, junio de 2014.

«Venezuela para incautos». *El Estado Mental*, Dietario, [elestadomental.com], Madrid, marzo de 2015.

«En presencia de una ausencia». *El Estado Mental*, Dietario, [elestadomental.com], Madrid, abril de 2015.

«Petkoff, el resistente». *Letras Libres*, n.º 165, Madrid, junio de 2015.

«La revolución al detalle». *Me permito disentir* [domenicochiappe.com], diciembre de 2015.

Este libro se terminó de imprimir el día 10 de marzo de 2016. Tal día como hoy en 1937 muere Yevgeni Ivánovich Zamiatin, novelista ruso, uno de los escritores más brillantes de su generación. Su obra maestra, la novela *Nosotros*, le valió una orden de prohibición de publicación en su país y no pudo ser publicada en la URSS hasta 1988.

Si quieres conocer otros libros editados por
Círculo de Tiza
visítanos en
www.circulodetiza.com
y síguenos en
hhtps://www.facebook.com/circulodetiza
@CirculoDeTizaEs